Colección **La Torre del Virrey**
Director: Antonio Lastra

Serie Americana

LA MUJER EN EL SIGLO XIX

Margaret Fuller

Edición y traducción de
Javier Alcoriza y Antonio Lastra

Letra Capital

La mujer en el siglo XIX

Prefacio

El siguiente ensayo es una reproducción, modificada y ampliada, de un artículo publicado en *La esfera* (Boston, julio de 1843), con el título de 'El gran litigio: el hombre *versus* los hombres, la mujer *versus* las mujeres'.[1]

El artículo suscitó bastante simpatía y aún más interés. De acuerdo con los deseos expresados en muchos lugares, ha sido preparado para publicarlo en su forma actual.

Habiéndose planteado objeciones a su título por no ser suficientemente fácil de entender, se ha sustituido por el actual, que expresa el propósito principal del ensayo, aunque, en lo que a mí respecta, prefiero el otro, en parte por la razón por la que no les gusta a los demás, es decir, porque hay que pensar para descubrir lo que significa y permite preparar al lector para que me encuentre en mi propio terreno. Además, ofrece

---

[1] 'The Great Lawsuit. Man versus Men. Woman versus Women' se publicó en el cuarto y último volumen de *The Dial*, el órgano de expresión de los trascendentalistas, que Fuller había dirigido, a instancias de Ralph Waldo Emerson, entre 1840 y 1842. Emerson, con ayuda de Henry David Thoreau, dirigiría la revista tras dejar Fuller su dirección.

una perspectiva más amplia y, de este modo, se ajusta más a mi deseo. Con ese título quería sugerir el hecho de que, mientras que el destino del hombre, a lo largo del tiempo, es averiguar y cumplir la ley de su ser, de modo que pueda verse que su vida es, en conjunto, la de un ángel o mensajero, la influencia de los prejuicios y pasiones que concurren cada día en el crecimiento del individuo obstruye continuamente la sagrada obra que habría de convertir la tierra en una parte del cielo. Por hombres entiendo tanto el hombre como la mujer: son las dos mitades de un solo pensamiento. No insistiré especialmente en el bienestar de ninguno de los dos. Creo que el desarrollo de uno no podría darse sin el del otro. Mi mayor deseo es que se capte clara y racionalmente esta verdad y que se reconozca que las condiciones de la vida y de la libertad son las mismas para las hijas y los hijos del tiempo, exponentes gemelos de un pensamiento divino.

Solicito una atención sincera y paciente de quienes abran las páginas siguientes. Solicito de las mujeres que busquen en su intimidad lo que es para ellas la libertad de la ley. Por eso, y no por otra cosa, he procurado la mayor extensión de los privilegios parciales. Les pido que, si están interesadas en estas sugerencias, traten de mejorar su propia experiencia e intuiciones y rellenen con materiales adecuados los fosos que las rodean. A los hombres les pido una atención noble y seria a cuanto tenga que ver con este asunto grande y aún oscuro, semejante a la que me han prestado muchos con los que mantengo relaciones personales.

¡Que la verdad, sin que la manchen el prejuicio, la vanidad o el egoísmo, sea diariamente el derecho de herencia y la única conquista valiosa para todos nosotros!

Margaret Fuller
Noviembre de 1844

La mujer en el siglo XIX

Fragilidad, tu nombre es mujer.
La tierra espera a su reina.[1]

Tal vez no sea obvia la relación entre estas dos citas, pero es pertinente. Sin embargo, habría reparos a que la aplicáramos a la otra parte y empezáramos así:

> Fragilidad, tu nombre es hombre.
> La tierra espera a su rey.

Aunque el hombre no haya aún tomado plena posesión de sus poderes, ha planteado muy en serio sus exigencias. Pero es frágil, ¡cuán frágil! ¡Qué impuro! Una vez la vena de oro se descubre entre los metales más viles, el hombre aparece ante nosotros con una promesa principesca digna de su futuro.

A menudo, cuando vemos al hijo pródigo alimentándose de las cáscaras que han quedado en los hermosos campos que ya no son suyos, abrimos los ojos, abrumados por lágrimas amargas, para contemplar en él la radiante aparición del genio y el amor, que no pide menos que todo el bien, el poder y la belleza. No se trata de la exigencia de un dominio parcial o de

---

[1] El primer verso procede de *Hamlet* (I, 2: 146). La segunda línea es de la propia Fuller.

una posesión exclusiva. No le satisface un don cualquiera de la vida, un departamento del conocimiento o un atisbo telescópico de los cielos. Se siente llamado a entender y auxiliar a la naturaleza para que ella misma, gracias a la inteligencia del hombre, sea enaltecida e interpretada; se siente llamado a ser un estudiante o servidor del espíritu universal y el rey de su planeta, para entrar, como ministro angelical, en una armonía consciente con la ley de aquel espíritu.

Muchas veces, en los claros momentos de triunfo, ha recorrido las esferas la profecía de su jubileo, y esos momentos, aunque hayan pasado, se han trasladado en pensamiento a la eternidad; han dejado colgadas en los cielos brillantes señales como estrellas solitarias o constelaciones y una radiación abundantemente diseminada consuela al viajero en la noche más oscura. Otros héroes, desde Hércules, han llenado el zodíaco de trabajos benéficos y han entregado al fuego su parte mortal sin rechistar, mientras que ningún dios se ha atrevido a negar que debieran tener su recompensa.

> Siquis tamen, Hercule, siquis
> Forte Deo doliturus erit, data praemia nollet,
> Sed meruise dari sciet, invitus que probabit,
> Assensere Dei.[2]

Sabios y legisladores han dedicado toda su naturaleza a la búsqueda de la verdad y se han considerado felices cuando han podido comprar, con el sacrificio de todas las comodidades y placeres temporales, una semilla para el futuro Edén. Poetas y sacerdotes han tañido la lira con las cuerdas del corazón y derramado lo mejor de su sangre en el altar que, alimentado una y otra vez de época en época, mantendrá al final la llama

[2] "Si algún dios disiente, y juzga demasiado grandes los sagrados honores de la sede celestial, incluso él dirá que sus acciones merecen el cielo; incluso él, reluctante, acabará por asentir a los poderes reunidos", Ovidio, *Metamorfosis*, IX.

pura para que ascienda al cielo más elevado. Mencionaremos con una bendición igual de profunda a quienes, si no inmediatamente, o de una manera tan consciente, aunque vinculados a la verdad eterna, llevados e impulsados por un instinto divino, no han servido menos para desarrollar e interpretar el secreto a voces del amor que se vierte en la vida, de la energía creadora en aras de la felicidad: el artista cuya mano, guiada por una armonía preexistente a un medio determinado, moldea en él formas de vida organizadas de una manera más elevada y completa de la que podría verse en parte alguna y que, plasmando la intención de la naturaleza, revela su significado a quienes aún no son tan sabios como para adivinarlo; el filósofo que sigue firmemente las leyes y las causas, y deduce las desconocidas de las que son obvias; el historiador que, confiando en que todos los acontecimientos han de tener su razón y su propósito, los registra y llena los archivos que alimentarán la juventud de los profetas. El hombre de ciencia analiza los informes, prueba los hechos y demuestra su orden, aunque no pueda decir cuál es su finalidad.

Hay vidas, también, que, sin llevar esos nombres, no han emitido tonos menos significantes. La candela encendida en un lugar humilde ha iluminado con la misma fidelidad allí donde era necesaria que sobre una colina. En callejuelas cerradas, en deprimentes tugurios, se ha leído la palabra tan claramente como los ángeles la muestran a los santos en la oscura prisión. Quienes cavan una porción de tierra apenas mayor de la que se precisa para una tumba merecen que el sol brille sobre su siembra hasta que respondan las violetas.

Tan grande ha sido, época tras época, la promesa, que, en todas ellas, los hombres han dicho que los dioses han bajado a morar con ellos; que el creador de todas las cosas vino a la tierra para probar, en una naturaleza limitada, la dulzura de la virtud; que la sustancia se encarnó para proteger, en el espacio y en el tiempo, los destinos de este mundo; que el genio celestial mora entre los pastores para cantarles y enseñarles a cantar. De hecho,

Der stets den Hirten gnadig sich bewies,

"se ha mostrado de continuo favorable a los pastores".

Los que vivían en verdes pastos y los estudiantes naturales de las estrellas fueron escogidos para saludar, los primeros entre los hombres, al niño sagrado, cuya vida y muerte presentaría el ejemplo de la excelencia que ha sostenido el corazón de una parte tan grande de la humanidad en las últimas generaciones.

Tales son las huellas dejadas por los pasos del *hombre* (del que aún se habla, ay, como hombre *ideal*) por dondequiera que ha pasado entre la rudeza de los *hombres*, y cada vez que los pigmeos han puesto sus pies en ellas han sentido que el pecho se les dilataba con el aliento de algo que les prometía una estatura más noble y una sangre más pura. Fueron empujados a abandonar sus viles hábitos de escepticismo y la codicia de posesiones corruptibles. La convicción se apoderó de ellos. También ellos elevaron un grito: Dios vive ahora, hoy, y todos los seres son hermanos, pues son sus hijos. Bastan palabras sencillas, aunque sólo una naturaleza angelical podría emplearlas u oírlas en todo su libre sentido.

Ésos fueron los momentos triunfales, pero pronto la naturaleza inferior se impuso y la era de una verdadera vida humana quedó pospuesta.

Por eso, el hombre aún es ajeno a su herencia, aún la reclama, aún es un peregrino. Su felicidad está, sin embargo, asegurada al final. Ahora, cuanto está destinado a lograr apenas es una tenue conciencia, aunque empieza a advertirse y a hablarse de una certidumbre del ideal más elevado que el hombre puede formar con sus poderes. El alma obtendrá aquello que sepa buscar. Ésta es la ley y los profetas. Llamad y se os abrirá, buscad y encontraréis. Está demostrado, es una máxima. El hombre ya no pinta su naturaleza en una forma y dice: "Prometeo la tiene, es divina", sino "El hombre ha de tenerla, es humana". Aunque muchos lo nieguen, por más que sea usada

con ignorancia o la falsifiquen quienes la reciben, el hecho de una revelación universal e incesante ha sido afirmado en palabras de una manera tan clara que el pensamiento no puede perderlo de vista, y los sermones predicados del texto que dice "Sed perfectos" son los únicos sermones cuya influencia es persuasiva y profundamente indagatoria.

Pero, entre quienes meditan en ese texto, hay una gran diferencia de planteamiento respecto al modo en que ha de buscarse la perfección.

Algunos dicen que mediante la inteligencia. Tomad de cada muestra de la vida su semilla de pensamiento; buscad detrás de cada símbolo su ley: si podéis *ver* claramente, el resto se os dará por añadidura.

Otros dicen que mediante la vida. Haz hoy lo mejor que sepas hacer. No te detengas, por la frecuencia del error, en este gradual estado fragmentario. Sigue tu luz mientras te deje ver, sé fiel hasta donde puedas con la esperanza de que la fe te ayudará a ver. Ayuda a los demás sin lamentar que necesiten tu ayuda. Ama y serás perdonado.

Un tercero dice que no hacen falta inteligencia ni experiencia. Si tomas el verdadero camino, tu destino se cumplirá en un orden más puro y natural. No trates de aprender mediante los hechos del pensamiento o de la acción, sino expresa con ellos las certezas de la sabiduría. Entrega tu alma en reposo al alma causal. No trunques tu aprendizaje por un esfuerzo prematuro ni obstruyas los caminos de la instrucción con tus métodos. Ten calma, no busques nada, espera obedientemente. Tendrás tu parte.

Si pudiéramos decir lo que queremos, si pudiéramos dar una descripción del niño perdido, lo encontraríamos. Tan pronto como el alma afirma claramente que hace falta una demostración, la encuentra. Cuando el profeta judío describe el cordero como expresión de lo que requiere la época venidera, el tiempo se acerca. Pero no decimos ni vemos con claridad lo que

querríamos. Quienes apelan a una expresión más triunfal del amor, un amor que no puede ser crucificado, no parecen darse cuenta cabal de lo que se les ha dado. Ya se ha expresado el amor que renueva todas las cosas, que da al gusano su lugar y ministerio tanto como al águila; un amor que desciende a las entrañas del infierno y se sienta a la diestra del Padre.

Sin duda, es inminente una nueva manifestación, una nueva hora en el día del hombre. No esperemos ver una muestra de ser perfecto cuando la masa de los hombres aún se arrastra por tierra o sólo usa la libertad de sus miembros con una energía feroz. El árbol no florece hasta que la raíz se libra del gusano que la roe y todas sus ramas se abren al aire y a la luz. Mientras alguien esté envilecido, nadie será completamente libre y noble. Sin embargo, algo nuevo se está mostrando en la vida del hombre, porque los corazones suspiran, aunque nadie sepa cómo encontrarlo.

Entre las hebras de profecía, la siguiente, escrita con seriedad hace treinta años en una tierra extranjera, aún no se ha cumplido y tiene el mérito de ser una llamada positiva al corazón, en lugar de una declaración crítica de lo que el hombre *no* debería hacer:

> El ministerio del hombre implica que debe saciarse en las divinas fuentes que brotan desde la eternidad para que, al solo nombre de su señor, pueda arrojar a sus enemigos al abismo; para que pueda liberar a todas las partes de la naturaleza de las barreras que la aprisionan; para que pueda limpiar la atmósfera terrestre de los venenos que la infectan; para que pueda preservar los cuerpos de los hombres de las influencias corruptas que los rodean y de las enfermedades que los afligen; más aún, para que pueda mantener puras sus almas de las insinuaciones malignas que las ensucian y las lóbregas imágenes que las oscurecen; para que pueda restaurar la serenidad de la palabra, que las falsas palabras de los hombres ahogan con lamentos y tristeza; para que pueda satisfacer los deseos de los ángeles, que esperan del hombre el desarrollo de las maravillas de la naturaleza; para que, al cabo, su mundo esté lleno de Dios, como la eternidad.[3]

Podríamos recurrir a un oscuro observador de nuestra época y país para trazar el contorno de la imagen deseada. Se lo sugirió la vista del diseño del Orfeo de Crawford al relacionarlo con las circunstancias de los americanos, en su buhardilla de Roma, y escogió su tema, el de los americanos en su elemento, con tal ambición al representar el carácter que llamó a su prosa y verso *Sentencias órficas*.[4] Nos gustaría añadir que han mostrado la aprehensión musical del progreso de la naturaleza a través de sus grados ascendentes que el título prometía, pero sus intentos son gélidos, aunque grandiosos en ocasiones; al oírlos no nos calienta el fuego que fertilizó el suelo de Grecia.

Orfeo fue legislador por mandato teocrático. Entendió la naturaleza y trasladó sus formas a la música. Contó sus secretos en forma de himnos, la naturaleza como Dios la veía. Su alma se proyectó hacia todos los seres, aunque siguió siendo inalterablemente fiel a un tipo escogido de excelencia. Buscando lo que amaba, no temió a la muerte ni el infierno, y ninguna apariencia horrible pudo menoscabar su fe en el poder de la armonía celestial que llenaba su alma.

Parece significativo de la situación de este país que el escultor haya representado al vidente en el momento en que se vio obligado a taparse los ojos con la mano:

---

[3] Fuller identificó a Louis Claude de Saint Martin (1743-1803), místico católico, como autor de este pasaje.

[4] Thomas Crawford (1813-1857) fue un escultor americano que trabajó en Roma y perteneció al círculo de Fuller durante su estancia en esa ciudad. El autor de las *Sentencias órficas* fue Amos Bronson Alcott (1799-1888); Fuller las publicaría en *The Dial*.

Orfeo ha de bajar a las profundidades,
Pues sólo así el poeta será sabio,
Ha de convertir a la triste Perséfone en su amiga,
Y devolver a la vida el amor sepultado;
De nuevo su amor ha de perderse por amar
[demasiado,
Perder su vida por vivir con demasiada sinceridad,
Pues lo que buscaba debajo ya ha salido,
Hecho está lo que quería hacer; debe tañer todo su ser
[con la lira,
Deshacer el dolor primordial de las rocas,
Cubrir toda la naturaleza con el fuego de su alma,
Reunir todas las formas en la cadena celestial.
Si viera lo que ha de hacer,
Apartaría los ojos de una vista tan lejana.[5]

No podría haber un comentario mejor de lo que se requiere para el hombre perfecto y situarlo en la eminencia para la que fue pensado que la interpretación de Bacon de la leyenda de la costa de las sirenas. Cuando el astuto Ulises pasó por allí, nos dice, obligó a sus marineros a taparse los oídos con cera, sabiendo que no había poder en ellos capaz de resistir la seducción de aquel canto voluptuoso. Pero él, el hombre con más experiencia, que deseaba tener experiencia de todo y usarla al servicio de la sabiduría, quería oír aquel canto para entender su significado. Desconfiando de su poder para mantener la firmeza de su propósito, les pidió que lo ataran al mástil para que pudiera estar seguro contra su propia debilidad. Pero Orfeo pasó desatado, tan absorto en cantar himnos a los dioses que ni siquiera oyó los sonidos de aquel encantamiento degradante.

Mientras tanto no son pocos los que creen, e incluso los hombres han expresado su opinión de que ha llegado el momento

[5] Los versos son de Fuller.

de que Eurídice llame a Orfeo, más bien que Orfeo a Eurídice: de que la idea del hombre, por imperfecta que sea su extracción, ha avanzado más que la de la mujer; que ella, la otra mitad del mismo pensamiento, la otra habitación del corazón de la vida, tiene que ocupar su lugar en el pulso y que la mejora de las hijas ayudará a reformar a los hijos de su época.

Hay que advertir que, conforme se entiende mejor el principio de la libertad y se interpreta de una manera más noble, se eleva una protesta más amplia en lo que respecta a la mujer. Conforme los hombres son conscientes de que pocos hombres tiene una verdadera oportunidad, se muestran dispuestos a decir que ninguna mujer ha tenido una verdadera oportunidad. La Revolución francesa, ángel extrañamente disfrazado, presentó su testimonio a favor de la mujer, pero interpretó sus exigencias de una manera no menos ignorante que la del hombre. Su idea de felicidad no fue más allá del goce exterior no impedido por la tiranía de los demás. El título que otorgó fue el de *citoyen*, *citoyenne*, y no carece de importancia para la mujer que incluso esa especie de igualdad la recompensara. Antes podía ser condenada a perecer en el cadalso por traición, no como ciudadana, sino como súbdito. El derecho con el que este título invistió a un ser humano fue el derramamiento de sangre y la licencia. La Diosa de la Libertad fue impura. Al leer el poema que Beranger le dedicó no hace demasiado tiempo, apenas podemos refrenar un llanto tan doloroso como las lágrimas de sangre que brotaron cuando "se cometieron tales crímenes en su nombre".[6] ¡Sí! El hombre, nacido para purificar y animar lo frío y carente de inteligencia puede, en su locura, degradar y contaminar lo hermoso y lo casto. Sin embargo, la verdad fue profetizada en los accesos de aquella fiebre odiosa, causada por una prolongada ignorancia y

[6] La cita es de Manon Roland (1754-1793): "Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre". Fuller se refiere al poema 'La Liberté' de Pierre-Jean de Béranger (1780-1857).

el abuso. Europa está aprendiendo una valiosa lección de esa página manchada de sangre. Las mismas tendencias, llevadas más lejos, darán buen fruto en este país.

Sin embargo, los hombres de este país, como los judíos cuando Moisés los guiaba hacia la tierra prometida, han hecho todo cuanto una herencia depravada les permitía para impedir que se cumpliera la promesa del cielo. Aquí, como en todas partes, la cruz se ha levantada sólo como objeto de blasfemia para la crueldad y el fraude. El nombre del Príncipe de la Paz ha sido profanado por toda clase de injusticias respecto a los gentiles a los que se decía que vino a salvar. No necesito hablar de lo que se le ha hecho al piel roja, al negro. Esos hechos son el escarnio del mundo, y los han acompañado tales palabras piadosas que los más gentiles no se atreven a interceder con "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

Aquí, como en todas partes, el beneficio de la creación siempre ha consistido en el crecimiento de los individuos, que viven y aspiran como florecen las flores y cantan los pájaros, en medio de las ciénagas, y en el continuo desarrollo de aquel pensamiento, el pensamiento del destino humano, que a la eternidad le ha sido dado expresar adecuadamente y que épocas de fracaso parecen frustrar. Sólo lo parece, y donde haya muestras de lo contrario, este país estará tan destinado a elucidar una gran ley moral como Europa lo estaba a promover la cultura espiritual del hombre.

Aunque la independencia nacional haya quedado en entredicho por la servidumbre de los individuos; aunque la libertad y la igualdad sólo se hayan proclamado para dejar espacio a una monstruosa práctica de comercio y tenencia de esclavos; aunque el americano libre se sienta tan a menudo libre como el romano, sólo para saciar su apetito y su indolencia con la miseria de sus semejantes, no es en vano que se haya dicho que "todos los hombres han nacido libres e iguales". Ahí está, una certeza dorada para alentar al bueno y avergonzar al malvado. El nuevo mundo tiene que darse cuenta con claridad de que

incurre en el peor de los castigos si rechaza u oprime al hermano doliente. Si los hombres están sordos, los ángeles oyen. Pero los hombres no pueden estar sordos. Es inevitable que una libertad externa, una independencia de las intromisiones de otros hombres como la que se ha logrado para la nación, le corresponda también a cada uno de sus miembros. Lo que una vez se ha concebido con claridad la inteligencia lo convertirá en acción antes o después. Es una ley tan irrevocable como la de los medos en su antiguo dominio; los hombres pecarán privadamente contra ella, pero la ley, como lo expresó uno de los hombres eminentes de aquella época,

> Tutti fatti a sembianza d'un Solo,
> Figli tutti d'un solo riscatto,
> In qual'ora, in qual parte del suolo
> Trascurriamo quest'aura vital,
> Siam fratreli, siam stretti ad un patto:
> Maladetto colui che lo infrange,
> Che s'innalza sul fiacco che piange
> Che contrista uno spirto immortal.[7]
>
> Todos hechos a imagen de uno,
> Todos hijos de un rescate,
> A cualquier hora, en cualquier parte del suelo,
> Respiramos este aire vital,
> Somos hermanos; estamos sujetos por un pacto,
> Maldito sea el que lo rompa,
> Quien se ensalza sobre el débil que llora,
> Quien contrista a un espíritu inmortal.

Esta ley es de reconocimiento universal. Maldito sea quien contrista voluntariamente a un espíritu inmortal, condenado a la infamia en épocas posteriores y más sabias, condenado en futuros estadios de su ser a una pena mortal, sin morir.

---

[7] Manzoni. [Nota de Fuller.]

Maldito sea quien peca en la ignorancia, si la pereza es causa de la ignorancia.

No nos cansa menos la pompa que la contienda de las palabras. Sentimos que el viento de la declamación no ha hinchado tanto los pulmones en materias religiosas y morales como ahora. Estamos tentados de implorar a esos "héroes de la palabra", a esos Catones verbales, Cristos verbales, que se cuiden de la afectación[8] sobre todas las cosas; de recordar que la hipocresía es el más desesperado y el más mezquino de los crímenes y que ensucia a quienes no guardan una parte de su moralidad y religión para uso privado. Landor dice que no será magnánimo quien no pueda permitirse dejar la mayor parte de su alma sin cultivar, y lo que es cierto del genio no lo es menos de la virtud. La lengua es un miembro valioso, pero no debería apropiarse más que de una pequeña parte de los jugos vitales que el resto del cuerpo necesita. Sentimos que el alma "se ofusca y enmohece con el humo", incluso "el de los altares". Nos apartamos de la arenga para entrar en nuestro reservado y cerrar la puerta. Allí el espíritu pregunta: "¿Es esa retórica el florecimiento de una sangre sana o un falso pigmento artificialmente dispuesto?". Sin embargo, sabemos que donde hay tanto humo ha de haber fuego; con tanta cháchara sobre la virtud y la libertad ha de mezclarse cierto deseo de ellas; que no podría ser en vano que se hubieran convertido en el lugar común de la conversación entre los hombres, antes que los designios de la tiranía y el pillaje; que incluso los periódicos consideran preferible llamarse Peregrinos, Puritanos y Heraldos de Santidad. El rey que mantiene un séquito tan costoso no puede ser un fanfarrón, ni un Carabás[9] de ficción.

[8] El consejo del Doctor Johnson habría de inscribirse en cada puerta: "Despeja tu mente de afectación". Pero Byron, a quien resultaba aceptable, al despejar el emparrado nocivo derribó lo edificado. La enmienda de Stirling es honorable: "Date cuenta de tu afectación, no la rechaces". [Nota de Fuller.]

[9] Apodo del falso noble, como en el cuento de *El gato con botas*.

Hemos esperado mucho tiempo en el polvo; estamos cansados y hambrientos, pero la procesión triunfal ha de aparecer al final.

De todas sus banderas, ninguna se ha levantado con más firmeza, y bajo ninguna se ha mostrado más valor y disposición a verdaderos sacrificios, que la de los campeones de los africanos esclavizados. Ese grupo, en parte por un desarrollo natural de los principios, en parte porque muchas mujeres han destacado en su causa, es el que ahora eleva la voz más cálida a favor de la mujer.

Aunque haya habido una liberalidad creciente en este asunto, el grueso de la sociedad no está preparado para las demandas de este partido, al que se tiene fríamente y se tendrá durante mucho tiempo por los jacobinos de su época.

"¿No os basta", protesta el irritado comerciante, "con haber hecho todo cuanto habéis podido para romper la unión nacional, y destruir la prosperidad del país, ya que ahora tratáis de romper la unión familiar, apartar a mi mujer de la cuna y de la cocina para que vaya a votar y predicar desde un púlpito? Por supuesto, si hace esas cosas, no podrá atender a los de su esfera. Es feliz como está. Dispone de más ocio que yo, de todos los medios para mejorar, de toda la indulgencia."

"¿Le habéis preguntado a ella si le satisfacen tales *indulgencias*?"

"No, pero yo sé que sí. Es demasiado amable para desear algo que me haría infeliz y demasiado juiciosa para desear dar un paso más allá de la esfera de su sexo. No permitiré nunca que nuestra paz sea turbada por discusiones semejantes."

"¿Qué no lo permitirás? No se trata de que tú lo permitas o no, sino del consentimiento de tu mujer."

"¿No soy yo el cabeza de familia?"

"No eres la cabeza de tu mujer. Dios le ha dado la suya."

"Yo soy la cabeza y ella el corazón."

"¡Dios quiera que seas sincero entonces! Supongo que tendré que estar agradecida por que no hayas dicho que tu mujer es sólo la mano. Si la cabeza no reprime el pulso natural del corazón, entonces ya no tienes que darle a nada tu permiso. Ambos estaréis de acuerdo y no hará falta más que plantearos una pregunta para que deis una respuesta plena y sincera. No hará falta precaución, indulgencia ni permiso. Pero nuestra duda reside en si el corazón está de acuerdo con la cabeza o sólo obedece sus decretos con una pasividad que impide el ejercicio de sus poderes naturales, o con una repugnancia que vuelve amargo lo dulce, o con una duda que echa a perder las hermosas ocasiones de la vida. Para averiguar la verdad, proponemos algunas medidas liberadoras."

Así de vagas son las cuestiones que se plantean y discuten en la actualidad. Pero que sean planteadas implica que se ha pensado mucho y sugiere aún más. Muchas mujeres empiezan a darse cuenta de lo que necesitan y no tienen, de lo que podrían tener si descubrieran que lo necesitan. Muchos hombres empiezan a darse cuenta de que las mujeres son capaces de ser y de tener más de lo que son y tienen, *y* de que, si es así, será mejor permitir que mejore su condición.

Esta mañana he abierto el *Daily Mail* de Boston y he encontrado, en el "rincón del poeta", una traducción de la *Dignidad de la mujer* de Schiller. En el anuncio de un libro sobre América, veo en el índice esta serie: "Instituciones republicanas. Esclavitud americana. Mujeres americanas."

Abro el *Deutsche Schnellpost*,[10] publicado en Nueva York, y encuentro en la cabecera de una columna: 'Juden und Frauenemancipation in Ungarn', emancipación de los judíos y las mujeres en Hungría.

[10] Publicación periódica de los emigrantes alemanes en los Estados Unidos, en la que colaborarían Marx y Engels.

El año pasado tuvo lugar la iniciativa de la cámara legislativa de Rhode-Island para asegurar a las mujeres casadas los derechos sobre su propiedad, lo que mostró a los hombres que un somero examen del asunto podía enseñarles mucho. Se dice que un artículo en la *Democratic Review* sobre el mismo asunto considerado con más extensión, escrito por una mujer, promovió una mirada feroz de un distinguido amigo al poner de relieve los defectos de las leyes vigentes y del estado de opinión del que emanaban, y una respuesta del venerable anciano J. Q. Adams, en cierto modo el Foción de su tiempo, a la solicitud que le hicieron algunas mujeres. A esto me referiré en otra parte.

Estos síntomas de los tiempos han llegado a mi conocimiento de un modo bastante accidental: quien los buscara podría, cada mes o semana, reunir más.

El partido mayoritario, cuyas opiniones se han clasificado y ajustado tanto que no admiten una nueva luz, se esfuerza, en conferencias sobre alguna mujer modelo de belleza y gentileza nupciales, por escribir y dar a conocer pequeños tratados con la intención de señalar con precisión los límites de la esfera de la mujer, y de la misión de la mujer, para impedir que nadie, salvo el justo pastor, salte el muro, o que el rebaño aproveche la menor oportunidad de escapar del redil.

Sin alistarnos en uno u otro bando, contemplemos el asunto desde el mejor punto de vista que ofrece la actualidad. Temo que no haya otro mejor que el tejado de una casa elevada. Sería preferible la cima de una colina o, al menos, la aguja de una catedral.

Es acertado que un partido antiesclavista defienda a la mujer, si tenemos en cuenta que la mujer comparte la propiedad en los mismos términos que los hombres, de modo que, si un hombre muere sin testar, la mujer, en lugar de ocupar inmediatamente su lugar como cabeza de familia, hereda sólo una parte de la fortuna de su marido, que a menudo había sido aportada por ella, como si fuera un niño o un custodio, no un partícipe en términos de igualdad.

No hablamos de los innumerables ejemplos de hombres libertinos y ociosos que viven de las ganancias de industriosas mujeres o que, cuando las mujeres los abandonan y se llevan consigo a los niños, desempeñando así el doble deber de madre y padre, las siguen de un sitio a otro y las amenazan con robarles a los niños si los privan de sus derechos como maridos, como ellos los llaman, y se plantan en sus humildes alojamientos, las asustan con cobrarse el tributo llevándose a los niños y contraen deudas a expensas de esas ilotas ya suficientemente cargadas de trabajo. Hasta donde yo recuerdo, esos ejemplos se cuentan por docenas. He visto al marido corromperse a sí mismo al haberse entregado durante mucho tiempo a vicios mezquinos, hasta que su mujer, cansada de su indulgencia y considerando que su falsedad la vuelve inútil, decide separarse de la mala fama de su marido para procurarse el pan a ella misma y a sus hijos. He visto a ese hombre instalarse en la habitación de una mujer que lo detesta y decirle que no debería probar bocado en su ausencia. He visto a esos hombres llevarse a sus hijos, a los que no podían mantener, y juntarlos con compañías disolutas, exponiendo su cuerpo al peligro para asustar a la infeliz mujer, la cual, al parecer, aunque haya tenido que soportar en solitario los dolores del parto y alimentar a los niños en la infancia, no tiene el mismo derecho sobre ellos. Creo que la próxima generación verá esta modalidad de secuestro, frecuente en todas las clases sociales, como el cielo la contempla ahora, y que el hombre que se vale del abrigo de las leyes de los hombres para robarle a una mujer sus hijos, o arrogarse un derecho superior sobre ellos, que no sea el de una virtud superior, llevará el estigma que merece, igual que quien arranca a hombres hechos y derechos de su tierra natal, sus esperanzas y sus hogares.

Había dicho que no hablaría de esto ahora, pero he hablado, pues el asunto me conmueve demasiado. Podría dar ejemplos que harían estremecer al más vulgar y curtido, pero no lo haré, pues la opinión pública de su sexo ya está dispuesta contra tales hombres y, cuando se ha llegado a conocer casos de extrema tiranía, la acción privada ha favorecido a la mujer. Pero ella no tendría que necesitar esa acción ni, creo, desearla. Los hombres han de darse cuenta por sí mismos de que la mujer es el partido más débil y ha de tener una protección legal que haga imposible esa opresión. No aduciré "ejemplos atroces", salvo como ilustración, ni pediré a los hombres un remedio parcial en tal o cual aspecto, sino que vayan a la raíz del asunto. Si establecemos los principios, los casos particulares se ajustarán por sí solos. Determinemos el verdadero destino de la mujer, démosle esperanzas legítimas y una pauta propia; el matrimonio y las demás relaciones armonizarán paulatinamente con todo ello.

Volvamos a los progresos históricos en la materia. Puesto que hay en los hombres una cualidad del afecto hacia las mujeres, como hacia los esclavos, según lo expresa la frase corriente: "Las mujeres y los niños"; puesto que el alma infinita sólo puede operar en ellas dentro de unos límites ya determinados; puesto que el don de la razón, la más elevada prerrogativa del hombre, se les ha repartido a ellas en una proporción mucho menor; puesto que han de ser preservadas del error y la melancolía por medio de una dedicación constante a una labor activa, asignada y dirigida por quienes son más capaces de pensar, etc., no necesitamos multiplicar los ejemplos, pues ¿quién podría repasar la experiencia de la semana pasada sin traer a colación palabras que implican, en broma o en serio, esas actitudes u otras semejantes? ¿Nos extrañará, teniendo en cuenta todo esto, que muchos reformadores piensen que no es probable que se tomen medidas a favor de las mujeres hasta que sus deseos puedan ser públicamente representados por mujeres?

La otra parte protesta que eso no será necesario. Todos los hombres reciben en privado la influencia de las mujeres; cada uno tiene su mujer, su hermana o amigas y está demasiado sesgado por esas relaciones para no poder representar sus intereses y, por si esto no bastara, permite que propongan y apliquen sus deseos al papel. La belleza del hogar sería

destruida, la delicadeza del sexo violada, la dignidad de las cámaras legislativas degradada si tratáramos de introducir a las mujeres en ellas. Esos deberes son incompatibles con los de una madre y, entonces, tendríamos divertidas imágenes de señoras histéricas en las elecciones y de las salas del senado llenas de cunas.

Pero si replicáramos que admitimos como verdadero que la mujer parece destinada por naturaleza a un círculo interior, tendríamos que añadir que los rudimentos de la vida civilizada no han sido capaces de asegurárselo. Su círculo, aunque el más torpe, no es el más tranquilo. A salvo de la "excitación", no lo está de la fatiga. No sólo la mujer india lleva consigo los fardos del campamento, sino que las favoritas de Luis XIV le acompañaban en sus viajes, y la lavandera se apoya en su tina y se lleva a casa el trabajo en todas las estaciones y sea cual sea su estado de salud. Quienes piensan que las circunstancias físicas de la mujer la apartan de los asuntos del gobierno nacional son los mismos que no piensan que sea imposible que las negras aguanten el trabajo en los campos, incluso durante el embarazo, o que las costureras acudan a su trabajo mortal.

Respecto al uso de la pluma, había tanta oposición a que la mujer dispusiera de ese medio de libre actuación como la hay ahora a que suba a la tribuna o al púlpito, y es probable que, del permiso a defender su causa de ese modo, quienes ahora lo conceden deduzcan lo contrario de lo que sería deseable.

Respecto a la posibilidad de llenarse de gracia y dignidad, pensamos que nadie que haya visto a las grandes actrices u oído a las predicadoras cuáqueras en tiempos recientes dudará de que, en esa posición, la mujer pueda expresar públicamente toda la extensión del pensamiento y la creación, sin perder un ápice de la peculiar belleza de su sexo. Lo que nos ensucia y empaña es actuar de ese modo por cualquier motivo, salvo que sea necesario decir o hacer algo. Las mujeres pueden tomar parte en las procesiones, los cantos, las danzas de la antigua religión; nadie supone que su delicadeza quede mermada por aparecer en público por esa causa.

Respecto a su hogar, no es probable que lo abandone más de lo que ahora lo hace para acudir a los bailes, los teatros, los encuentros para promover misiones o religiosos, u otros a los que vuela con la esperanza de animar su existencia, comparada con lo que ella ve que los hombres disfrutan. Presidir una feria femenina no absorbe menos tiempo que gobernar el Estado; las presidentas de las sociedades washingtonianas no están menos lejos de casa que los presidentes de las convenciones. Si los hombres se fijaran, se darían cuenta de que hasta que sus vidas no sean domésticas no lo serán las de sus mujeres. Una casa no es un hogar hasta que no contiene alimento y fuego para el alma tanto como para el cuerpo. La mujer griega, en nuestros días, está en la calle tanto como el varón para gritar "¿Qué hay de nuevo?". No dudamos de que ocurriera lo mismo en la antigua Atenas. Las mujeres, apartadas de la plaza del mercado, la colman en los festivales religiosos. Los seres humanos no están constituidos de manera que puedan vivir sin expandirse. Si no toman un camino, deben tomar otro o perecer.

Respecto a que los hombres representen alegremente a las mujeres en la actualidad, cuando oímos a hombres que deben a sus mujeres no sólo todo cuanto es cómodo y gracioso, sino todo cuanto es sensato en el manejo de sus vidas, la siguiente observación: "No se puede razonar con una mujer", o a aquéllos dotados de delicadeza, nobleza y cultura poética la desdeñosa frase: "Las mujeres y los niños", no como una ocurrencia espontánea, sino en obras que tratan de ofrecer una descripción permanente de las mejores experiencias; cuando ni un hombre entre un millón, ¿qué digo?, ni siquiera entre cien millones, puede elevarse sobre la creencia de que la mujer ha sido hecha *para el hombre*; cuando rasgos como éstos llaman todos los días poderosamente la atención, ¿asentiremos a que el hombre siempre ha hecho justicia a los intereses de las mujeres? ¿Pensaremos que adopta una perspectiva sufi-

cientemente clara y religiosa del oficio y el destino de la mujer, que *siempre* le hace justicia, salvo cuando influye en él el sentimiento, accidental o transitoriamente, pues el sentimiento varía según la situación en la que el hombre se encuentra? Es probable que el amante, el poeta, el artista la contemplen con nobleza. El padre y el filósofo le darán cierta oportunidad de liberalidad; el hombre de mundo, el legislador de lo que resulta conveniente, ninguna.

En estas circunstancias, sin dar importancia por sí mismos a los cambios que piden los campeones de la mujer, los saludamos como signos de los tiempos. Preferiríamos que fueran derribadas todas las barreras arbitrarias. Preferiríamos que todos los caminos estuvieran tan expeditos para la mujer como para el hombre. Si esto ocurriera y se dejara fermentar por un tiempo, veríamos cristalizaciones más puras y de una belleza más variada. Creemos que la energía divina inundaría la naturaleza hasta un grado desconocido en la historia de épocas pasadas y que no habría entre las esferas una colisión discordante, sino una cautivadora armonía.

Entonces, y sólo entonces, sin embargo, la humanidad estaría madura para ello, cuando la libertad interna y externa de la mujer y del hombre fuera reconocida como un derecho, sin el carácter de una concesión. Igual que el amigo del negro asume que un hombre no tiene derecho a mantener a otro como esclavo, el amigo de la mujer debería asumir que el hombre no tiene derecho a imponer restricciones a la mujer, por bien intencionadas que sean. Si el negro es un alma, si la mujer es un alma, dotados de cuerpo, sólo tienen que rendir cuentas a un Señor. Sólo hay una ley para las almas y, si ha de haber un intérprete de esa ley, no ha de presentarse como hombre o hijo de hombre, sino como hijo de Dios.

Si el pensamiento y el sentimiento se elevaran a la vez de modo que el hombre se considerase a sí mismo hermano y amigo, pero en modo alguno señor y tutor de la mujer; si se uniera a ella con la misma devoción, los acuerdos respecto a la

función y el cometido de cada uno de ellos serían irrelevantes. Lo que la mujer necesita no es actuar o gobernar como mujer, sino crecer como naturaleza, discernir como inteligencia, vivir libremente y sin obstáculos como alma, para desarrollar los poderes que se le dieron cuando dejamos nuestro hogar común. Aunque se le hubieran dado pocos talentos, si se le permitiera el libre y pleno uso de ellos, de modo que pudiera devolver con creces lo que debe, no se quejaría, incluso me atrevo a decir que bendeciría y se regocijaría de su lugar de nacimiento terrenal, de su suerte terrenal. Veamos qué es lo que impide esa buena época y las señales que da la razón para esperar que se acerque.

He hablado de estas cosas con Miranda,[11] una mujer que puede hablar de la posición de su sexo, si alguien en el mundo es capaz de hacerlo, sin ardor ni amargura. Su padre no alimentaba ninguna reverencia sentimental por la mujer, pero creía firmemente en la igualdad de los sexos. Ella era la mayor de sus hijos y le llegó a una edad en la que necesitaba compañía. Desde el momento en que Miranda pudo hablar y andar por sí misma, se dirigió a ella no como un juguete, sino como un alma viva. Entre los pocos versos que su padre escribió había un par dedicados a su hija cuando le cortaron por primera vez el pelo, y nunca traicionaría la reverencia expresada en esa ocasión por aquella cabeza acariciada. Tenía el temple de la inteligencia inmortal. Respetaba demasiado a su hija, sin embargo, para ser un padre indulgente. Le exigía un juicio claro, valor, honor y fidelidad; las virtudes que él mismo conocía. En la medida en que tenía las claves de las maravillas del universo, le dejó usarlas libremente y, con el incentivo de una gran expectación, le prohibió, hasta donde pudo, no hacer uso de ese privilegio.

---

[11] Miranda, *alter ego* de la autora, es también el personaje femenino de Shakespeare en *La tempestad*, hija de Próspero; su nombre significa literalmente "digna de admiración".

Así, la niña fue animada desde pequeña a sentirse una hija del espíritu. Ocupó tranquilamente su lugar, no sólo en el mundo del ser organizado, sino en el mundo mental. Tuvo como herencia la sensación llena de dignidad de depender sólo de sí misma y descubrió que era un ancla segura. Anclada con seguridad en sí misma, sus relaciones con los demás se establecieron con igual seguridad. Fue afortunada por carecer completamente de aquellos encantos que le habrían procurado confusas adulaciones y poseer una fuerte y eléctrica naturaleza, que repelía a quienes no le pertenecían y atraía a los que le pertenecían. Sus relaciones fueron nobles con hombres y mujeres, afectuosas sin pasión, intelectuales sin frialdad. La adversidad exterior y el conflicto interior llegaron en su momento, pero se habían despertado tan pronto en ella la fe y el respeto por sí misma que debían llevarla al fin a una serenidad exterior y a una paz interior.

Siempre he pensado en Miranda como ejemplo de que las restricciones sobre el sexo sólo eran insuperables para quienes las tuvieran por tales o se esforzaran ruidosamente por destruirlas. Ella tomó su propio camino y ningún hombre se interpuso. Muchos de sus actos eran insólitos, pero no suscitaron alboroto. Pocos la ayudaron, pero ninguno se opuso, y los muchos hombres que conocían su pensamiento y su vida le otorgaron su confianza como a un hermano y la trataron con gentileza como a una hermana. No sólo los hombres refinados, también los rudos dieron su aprobación y ayudaron a alguien en quien veían resolución y claridad de propósito. Solía ser quien guiaba y siempre era efectiva.

Cuando hablaba con ella de estas cuestiones y le contaba casi todo lo que he escrito, ella replicaba sonriendo: "Sin embargo, debemos admitir que he sido afortunada, lo que no es común. La temprana confianza de mi buen padre me dio el primer impulso y el resto siguió su curso. Es cierto que he tenido menos ayuda exterior, con los años, que la mayoría de las mujeres, pero eso carece de importancia. La religión se despertó muy pronto en mi alma, una sensación de que el alma

ha de lograr aquello de lo que es capaz y de que, aunque otros podían ayudarme e instruirme, dependía de mí misma como única amiga constante. La mayoría de las mujeres desprecia como una falta esta dependencia de mí misma, que yo honré. Se les ha enseñado a aprender una regla de fuera, no a sacarla de dentro."

"Ésa es la falta del hombre, que aún es vano y desea ser más importante para la mujer de lo que tiene derecho a ser."

"Los hombres no han mostrado ninguna disposición contigo", le dije.

"¡No!, porque la posición que adopté desde el principio era la de confianza en mí misma. Si todas las mujeres estuvieran tan seguras de lo que quieren como yo lo estaba, el resultado sería el mismo. Pero los guardianes, que piensan que nada es tan temible en una mujer como la originalidad de pensamiento o de carácter, las sobrecargan con tantos preceptos que las dudas les impiden pensar y pierden la oportunidad de adquirir unas proporciones libres equivalentes. La dificultad reside en llevarlas hasta el punto en que desarrollen naturalmente el respeto por sí mismas y aprendan a ayudarse."

"Una vez pensé que los hombres servirían de ayuda para fomentar ese estado de cosas más de lo que ahora lo pienso. He visto a muchos de ellos agobiados por las relaciones que han establecido por debilidad y vanidad. Parecían contentos de tener en consideración a las mujeres cuando podían."

"Los suaves brazos del afecto —decía uno de los espíritus más clarividentes— no son suficientes para mí, salvo que vea sobre ellos los brazaletes de acero de la fortaleza."

"Pronto me di cuenta, sin embargo, de que ni siquiera en un acto extremo de desesperación desearían los hombres ser mujeres. Por el contrario, siempre estaban dispuestos a mofarse entre sí a la menor señal de debilidad:

No serás una mujer...

La frase termina de varios modos, según la ocasión y la retórica de quien hable. Cuando admiran a una mujer, suelen decir de ella que está *por encima de su sexo*. He observado esto en silencio con el temor de que demostrara un arraigado escepticismo que, a lo largo del tiempo, se ha fijado en el corazón y que sólo una época de milagros podrá erradicar. Siempre me han tratado con gran sinceridad, lo que tomo por una señal de lo que un íntimo amigo del otro sexo me dijo, en un momento de fervor: que merecía, en alguna constelación, ser un hombre. Quedó sorprendido cuando le expliqué las perspectivas de mi posición y mis esperanzas, cuando le declaré mi fe en que el lado femenino, el lado del amor, de la belleza, de la santidad, tendría ahora su oportunidad y que, si alguna vez había sido preferible ser mujer, lo era ahora, pues incluso el menor de los logros del bien fomentaba una obra especial de nuestro tiempo. Sonrió con incredulidad. 'Lo hace lo mejor que puede', pensó. 'Que los judíos se enorgullezcan del judaísmo; yo soy de mejor clase y sé más.'

"Otro usaba como la mayor de las alabanzas, al hablar de un personaje literario, las palabras *una mujer viril*."

"Así en el noble pasaje de Ben Jonson:

> La estrella matutina no brillará más,
> Ni verterá su influencia desde su luciente asiento;
> Habría de ser cortés, sencilla, dulce,
> Libre del solemne vicio de la grandeza, el orgullo;
> Todas las virtudes más suaves se encontrarán allí,
> Adecuadas a aquel seno suave;
> Sólo un alma instruida y *viril* le deseo,
> Para que maneje con los mismos poderes
> El huso, la aguja y las tijeras del destino
> Y teja sus propias horas libres.[12]

[12] Ben Jonson, 'On Lucy, Countess of Bedford', *Epigrammes* LXXVI, 7-16.

"Me parece —le dije— que eres algo quisquillosa con esta objeción. Al usar la palabra *viril*, Jonson sólo quería enaltecer la imagen del destino verdadero e inteligente con los colores más profundos." "Sin embargo —dijo ella—, tan invariable es el uso de esa palabra donde se describe una cualidad heroica, y tan segura estoy de que la perseverancia y el valor son cualidades tan femeninas como viriles, que cambiaría esas palabras por otras con un sentido más amplio aun a riesgo de estropear el fino tejido del verso. Lee: *Un alma celestial e instruida*, y quedaré satisfecha. Que no se diga de una mujer, donde haya energía o un genio creativo, que tenía *alma masculina*."

En modo alguno esas palabras ponen de relieve una falta voluntaria de generosidad con la mujer. El hombre es todo lo generoso que puede con la mujer.

Dondequiera que la mujer se ha alzado en la historia nacional o privada, y destacado noblemente en cualquier forma de excelencia, los hombres la han recibido, no sólo voluntaria, sino triunfalmente. Sus elogios, de hecho, han sido, en cierto modo, mortificantes; mostraban demasiada sorpresa. ¿Eres tú?, le decía él a la transfigurada Cenicienta; nunca lo habría pensado, pero me alegro mucho. Les diremos a todos que has *superado a tu sexo*.

En la vida cotidiana, los sentimientos de la muchedumbre están viciados por la vanidad. Cada uno desea ser el señor de un pequeño mundo, ser superior al menos sobre otro, y no se siente lo suficientemente fuerte para conservar una duradera ascendencia sobre una naturaleza fuerte. Sólo un Teseo podía conquistar, antes de desposarla, a la reina de las Amazonas. Hércules deseaba más bien descansar con Deyanira y recibió el manto fatal como un galardón. Todos los que buscan reposo en el débil deberían aprender la lección del cuento.

Pero no sólo el hombre es vano y carece de poder, sino que la misma falta de desarrollo, que le afecta moralmente, le impide discernir intelectualmente el destino de la mujer. El mu-

chacho no quiere a una mujer, sino sólo a una muchacha que baile con él y use su pañuelo de bolsillo.

Así, en *La dignidad de la mujer* de Schiller, por hermoso que sea el poema, no hay un "hombre grave y perfecto", sino sólo un gran muchacho al que la influencia de las muchachas ha de suavizar y refrenar. Los poetas, los hermanos mayores de la especie, suelen ver de lejos, pero ¿qué podemos esperar de los hombres corrientes si Schiller no era más profético respecto a lo que debían ser las mujeres? Incluso en Richter, uno de los pensamientos más destacados sobre la mujer era que debía "cocinarle algo bueno". Pero como éste es un asunto delicado y estamos en constante peligro de ser acusados de menospreciar las supuestas "funciones", dejadme decir a favor de Miranda y de mí misma que sentimos un gran respeto por quienes cocinan bien, por quienes crean y preservan un hermoso orden en las casas y preparan en ellas las resplandecientes vestimentas de dignos huéspedes, dignos invitados. Esas "funciones" no deben ser un trabajo monótono, o una necesidad impuesta, sino una parte de la vida. Que Ulises lleve el ganado a casa mientras Penélope apila las fragantes hogazas; ambos estarán bien ocupados si trabajan deliberadamente y con amor, voluntariamente. Pero Penélope no está más llamada a cocer el pan o a tejer que Ulises a guardar el ganado.

Los sexos no sólo tendrían que corresponderse y apreciarse, sino profetizarse mutuamente. Esto sucede en ejemplos individuales. Dos personas aman en el otro el bien futuro que le ayudan a encontrar. En la vida en general esto es imperfecto o raro. Aunque el hombre apenas ha recorrido el camino, se detiene para ver si la mujer mantiene su paso y, en lugar de animarla, como un buen hermano: "Podrías hacerlo sólo con pensarlo", o impersonalmente: "Cualquiera puede conseguir lo que se propone", con frecuencia la desanima con la jactancia de un colegial: "Las chicas no pueden hacerlo, no juegan a la pelota". Dejad, sin embargo, que cualquiera desafíe sus burlas, se abra paso y se muestre valiente y segura, todos ellos rasgarán el aire con sus gritos.

Esa fluctuación es evidente en una narración reciente que he visto, la historia de la vida de la condesa Emily Plater,[13] heroína de la última revolución en Polonia. La dignidad, la pureza, la concentrada resolución, el tranquilo y profundo entusiasmo que, sin embargo, si la ocasión lo requería, podía encender un fuego sagrado y lleno de rabia, hicieron de esa joven doncella la figura que necesito para mi frontispicio. Su retrato puede verse en el libro, una tenue sombra de su alma. Su carrera fue breve: como la doncella de Orleans, hizo lo suficiente para mostrar sus credenciales y luego se retiró de la escena en la que, probablemente, era una aparición prematura.

Cuando la joven muchacha se unió al ejército en el que la había precedido el relato de sus hazañas, fue recibida de un modo que señala el estado de ánimo habitual. Algunos oficiales quedaron decepcionados por sus modales suaves, pues no tenía el aire y el tono de una heroína teatral. Pensaban que no podría haber actuado heroicamente salvo en coturnos; no tenían idea de que tales hechos sólo mostraban su hábito mental. Otros se referían a la delicadeza de su sexo, le aconsejaban que se retirara de los riesgos y peligros y no comprendían los sentimientos que anidaban en su pecho y hacían imposible la retirada. La suave ironía de su respuesta a quienes se habían erigido ellos mismos en tutores (ninguno de los cuales se mostraba su igual en la conducta o en la razón) es tan buena como su indignado reproche, en una época posterior, al general cuya perfidia arruinó a todos.

Aunque resultara un estorbo y un enigma a aquella masa de hombres, le estaba deparada una suerte más noble y un entusiasmo digno de ella. "Su nombre —dijo su biógrafo— es conocido en toda Europa. Pintaré su retrato para que sea amada en todas partes."

---

[13] Emilija Plater (1806-1831), nacionalista lituana que, con el modelo de Juana de Arco, trató de librar a su país de la dominación rusa.

Con orgullo, el biógrafo muestra su libertad de cualquier afecto personal; tierna y gentil de un modo no corriente, no había lugar para el amor privado en su consagrada vida. Inspiró a quienes la conocieron la sencilla energía de sentir como ella misma sentía. Sentían que habían visto a una mujer digna de este nombre, capaz de dulces afectos, capaz de una firme virtud.

Es un hecho digno de ser observado que todas estas revoluciones en aras de la libertad han producido campeonas femeninas que comparten los mismos rasgos, pero sólo Emily ha encontrado a su biógrafo. Sólo un amigo cercano podía llevar a cabo esa tarea por ella, pues la flor había crecido en una reclusión femenina y los escasos y sencillos rasgos de su historia, antes de su aparición en el campo de batalla, sólo eran conocidos en el círculo doméstico. Su biógrafo los ha reunido con una devoción fraternal.

¡No! El hombre no es voluntariamente mezquino. Le hacen falta fe y amor, porque aún no es un ser elevado. Grita, con sarcástico escepticismo: "Dame una señal". Pero cuando aparece la señal, sus ojos brillan y no sólo da su aprobación, sino que le rinde homenaje.

La severa nación que enseñó que la falta de una mujer había echado a perder la felicidad de la especie y mostró lo que pensaba respecto a la consideración que el hombre le debía a la mujer, acusándola en la primera cuestión con Dios; que la entregó al patriarca como doncella y, con la ley mosaica, la vinculó a la servidumbre; incluso esa nación ha saludado, con solemne fascinación, a todas las grandes y sagradas mujeres como heroínas, profetisas y jueces de Israel, y si hicieron que Eva escuchara a la serpiente, le dieron a María por esposa al Espíritu Santo. En otras naciones ha ocurrido lo mismo hasta nuestros días. A la mujer que podía conquistar le esperaba el triunfo, y no sólo se atendían las exigencias de aquéllas cuya fuerza era vivamente recomendada por su asociación con la bondad y la belleza, sino de las malvadas,

si eran firmes y fuertes. En cualquier época, una Semíramis, una Isabel de Inglaterra, una Catalina de Rusia, mejora su situación, ya sea en un círculo grande o pequeño. ¡Cuánto se ha celebrado la menor muestra de ingenio o de carácter en una mujer! ¡Qué triunfo intelectual el de la solitaria Aspasia y cuán cordialmente reconocido! De hecho, se unió a Pericles. ¿Qué analista, el más rudo de los hombres, el más plebeyo de los maridos, borraría de una página la menor anécdota de las mujeres romanas? ¡Safo, Eloísa! Los nombres han gastado su celebridad. No fueron mejor recibidas en su tiempo que la condesa coronel Plater al unirse por primera vez al ejército. Tuvieron mucho que lamentar, y sus primeros impulsos no alcanzaron su meta. Pero con el tiempo y en el espacio, su linaje apareció en escena. A lo largo de las épocas las reverenciaron y se inclinaron para tocar el borde de sus vestiduras. El joven que está a mi lado no se cansa de leer los fragmentos de la vida de Safo. No da crédito a que no se dirijan a él o que aquél a quien se dirigían fuera ingrato. Un recluso de elevados poderes se dedica a entender y explicar el pensamiento de Eloísa; corrobora su vasta superioridad en alma y genio respecto a su maestro; maldice el destino que ha arrojado su suerte en una época distinta a la de ella. Él podría haberla entendido, podría haber sido un amigo como Abelardo jamás lo fue. Y esa mujer a la que habría podido amar y venerar, ay, yace fría en su tumba desde hace cientos de años. Su pena es verdaderamente sentida. Ese responso que llega demasiado tarde para poder alegrarle es tan trágico como cualquier otra cosa que conozcamos y, sin embargo, las lágrimas de épocas posteriores brillan mientras resbalan por los barrotes de la prisión de Tasso. Ya sabemos qué consoladora es para el cautivo la seguridad de que, en alguna parte, otra inteligencia responderá a la suya.

Los hombres que habitualmente se muestran más remisos con las mujeres se sonrojan, como ante el peor de los asaltos a la cristiandad, si decís que la cristiandad no ha mejorado la condición de las mujeres. De hecho, quienes más se oponen a

cuanto se hace a su favor son los más celosos de la reputación de quienes lo hacen.

No hablaremos del entusiasmo que suscitan las actrices, las cantantes, pues aquí se mezcla el encanto de la belleza y de la gracia; pero las escritoras, incluso las mujeres instruidas, si no intolerablemente feas y desaliñadas, desde la hija del profesor italiano, que enseñaba detrás de una cortina, hasta la señora Carter y madame Dacier,[14] están seguras de su audiencia y, lo que es mejor, se atreven a usar lo que han aprendido y a aprender más, si consiguen llegar a una plataforma a la que alzarse.

Pero la dificultad consiste en llegar a esa plataforma o facilitar razonablemente el acceso. Las plantas vigorosas han de luchar siempre para florecer, a pesar de los obstáculos. Pero ha de dárseles aliento y una libre atmósfera idónea a las que son más tímidas, juego limpio para cada una según su clase. Algunas son como las pequeñas y delicadas flores que prefieren esconderse entre los húmedos musgos, junto a los torrentes de montaña o a la sombra de grandes árboles. Otras requieren un campo abierto, un suelo rico y suelto para mostrar sus colores.

Podríamos decir que tampoco el hombre ha gozado de juego limpio; sus energías han sido reprimidas y distorsionadas por la interposición de obstáculos artificiales. Pero, ay, es él quien los ha puesto ahí: han crecido de sus propias imperfecciones. Si *hay* una desgracia en la suerte de la mujer, reside en los obstáculos interpuestos por los hombres, los cuales *no* describen su condición; y si expresan su ignorancia pasada, no expresan sus necesidades actuales. Como cada hombre ha nacido de mujer, ella tiene lentos pero seguros medios de reparación; sin embargo, cuanto antes una finura general del pensamiento allane el camino, mejor.

[14] Elizabeth Carter (1717-1806), literata inglesa, y Anne Lefevre Dacier (1654-1720), traductora de Homero al francés.

El hombre nace de la mujer y su rostro se inclina sobre él en la infancia con una expresión que no puede olvidar. Hombres eminentes se han complacido en rendir tributo a esa imagen, y es una observación manida que la mayoría de hombres de genio se jacta de un desarrollo admirable en la madre. El marinero más rudo se enjuga una lágrima con la manga de su chaqueta al oír el nombre sagrado. El otro día coincidí en un viaje con un anciano de setenta años, que desafió a los viajeros a que adivinaran dónde iba. Lo adivinaron. "A ver a vuestra madre." "Sí —dijo—, tiene noventa y dos años y aún tiene buena vista, dicen. Hace cuarenta años que no la he visto y no podría morir en paz sin verla." Me gustaría que esta imagen acompañara la de un atolondrado muchacho, a quien vi tratando de recitar en un festival escolar:

> Oh, si esos labios hablaran. La vida se ha extinguido
> En mí desde la última vez que te vi.[15]

Apenas había empezado cuando repentinas lágrimas le avergonzaron en el escenario.

Algunos destellos de la misma expresión que se le mostró en su infancia, angelicalmente puros y benignos, se le presentan al hombre con esperanzas de amor puro, de un matrimonio sagrado. Si no antes, vuelven a verse en los ojos de la madre de su hijo, y confusas imágenes le insinúan que la mujer no ha nacido sólo para él, sino que ha venido del cielo, un alma con una misión, una mensajera de la verdad y el amor; que sólo ella puede darle un hogar en el que él pueda reposar legítimamente, pues ella es

> Fiel a la afinidad del cielo y del hogar.[16]

[15] William Cowper, 'On the Receipt of My Mother's Picture out of Norfolk'.

[16] William Wordsworth, 'To a Skylark'.

En destellos, en insinuaciones, este pensamiento viene a la mente del hombre corriente. Pronto queda ofuscado por las nieblas de la sensualidad, el polvo de la rutina, y entonces piensa que sólo era un meteoro, un fuego fatuo que brillaba. Pero, como una lámpara de los rosacruces, arde sin extinguirse, aunque condenada a la soledad de las tumbas, y a su vida perdurable, como a la verdad, cada época presta su vivo testimonio. Pues las verdades, que acuden a la mente de los hombres desatentos sólo en destellos intermitentes, brillan con claridad radiante en la del poeta, el sacerdote y el artista.

Cualesquiera que fueran las costumbres domésticas de los antiguos, la idea de la mujer se manifestó con nobleza en sus mitologías y poemas, donde aparece como Sita en el Ramayana, una forma de tierna pureza; como la egipcia Isis,[17] de divina sabiduría que aún no ha sido superada. También en Egipto, la Esfinge, caminando por la tierra con cuerpo de leona, contempla sus maravillas con la tranquila e inescrutable belleza del rostro de una virgen, y los griegos sólo pudieron añadir las alas al gran emblema. En Grecia, Ceres y Proserpina, significativamente llamadas "las grandes diosas", podían verse sentadas una al lado de otra. No necesitaban levantarse para que nadie las adorase o para transformarse; estaban preparadas para todas las cosas, como sabían los iniciados en los misterios. Más obvio es el significado de aquellas tres formas, Diana, Minerva y Vesta; distintas en la expresión, pero semejantes en que cada una de ellas era suficiente por sí misma. Otras formas eran sólo accesorias e ilustrativas, aunque no complementarias. Otra podría ser, en realidad, la compañía, y Apolo y Diana estimulan recíprocamente su belleza. De Vesta ha de observarse que no sólo la providente y clara Grecia, sino la más ruda Roma, que representó la única forma del

[17] Apéndice A. [Nota de Fuller.]

hombre bueno (el siempre ocupado guerrero) que podía ser indiferente a la mujer, confiaba la permanencia de su gloria a una diosa tutelar, y su más sabio legislador hablaba de la meditación como una ninfa.

Tal vez en Roma el desprecio de la mujer fuera una reacción a los modales de Etruria, donde la reina sacerdotisa, la reina guerrera, parece haber sido un carácter corriente.

Un ejemplo del noble matrimonio romano, en que la severa y tranquila nobleza de la nación era común a ambos cónyuges, lo vemos en la página histórica que apenas nos habla de Bruto y Porcia. Shakespeare trató la relación en sus contornos nativos, armonizando lo particular con lo universal, y mientras es amor conyugal, y no otra cosa, es distinto de la misma relación que vemos en *Cimbelino* u *Otelo*, como una estrella difiere de otra en gloria.

> Por aquel gran voto
> Que nos unió e hizo uno de nosotros,
> Dime a mí, a ti mismo, a tu mitad,
> Por qué estás tan absorto...
> ¿Estoy relegada a los suburbios
> De tu placer? Si no hay más,
> Porcia es la querida de Bruto, no su esposa.[18]

Fijaos en la triste majestad del tono de la respuesta. ¿Quién no daría el crédito de toda una vida a esa voz de honor?

> Eres mi verdadera y honorable mujer,
> Tan querida para mí como las rojas gotas
> Que colman este triste corazón.

Es la misma voz que cuenta el secreto de su vida en las últimas palabras:

[18] Las citas siguientes corresponden a *Julio César* de Shakespeare, aunque "la página histórica" podría corresponder al *César* de Plutarco.

Compañeros, mi corazón se complace de que,
[en toda mi vida,
No he encontrado a nadie que no me haya sido fiel.

No era de extrañar que fuese así.

Sin embargo, a Shakespeare no le bastaba con que Porcia suplicara la confianza en la naturaleza esencial del vínculo del matrimonio:

Concedo que soy una mujer, pero, con todo,
Una mujer que el señor Bruto tomó por esposa.
Concedo que soy una mujer, pero, con todo,
Una mujer bien reputada, la hija de Catón.
¿No crees que soy *más fuerte que mi sexo*
Con ese padre y este marido?

Luego, en la misma escena en la que Bruto sufre por aquella "pérdida insoportable y conmovedora", la muerte de su esposa, Casio suplica:

¿No tienes amor suficiente para soportarme
Cuando aquel agrio humor que me dio mi madre
Me hace olvidar todo?
Bruto. Sí, Casio, y, en adelante,
Cuando te muestres severo en exceso con tu Bruto,
Pensará que tu madre le reprende, y consentirá.

Era una creencia frecuente entre los antiguos, como entre nuestros indios, que el *cuerpo* se heredaba de la madre y el *alma* del padre. Como en aquel noble pasaje de Ovidio, ya citado, donde Júpiter, mientras su sínodo divino contempla la pira funeral de Hércules, triunfa de este modo:

Nic nisi *materna* Vulcanum parte potentem.
Sentiet. Aeternum est, a me quod traxit, et expers
At que immune necis, nullaque domabile flamma
Idque ego defunctum terra coelestibus oris
Accipiam, cunctisque meum laetabile factum
Dis fore confido.

Sólo la parte de la grosera estructura *materna*
Devorará el fuego, mientras que la que recibió de mí
Vivirá inmortal y renovará su fuerza;
Pues, cuando haya muerto, ascenderé a los reinos superiores.
Que todos los poderes aprueben este acto justo.

Es una buena manera de referirse a su unión con una mujer terrenal, pero expresaba el pensamiento corriente entre los romanos respecto al matrimonio, el mismo que permitía a un hombre prestar a un amigo su mujer, como si fuera ganado.

Relegada a los suburbios de su placer.

Sin embargo, la misma ciudad, como he dicho, se inclinaba al culto de Vesta, la Preservadora, y en épocas tardías fue devota de Isis. En Esparta, el pensamiento, en este aspecto como en otros, expresaba los rasgos de la vida real, y las mujeres de Esparta eran tan espartanas como los hombres. El *citoyen*, la *citoyenne* de Francia era allí una realidad. ¿No era la tranquila igualdad de la que disfrutaban tan honorable como la devoción de la caballería? Las mujeres compartían inteligentemente la vida ideal de su nación.

Como los hombres, sentían que

Si el honor faltaba, faltaba todo,
Y sería preferible no haber nacido.

Las mujeres eran los verdaderos amigos del hombre. Los espartanos, seguramente, no pensaban que recibían su cuerpo sólo de su madre. El sabio, si hubiera vivido en aquella comunidad, no habría pensado que las almas de "los hombres vanos y fatuos se degradaban, tras la muerte, hasta adquirir las formas de la mujer y, si no hacían grandes esfuerzos para recobrarse, se convertían en pájaros".

(Desde luego, es bastante indicativo de la dura inteligencia meramente *viril* hablar así de los pájaros, que el poeta *femenino* escoge siempre como símbolos de sus delicados pensamientos.)

Nos han contado que, en las naciones griegas en general, las mujeres ocupaban un lugar infinitamente inferior al hombre. Es difícil creerlo cuando vemos el rango y la dignidad de pensamiento al respecto en las mitologías y descubrimos a los poetas produciendo ideales como Casandra, Ifigenia, Antígona, Macaria, o donde las sibilas pronunciaban el oráculo del dios más elevado, al que no le bastaba con reinar en una corte con menos de nueve musas. Incluso la victoria tenía una forma femenina.

Pero, cualesquiera que fueran los hechos de la vida cotidiana, no puedo lamentar la época y nación que representa su pensamiento con un símbolo como el que tengo ahora ante mí. Es un zodíaco con los bustos de los dioses y las diosas dispuestos por parejas. El círculo emite la música de un orden celestial. Las cabezas masculinas y femeninas difieren en la expresión, pero son iguales en belleza, fortaleza y calma. Cada cabeza masculina corresponde a un hermano y rey; cada cabeza femenina corresponde a una hermana y reina. El pensamiento así expresado podría pervivir sin que hubiera nada más que desear. Había unión en la variedad, afinidad en la diferencia.

Acercándonos a nuestro tiempo, observamos que las revelaciones de la religión y la poesía no son menos sinceras. El rudo varón recién salido de la tierra, Adán, acusa a la mujer ante su Dios y labra la desgracia de ella para la posteridad. No le avergüenza escribir que un ser inferior a él podía apartarle del cielo, un ser, dice, creado de una pequeña parte de sí mismo. Pero en la misma nación, educada con el tiempo, instruida por una serie de profetas, encontramos a la mujer en una posición tan elevada como nunca haya ocupado. Ninguna otra figura que se haya elevado para complacernos ha sido recibida con una reverencia más ferviente que la *Madonna*. Heine la llama la *Dame du Comptoir* de la Iglesia católica, y esta mofa expresa una seria verdad.

No sólo el peregrino adoraba esa imagen sagrada y significante, ni era sólo el motivo favorito del artista, sino que ejercía

una influencia inmediata sobre el destino del sexo. La emperatriz que abrazó la cruz convirtió a hijos y marido. Calendarios enteros de santas, heroicas damas de la caballería, vinculando el emblema de la fe al corazón del amado, y desperdiciando la flor de la juventud con la separación y la soledad en aras de deberes que asumían por religión, en innumerables formas de poesía, podían remontarse a esa imagen. Sin embargo, por imperfecta que sea la acción en nuestros días de la fe así expresada, y aunque no podamos pensar que esté más cerca de ese ideal que las acciones de la India o Grecia lo estaban del suyo, no es en vano que se haya reconocido la verdad de que la mujer no sólo es una parte del hombre, hueso de sus huesos y carne de su carne, nacida para que el hombre no esté solo, sino que las mujeres, por sí mismas, poseen y están poseídas por almas inmortales. Sin duda, esta verdad ha recibido una gran estabilidad externa de la creencia de la iglesia de que la madre terrenal del Salvador de almas era una mujer.

La asunción de la Virgen, pintada por artistas sublimes, en el Himno a la *Madonna* de Petrarca,[19] no puede haberse dirigido al mundo enteramente sin resultado, aunque a veces quienes tienen oídos no oyen.

Fijaos en la influencia sobre las naciones de este poderoso ejemplo. Escuchad las baladas de España. En ellas, la mujer es "verdaderamente mujer", la prometida, la novia, la esposa del hombre; no hay en ella rastro de filósofa, heroína, sabia, sino que parece grande y noble. ¿Por qué? Porque también es, por su profunda devoción, la prometida del cielo. Sus ojos levantados han atraído una luz radiante a su alrededor. Escuchad la balada de la boda de la doncella Teresa.

La infanta, entregada al novio moro, atrae la venganza del cielo a su pasión sacrílega y no considera excesivo expiar con su vida en el claustro la mancha involuntaria en su juventud

[19] Apéndice B. [Nota de Fuller.]

de princesa.[20] Era esta sensación constante de exigencias superiores al amor o la felicidad terrenales la que hacía de la doncella española que compartía este espíritu un galardón que había que ganar con esfuerzo y sangre y pureza constante, más bien que en ganado que podía comprarse para placer y servicio.

Alemania no necesitaba *aprender* una elevada visión de la mujer; era algo natal en su raza. La mujer era para el guerrero teutón su sacerdotisa, su amiga, su hermana, una mujer, en verdad. Las estatuas cristianas de nobles parejas, que yacían sobre sus tumbas de piedra y expresaban el significado de toda una peregrinación con las manos unidas en una plegaria común, no podían dar una sensación más noble del lugar y los poderes de la mujer que la que pertenecía al día del *Altvater*.[21] El sagrado amor de Cristo que los invitaba a escoger "la mejor parte, aquella que no podía serles arrebatada", ha refinado y santificado en esta nación una fe nativa, mostrando con ello que no era sólo el espíritu guerrero lo que hacía a los latinos tan bárbaros al respecto.

Los alemanes, gentilmente adeptos a este pensamiento, le hicieron más justicia. La idea de la mujer en su literatura se ha expresado a más altura y profundidad que en ninguna otra.

Daré como ejemplos los motivos de tres baladas.

Una trata de un caballero que lleva siempre el nombre de la Virgen en sus labios. Esto le protege durante toda su vida, de varias y hermosas maneras, tanto del pecado como de otros peligros, y, cuando muere, una planta brota de su tumba y recita el Ave María tan dulcemente que nadie podía pasar por su lado con el corazón impuro.

[20] Apéndice C. [Nota de Fuller.]

[21] Anciano padre.

Otro ejemplo es una de las leyendas de la famosa Drachenfelds.[22] Una doncella, una de las primeras conversas al cristianismo, fue arrastrada como presa por el populacho enfurecido a la temible guarida de "la estirpe legendaria del dragón". Se quedó sola, pero sin miedo, porque sabía en quién confiaba. Así, cuando los dragones se abalanzaron sobre ella, les mostró un crucifijo y se postraron reverentemente a sus pies. Al día siguiente, el pueblo se acercó y, al ver esa maravilla, se volvió entero a la fe que exalta a los más humildes.

El tercer ejemplo que tengo en mente es otra leyenda del Rin. Un joven está sentado junto a la doncella a la que ama en la orilla de una hermosa isla, en la que ella reina, perfumada por las parras que colman sus arboledas. Son felices; todo florece a su alrededor y la vida promete su mejor vino. Un bote se acerca con la marea y se detiene a sus pies. Tal vez traiga un feliz mensaje, rocío fresco para sus flores, una nueva luz sobre las olas. ¡No! Es la contrapartida habitual de una gran felicidad. El padre del conde parte hacia las cruzadas: ¿le acompañará su hijo o se quedará para gobernar sus dominios y casarse con aquélla a la que ama? Ninguno de los dos prometidos lo duda un momento. "Debo ir con mi padre." "Debes ir con tu padre." Era un solo pensamiento, una sola palabra. "Estaré aquí de nuevo —le dijo— cuando las flores se hayan convertido en oscuros racimos." "Así lo espero", suspiró ella, aunque un sentido profético le decía que no.

Esperó, y las uvas maduraron, y pasó la vendimia, y él no volvió. Año tras año lo pasó así, sin noticias, y seguía esperando.

Mientras tanto, él yacía en una prisión musulmana. Languidecía sin esperanza hasta que, al cabo, su santo patrón se le apareció en una visión y le anunció su liberación, a condición de que se uniera a la orden monástica al servicio del santo.

[22] La Roca del Dragón, junto al Rin, donde Sigfrido da muerte a la bestia.

Fue liberado y volvió a casa seguro. Una vez más navegó por el Rin. La doncella, que aún aguardaba bajo las parras, ve acercarse al fin el objeto de su paciente amor. Se acerca, pero no para tocar la playa a la que ella, con los brazos extendidos, ha bajado corriendo. Él no se atreve a desembarcar, pero con la voz apagada y rota le refiere la voluntad del cielo y que, en obediencia a su voto, va de camino a un convento en la orilla del río, para pasar allí el resto de su vida terrenal al servicio del altar. Su embarcación vira y se aleja flotando de ella y de cualquier esperanza en este mundo, empujado, como él cree, por el aliento celestial.

Consternada, la doncella no se atreve a murmurar ni vacila. Pide que le preparen su embarcación. Sigue a su amor perdido hasta la puerta del convento, pide una entrevista con el abad y entrega su isla elisia, donde el fruto rojizo de las parras ha madurado en vano para ella, al servicio del monasterio donde su amor debía servir. Luego, pasa al lado de las monjas, toma el velo y se compromete ante el altar a una unión de por vida, aunque no con quien ambos habían esperado en los primeros años.

¿No es esta lamentable historia de una gran belleza? ¿No muestra una visión suficientemente elevada de la mujer, del matrimonio? Ésa es habitualmente la visión de la caballería, sobre todo la visión alemana.

Sin embargo, dondequiera que hubiera un equilibrio en el hombre dotado de sentimientos e inteligencia, ése era el resultado. El griego Jenofonte no sólo ha descrito dulcemente a la mujer doméstica, en su *Económico*, sino que en la *Ciropedia* nos ha dejado, en el retrato de Pantea, una visión de la mujer que ningún retrato alemán podría superar, ya sea solitaria y tranquila con los párpados velados, el templo de una amabilidad vestal, o con los ojos centelleantes y el pelo suelto al viento, alentando al héroe a luchar por su dios, su país o cualquier otro nombre que su deber pudiera adoptar entonces. Copiaría esa imagen una y otra vez. Sin embargo, Jenofonte

creció en la misma época junto a quien hizo que Ifigenia le dijera a Aquiles:

> Sería preferible que mil mujeres perecieran a que un solo hombre dejase de ver la luz.[23]

Éste era el sentimiento griego vulgar. Jenofonte, aspirando al hombre ideal, captó también los destellos de la mujer ideal. Pantea no está lejos de la figura de Ciro. No lo estaban en pensamiento ni lo estarían en vida.

Podría extender la lista de ejemplos más allá de la paciencia del lector. Pero se ha aducido lo suficiente para mostrar que, aunque haya habido tanta disparidad cultural entre las naciones como entre los individuos respecto a este punto, la idea de la mujer ha arrojado siempre algunos rayos y a menudo se ha representado con vehemencia.

Mucho menos se ha quejado la mujer de no haber tenido su parte de poder. Éste, en todas las clases de la sociedad, salvo en los más humildes, ha sido suyo hasta donde la vanidad podía anhelar, mucho más allá de lo que la sabiduría habría aceptado. En lo más bajo, donde el hombre, aplastado por la pobreza, ve en la mujer sólo la compañera de trabajos y desvelos, sin esperar ni albergar siquiera la idea de una casa confortable, a menudo maltrata a la mujer y recibe menos su influencia. En todas las clases, quienes son gentiles e impasibles, demasiado cándidos para la intriga, demasiado delicados para conculcar los derechos de nadie, sufren mucho. Sufren en extremo y son amables; en verdad, obtendrán su recompensa. Dondequiera que el hombre se haya elevado suficientemente sobre la pobreza o la brutal estupidez para procurarse la comodidad del hogar, o la floración y el ornamento de la vida, la mujer habrá obtenido siempre poder suficiente, si ha escogido ejercerlo, y suele estar dispuesta a hacerlo en proporción a su

---

[23] Eurípides, *Ifigenia en Áulide*.

ignorancia y vanidad infantil. Desconocedora de la importancia de la vida y sus propósitos, educada para una coquetería egoísta del amor y el poder de una mascota, no ve más allá del placer de ser advertida en el momento, y los gobiernos se conmueven y el comercio se interrumpe para consolar el enfado de una favorita femenina. La mujer de un tendero inglés no vota, pero en su interés, el político se somete a la adulación más descarada. Francia no tolera a una mujer en el trono, pero sus orgullosos nobles muerden el polvo a los pies de Pompadour y Du Barry por un reflejo en el iluminado primer plano, donde un Rolando se habría retirado modestamente. España (la misma España que canta a Jimena y a doña Teresa) entrega a sus mujeres al cuidado de las dueñas y no les permite otra lectura que el breviario, pero la ruina se sigue de la indigna favorita de una reina indigna. Confiando en precauciones mezquinas, los hombres piden paz, paz, donde no hay paz.

No es el aliento pasajero del incienso poético lo que las mujeres quieren; eso lo pueden recibir de un amante. No es un imperio perdurable, que conseguiría siendo una coqueta, una fierecilla o una buena cocinera. No es dinero, ni notoriedad, ni las enseñas de la autoridad de las que se han apropiado los hombres. Si las demandas a su favor insisten en uno cualquiera de estos particulares, quienes las hacen no han comprendido bien la necesidad. Lo que las mujeres quieren es aquello que incluye todo esto y, a la vez, lo excluye; que no prohibiría el poder, salvo que hubiera una tentación real de detentarlo y abusar de él; que no las pervertiría con la adulación por ser dignas de consideración. Es aquello que constituye el derecho natal de todo ser capaz de recibirlo: la libertad, la religiosa e inteligente libertad del universo para usar sus medios, para aprender su secreto hasta donde la naturaleza le haya capacitado, con Dios solo como guía y juez.

Vosotros no le dais crédito, hombres, pero la única razón por la que las mujeres siempre han asumido lo que resulta más apropiado para vosotros es que vosotros les habéis impedido encontrar lo que les conviene a ellas. Si ellas fueran libres, si

fueran plenamente sabias para desarrollar la fuerza y la belleza de la mujer, no desearían ser hombres ni masculinas. La bien instruida luna no se sale de su órbita para apoderarse de las glorias de su compañero. No, pues la luna sabe que rige una misma ley, que un mismo cielo los comprende a ambos y un mismo universo les corresponde. Con las mujeres ocurre como con los esclavos.

> Vor dem Sklaven, wenn er die Kette bricht,
> Vor dem freien Menschen erzittert nicht.[24]

No tembléis ante el hombre libre, sino ante el esclavo que rompe su cadena.

En la esclavitud, en la esclavitud reconocida, las mujeres van a la par del hombre. Ambos son herramientas, un artículo de propiedad, ¡nada más! En una libertad perfecta, como la del Olimpo, en el estado angelical de Swedenborg, en el cielo donde no hay matrimonio ni nadie es entregado en matrimonio, cada uno es una inteligencia purificada, un alma liberada, ¡nada menos!

> Jene himmlischen Gestalten
> Sie fragen nicht nach Mann und Weib,
> Und keine Kleider, keine Falten
> Umgeben den verklarten Leib.[25]

La niña que cantaba esto era una forma profética, expresión del anhelo de un estado de perfecta libertad, de amor puro. No podía quedarse allí y fue transplantada en otro lugar. Tal vez el aire de esta tierra no sea nunca tan templado como para que pueda soportarlo. Pero, mientras tanto, han de dar testimonio de la verdad por la que han sido constituidos.

---

[24] Schiller, 'Die Worte des Glaubens'.

[25] "Esas figuras celestiales no se cuidan de ser marido o mujer, y ningún vestido rodea el cuerpo transfigurado." Son versos de *Años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, de Goethe.

Hay muchas pruebas de que se acerca una época más templada que nunca, tantas, de hecho, que sólo podemos enumerar ahora las más eminentes.

Los reinados de Isabel de Inglaterra e Isabel de Castilla anunciaron esta época. Expresaban el principio del nuevo estado y fomentaban su progreso. Tenían caracteres fuertes y en armonía con las necesidades de su tiempo. Una de ellas demostró que esa fortaleza no le sentaba mal a una mujer para cumplir los deberes de mujer y madre; la otra mostró que podía vivir y morir sola, una vida llena de energía, una muerte valerosa. Isabel de Inglaterra no es, precisamente, un ejemplo agradable. Al elevarse por encima de la debilidad, no dejó a un lado las debilidades adscritas a su sexo, pero su fortaleza ha de respetarse ahora como lo fue en su tiempo.

Isabel y María Estuardo parecen tipos, moldeados por el espíritu del tiempo, y situados en una elevada plataforma para mostrar a las épocas venideras a la mujer a tenor de la conducta y los deseos del hombre en general, encantadora hasta la seducción, de comprensión rápida y juicio débil, con gracia y dignidad de sentimiento, pero sin principios; crédula e indiscreta, pero artificiosa; capaz de una grandeza repentina o del crimen, pero no de una sabiduría constante ni de una virtud que sepa refrenarse; una mujer medio emancipada y celosa de su libertad, como ha sido descrita antes y desde entonces en más de una actitud combativa, varonil, pero no semejante al hombre, fuerte y prudente más que grande o sabia; capaz de dominar la vanidad y el deseo de gobernar mediante la coquetería y la pasión, pero no de sajar de raíz esos queridos engaños, como si fuera indigna de la verdad y la nobleza. Isabel, crecida en la adversidad, se puso sus virtudes de armadura, en lugar de extraerlas de su alma en un orden natural. El tiempo y su posición la empujaron a actuar como una sabia soberana, y le enorgullecía que fuera así, pero sus gustos e inclinaciones la habrían llevado a desempeñar el papel de una mujer débil. Carecía por completo de magnanimidad.

Nosotros podríamos aceptar como augurio que fuera Isabel de Castilla quien proporcionara a Colón los medios para llegar aquí. Esta tierra ha de pagar la deuda contraída con esa mujer, sin cuya ayuda no habría establecido una alianza con el mundo civilizado.

El señor Prescott, en su relato de la conquista de México, nos ha dado a conocer una graciosa y significativa figura, la muchacha india Marina, que acompañó a Cortés y fue su intérprete en los momentos difíciles de su carrera. Estuvo a su lado junto a los muros del palacio asediado para defenderlo de sus furiosos compatriotas. Fue conocida por su nombre en Nueva España y, tras la conquista, su amable intercesión fue a menudo vital para los conquistados. Podríamos leer el poema del futuro en algunos pasajes de la historia de Malinche.[26]

La influencia de Isabel de Inglaterra en la literatura fue real, aunque, en comparación con sus más hermosas producciones, no tenía más derecho a darle su nombre a una era que la reina Ana. Fue simplemente el hecho de tener a una soberana femenina en el trono lo que afectó al desarrollo del pensamiento del escritor. En este sentido, la presencia de una mujer en el trono siempre deja su marca. Se vive ante los ojos de los hombres, cuya imaginación se estimula con las posibilidades de la mujer. "Moriremos por nuestro rey, María Teresa", gritaban los salvajes guerreros, chocaban sus espadas y el sonido reverberaba en los poemas de aquella generación. Sólo el rango del carácter femenino en Spenser podría bastar para un periodo. Britomar y Belphoebe tienen tanto espacio en el lienzo como Florimel y, donde ése sea el caso, la amazona más presuntuosa no murmurará que Una ha de considerarse el tipo más hermoso.[27]

---

[26] William Hickling Prescott (1796-1859), autor de *History of the Conquest of Mexico* (1843).

[27] Fuller se refiere a *The Faeire Queen* de Edmund Spenser (1552-1599).

Por diferente que fuera la reina inglesa de la reina de las hadas, podríamos concebir que fuera la imagen de *una* reina para el poeta que convocó tan espléndida corte de mujeres. El rango de Shakespeare también es grande, pero ha dejado a un lado los caracteres heroicos, como la Macaria de Grecia, la Britomart de Spenser. Ford y Massinger, a este respecto, se han elevado a una altura de sentimiento mayor. Amaban a la mujer más heroica y sagrada y, aunque no supieron pintar a una Imogen, a una Desdémona, a una Rosalinda, sin embargo, en un molde más vasto, mostraron un ideal más elevado, aunque con mucho menos poder poético para expresarlo del que vemos en Porcia o Isabela. La sencilla verdad de Cordelia, de hecho, es de esta clase. La belleza de Cordelia no es masculina ni femenina, es la belleza de la virtud.

El ideal del amor y el matrimonio surgió en todas las naciones cristianas capaces de un sentimiento grave y profundo. Podemos tomar como ejemplos de su aspecto inglés estos versos:

> No podría amarte tanto, querida,
> Si no te respetara más.[28]

O las palabras del republicano a su esposa, mientras ella miraba desde la ventana de la Torre para verlo por última vez, camino del cadalso. De pie en la carreta, agitó su sombrero y gritó: "Al cielo, mi amor, al cielo, ¿y dejarte en la tormenta?"

Ése era el amor de la fe y del honor, un amor que impedía, como el del coronel Hutchinson, "su lado de idolatría", porque era religioso. Donne describe "el encuentro de dos almas" como el nacimiento de un "alma más capaz".

Lord Herbert escribió a su amada:

> Si nuestras almas no fueran inmortales
> Nuestro mutuo amor inmortales las haría.[29]

[28] Richard Lovelace, 'To Lucasta, Going to the Wars'.

[29] Los versos corresponden, en realidad, a George Herbert, hermano de lord Herbert, en 'An Ode upon a Question Moved, Whether Love should continue forever'.

En el *Corazón roto* de Ford, Pentea, un personaje que compromete mi admiración de una manera incluso más profunda que el de Calante, ha sido elaborado para presentar la imagen más hermosa de lo que deberían ser esas relaciones en toda su pureza. Su vida no puede soportar la violación de lo que siente con tanta claridad.

También Shakespeare vio que en el verdadero amor, como en el fuego, el ardor supremo coincide con la pureza suprema. Es un amante verdadero quien exclama en la agonía de Otelo:

> Si tú eres falsa, el cielo se burla de sí mismo.

El hijo, forjado como Hamlet para apreciar la verdad en toda la belleza de las relaciones, se hunde en una profunda melancolía cuando descubre que sus esperanzas naturales han sido defraudadas. No tiene madre. Aquélla a la que da ese nombre ha arruinado en el seno de su corazón a todo el sexo.

> Fragilidad, tu nombre es mujer.

Precisamente porque Hamlet encuentra una causa para hablar así es por lo que he puesto ese verso, cuyo estigma nunca podrá borrarse, a la cabeza de mi obra. Pero, como amante, Hamlet no se habría equivocado como para terminar con esa convicción. Habría compartido la fe de Otelo y la calumnia no habría turbado esa fe en su menos apasionado ánimo.

En España, este pensamiento se expresa con la sublimidad que pertenece al sombrío y apasionado genio de la nación. La Justina de Calderón resiste todas las tentaciones del demonio y eleva a su amado con ella por encima de los dulces atractivos de la mera felicidad temporal. Su matrimonio queda en peligro; sus almas son liberadas juntas por la llama del martirio para alcanzar "un estado más puro de sensación y existencia".

En Italia, los grandes poetas entreveraban en sus vidas un amor ideal que respondía a las más elevadas necesidades. Incluía las de la inteligencia y las del afecto, porque era un amor del espíritu por el espíritu. No era ascético, o sobrehumano, sino que, interpretando todas las cosas, daba la belleza adecuada a los detalles de la vida corriente, cotidiana. El poeta no hablaba de su amada como de una flor que debiera plantar en su pecho o llevar cuidadosamente en su mano, sino como de una luz, y debía encontrar alas para llegar a ella, o como de "una escalera hasta el cielo". Se complacía en hablar de ella no sólo como la novia de su corazón, sino como la madre de su alma, pues veía que, en los casos en los que había tomado la dirección adecuada, la delicadeza superior de su aspecto y la tranquilidad de su vida le permitían una influencia espiritual mayor que la del hombre. Así que no la miraba como si estuviera entre él mismo y la tierra, para servir a sus necesidades temporales, sino más bien, como si estuviera entre él y el cielo, para purificar sus afectos y llevarlo a la sabiduría por medio del amor. No pensaba en ella como en Eva, sino como en la *Madonna*.

Ahí es donde el pensamiento, que resplandece en todas las leyendas de la caballería, brilla en plena radiación intelectual, no para ser malentendido, y el mundo lo reverencia, aunque esté muy lejos de la práctica del mundo, tan lejos que parece como si un golfo de muerte se extendiera entre ambos.

Incluso en tales hombres la práctica era, a menudo, muy distinta a la fe mental. Me refiero a la mental, porque si el corazón hubiera latido en ella, la práctica no habría sido disonante. El matrimonio de lord Herbert fue de conveniencia, y había sido fijado a sus quince años; no fue infeliz, pero sólo lo tenía en cuenta por las ventajas que le reportaba para perpetuar su familia sobre la base de una gran fortuna. Rindió lo que consideraba una debida atención a ese vínculo, pero sus pensamientos viajaban a otros lugares y, mientras se formaba un elevado ideal de la camaradería del matrimonio, no debió

de dudar nunca de que su consumación debía posponerse a otro estadio de la existencia. Casi inmediatamente después de la muerte de Beatriz, Dante se casó con una mujer que había escogido uno de sus amigos, y Bocaccio, al describir las miserias que le esperaban, en este caso,

> La forma de una unión en la que no había unión,

habla como si tales miserias fueran inevitables y como si el erudito y el poeta, especialmente, no pudieran esperar sino miseria y obstrucción en la compañía doméstica de una mujer.

Han pasado los siglos desde entonces, pero la civilizada Europa aún está en transición respecto al matrimonio, no sólo en la práctica, sino en el pensamiento. Es ocioso hablar con desprecio de las naciones donde la poligamia es una institución, o los serrallos una costumbre, cuando prácticas mucho más envilecedoras colman casi hasta la saciedad cada ciudad y cada aldea. Aunque se siga creyendo que la unión de dos personas es la única forma pura del matrimonio, una gran mayoría de sociedades e individuos vacila a la hora de pensar si el vínculo terrenal ha de ser una reunión de almas o sólo supone un contrato de conveniencia y utilidad. Si la mujer tuviera los derechos de un ser inmortal, eso no pasaría. No sería entregada, en algunos países, por su padre, con apenas menos respeto por sus sentimientos de lo que mostraría un jefe indio, que vende a su hija por un caballo y la golpea si ella escapa de su nuevo hogar. Ni, en las sociedades donde se le permite escoger, sería pervertida por la corriente de opinión que la arrastra a creer que debe casarse, aunque sólo sea para encontrar un protector y un hogar propio.

Si el hombre pensara que la relación tiene una importancia permanente, no la establecería a la ligera. No consideraría algo trivial entablar relaciones íntimas con otra alma, relaciones que, si no eternas en sí mismas, afectan eternamente a su crecimiento.

Si creyera que la mujer es capaz de amistad,[30] el hombre no se arriesgaría a perder la oportunidad de encontrar a una amiga en una persona que podría, probablemente, vivir medio siglo a su lado. El amor se extendería hasta el infinito y el hombre no perdería la oportunidad de sus revelaciones, de modo que pudiera, cuanto antes, descansar de su fatiga junto a un fuego brillante y asegurarse una compañera dulce y graciosa "dedicada sólo a él". Si diera un paso más allá, no entablaría descuidadamente una relación en la que podría no ser capaz de cumplir el deber de un amigo, igual que el de protector de un mal exterior, con la otra parte, y tener en su poder un ser anhelante de simpatía, inteligencia y ayuda, que él no podría dar.

¡Qué profunda comunión, que intercambio real implica el compartir las alegrías y los desvelos de la paternidad cuando se admite cierto grado de igualdad de las partes! Es cierto que, en la mayoría de casos, el hombre considera a su mujer un hijo adoptivo y la sitúa como nodriza o gobernanta de los hijos, más bien que de madre. La influencia de la madre sobre los niños es segura, pero se pierde la educación que podría ilustrar esa influencia al ser tratada de ese modo. Según el orden de la naturaleza, los niños completan la educación, moral y mental, de los padres al hacerlos pensar qué se necesita para que los seres humanos adquieran la mejor cultura y sometan las debilidades e impulsos que impidan que se la proporcionen a esos queridos sujetos que representan el mundo para ellos. El padre y la madre deberían ayudarse mutuamente para aprender lo que requiere ese sublime sacerdocio de la naturaleza. Pero, para ello, hace falta un religioso reconocimiento de la igualdad.

Podría demostrarse de cuatro modos dónde empieza a difuminarse este pensamiento de la igualdad.

---

[30] Véase la opinión de Spinoza en el Apéndice D. [Nota de Fuller.]

Compartir las tareas de la casa. En nuestro país, la mujer cuida del marido "licencioso pero amable"; el hombre, de una "mujer capaz y de temperamento dulce".

El hombre aporta la casa; la mujer la regula. Su relación es de mutua estima, de dependencia mutua. Hablan de sus asuntos y muestran su afecto con práctica amabilidad. Saben que la vida es más llevadera y agradable con la ayuda del otro; están agradecidos y contentos. La mujer alaba que el marido sea un "buen proveedor"; el marido, a cambio, la elogia por ser una "gran ama de casa". Esta relación es buena mientras dura.

Luego viene un vínculo más estrecho, que toma las formas de la idolatría mutua o de la camaradería intelectual. Suponemos que el primero no será para nadie un agradable objeto de contemplación. Las partes se debilitan y deprimen mutuamente; cierran la puerta a todas las glorias del universo para poder vivir juntos en una celda. A sí mismos se tienen por los únicos sabios, a los demás los consideran fatuos; los dioses sonríen mientras preparan la crisis que los cure: a los hombres, la mujer les parece una sirena inalcanzable; a las mujeres, el hombre un muchacho afeminado.

La otra forma, la camaradería intelectual, es cada vez más frecuente. Los hombres dedicados a la vida pública, los literatos y artistas han encontrado a menudo en sus mujeres compañeras y confidentes en pensamiento no menos que en sentimiento. Conforme el desarrollo intelectual de la mujer ha ido extendiéndose y elevándose, no es raro que hayan compartido un mismo objetivo. Como en el caso de Roland y su mujer, amigos en casa y en el consejo de las naciones, que indistintamente leían, gobernaban los asuntos domésticos o preparaban documentos públicos juntos.

Es muy grato, en las cartas que empezaba Roland y terminaba su mujer, ver la armonía mental y la diferencia de la naturaleza; un solo pensamiento, pero diferentes modos de tratarlo.

Éste es uno de los mejores ejemplos de un matrimonio de amistad. Sólo era amistad, cuyo fundamento es la estima; probablemente ninguno de los dos conociera el amor, salvo de nombre.

Roland era un buen hombre, digno de consideración y estimado; su mujer merecía admiración, aunque podía pasarse sin ella. Madame Roland es el espécimen más hermoso que aún tenemos de su clase, tan clarividente en su propósito como valiente en llevarlo a cabo, como la Britomart de Spenser; austeramente apartada de cuantos no le pertenecían como mujer o como inteligencia. Es el ejemplo contrario de la clase que las épocas venideras fomentarán, la matrona espartana, criada por la cultura de una época de libros para la conciencia intelectual y la expansión.

La suficiencia, la fortaleza y la claridad de visión se combinaban en ella con el poder de un afecto profundo y tranquilo. También ella le habría enseñado a su hijo o esposo el lema de su escudo, "Vuelve con él o sobre él", no porque los amara poco, sino mucho. La página de su vida es de una dignidad inmaculada.

Su apelación a la posteridad es contra la injusticia de quienes cometen tales crímenes en nombre de la libertad. Ella lo haría por sí misma o su marido. Pondría a su lado, en el estante, un pequeño volumen que contuviera una apelación parecida, entre los veredictos de los contemporáneos, a la apelación de Godwin a la humanidad a propósito de su mujer, la célebre, y para la mayoría de los hombres detestable, Mary Wolstonecraft.[31] En su opinión, era una apelación contra la injusticia de quienes perpetraban el mal en nombre de la virtud.

Si ese librito no fuera interesante por otra causa, lo sería por el generoso afecto puesto de relieve en circunstancias

[31] Mary Wolstonecraft (1759-1797) escribió *A Vindication of the Rights of Women* (1792).

peculiares. Ese hombre tuvo el valor de amar y honrar a esa mujer a la vista de la condena del mundo y de cuanto era repulsivo en el pasado de ella. Creía saber cuál era su alma y que los impulsos que la habían llevado a luchar eran nobles, aunque las opiniones que pudieran haber suscitado no hubieran sido debidamente sopesadas. La amó y la defendió por el significado y la tendencia de su vida interior. Era un buen motivo.

Mary Wolstonecraft, como madame Dudevant (comúnmente conocida por George Sand) en nuestros días, fue una mujer cuya existencia demostró la necesidad de una nueva interpretación de los derechos de la mujer mejor que cualquier cosa que escribiera. Seres como éstos, ricos en genio, con las simpatías más tiernas, capaces de una elevada virtud y de una armonía purificada, no deberían encontrarse por nacimiento en un lugar tan angosto que, al romper los moldes, los pusiera fuera de la ley. Si hubieran tenido espacio suficiente en el mundo, como en el poema de Spenser sobre Britomart, no se habrían dado de cabeza contra la pared, sino que habrían apreciado el refugio que les proporcionaba. Encontraron su camino, al final, hacia la luz y el aire, pero el mundo no borró el estigma que les había puesto. La campeona de los derechos de la mujer encontró en Godwin alguien que defendiera esa causa como un hermano. Quien delineó con tal pureza de rasgos la forma de la mujer en la Margarita de la que St. Leon jamás aprendió a ser digno,[32] una perla cuyo precio superaba el de los rubíes, no traicionaría en vida la fe con la que había santificado su romance. Obraba igual que escribía, como un hermano. Es raro que esta forma de apelación no conmueva al más vil de los hombres. "¿Te comportas con otras mujeres del modo en que dejarías que los hombres se dirigieran a tu hermana?" George Sand fuma, viste ropa masculina, quiere que se le diga "Mon frère"; tal vez, si encontrara a quienes

[32] Fuller se refiere a la novela de William Godwin *St Leon* (1799).

fueran como hermanos, no le preocuparía ser hermano o hermana.[33]

Nos alegramos de ver que quien expresa un desprecio tan doloroso por los hombres en la mayoría de sus obras, que muestran que ha debido de sufrir grandes males de ellos, describa en *La Roche Mauprat* a un hombre enaltecido por las obras del amor, desde las profundidades de un sensualismo salvaje a una vida moral e intelectual. Era amor por un objeto puro, por una mujer constante, una de las que, como dicen los italianos, saben ascender al cielo.

Esta autora, empezando como la mayoría por el asalto a las malas instituciones y los males externos, aunque con una experiencia más honda fruto de una libertad relativa, ve al cabo que el único remedio eficaz ha de provenir del carácter indi-

[33] Desde que escribí estas palabras, he leído con satisfacción los siguientes sonetos dedicados a George Sand por una mujer que posee, precisamente, las cualidades que le faltan a la autora de *Simon e Indiana*. Es una mujer tan inmaculada de carácter, tan elevada en sus propósitos y tan pura de alma, que debía dirigirse a la otra, tan noble en naturaleza, pero ofuscada por el error y en lucha con las circunstancias. Mujeres como ella harán justicia. No les preocupa buscar la virtud y contestar a la aspiración de quienes nunca han "morado en la decencia". Es una fuente de orgullo y felicidad leer esta dedicatoria del corazón de Elizabeth Barrett.

A George Sand. Un deseo

Mujer de gran cerebro y hombre de gran corazón,
que a ti misma te llamas George Sand. Tu alma, entre los leones
de tus tumultuosos sentidos, lanza un desafío
y responde con rugidos a los rugidos, como hacen los espíritus.
¡Querría que un suave trueno milagroso recorriera
la ovación del circo en reconocimiento
de la fortaleza de tu naturaleza más noble y de tu ciencia,
de uno a otro extremo, blancos como alas de cisne,
de los firmes hombros, para darle a la plaza
una luz más sagrada! Para que unieras a la exigencia de la mujer
y al poder del hombre, además, la gracia del ángel
de un genio puro librado de culpa,

vidual. Podría decirse, de hecho, que las malas instituciones impiden a los individuos la formación de un buen carácter, por lo que han de ser suprimidas. De acuerdo, pero mientras mantengamos la perspectiva de un propósito superior. Aunque borrásemos todas las malas formas de la sociedad, sería en vano, a menos que el individuo empezara a prepararse para lo mejor. Ha de haber un movimiento paralelo en estas dos ramas de la vida. Todas las reglas establecidas por Moisés no promueven una vida mejor más que el ejemplo viviente del Mesías.

Sin embargo, el espíritu del tiempo aún libra confusamente su lucha con estos problemas y discierne mejor los males que ya no puede soportar que el bien con que podría sustituirlos. Las mujeres, como Sand, tomarán ahora la palabra y no podrán

hasta que el muchacho y la doncella se unieran con tu abrazo
y posaran en tus labios un beso de fama sin mancha.

A la misma. Un reconocimiento

Genio verdadero, ¡y verdadera mujer! ¿Negarás
tu naturaleza de mujer con un desdén masculino,
y romperás las prendas y brazaletes
de las mujeres más débiles y cautivas?
¡Ah, vana negación! Ese grito de revuelta
se apaga en la olvidada voz de la mujer:
tu pelo de mujer, hermana mía, sin cortar,
anhela una fuerza desaliñada en su agonía,
desaprueba tu nombre varonil y mientras delante
del mundo ardes con el fuego de un poeta,
vemos tu corazón de mujer latir aún más
en el seno de las llamas. Late con más pureza, corazón, y más fuerte,
hasta que Dios te despoje de sexo en la orilla del espíritu
a la que sólo aspiran los que se han despojado puramente del sexo.

Este último soneto parece haber sido escrito después de ver la imagen de Sand que la representa vestida de hombre, pero con el largo pelo suelto y una doliente mirada de fuego que resulta impresionante incluso en las caricaturas. [Nota de Fuller.]

ser silenciadas; sus caracteres y su elocuencia predicen una época en la que sus semejantes aprenderán con más facilidad a llevar vidas sinceras. Son precursoras, no progenitoras.[34] Quienes quieran reformar el mundo habrán de mostrar que no hablan en un arrebato de impulso salvaje; sus vidas habrán de estar limpias del error apasionado; habrán de ser severos legisladores de sí mismos. Tendrán que ser devotos estudiantes del propósito divino respecto al hombre, si no quieren confundir las fantasías de un día con los requisitos del bien eterno. Su libertad deberá ser la libertad de la ley y el conocimiento. En cuanto a las transgresiones contra la costumbre que han suscitado tanta alarma contra los que albergan una noble intención, puede observarse que la resolución de Eloísa de ser sólo la amante de Abelardo fue la de quien vio que, en la práctica, el contrato matrimonial llevaba el sello de la degradación. Shelley no temía quedar encadenado, a menos que serlo supusiera ser falso. Dondequiera que haya abusos, el tímido sufrirá y el osado protestará. Pero la sociedad tiene derecho a ponerlos fuera de la ley hasta que revise su ley, y quien hable con autoridad, no con rabia ni prisa, podrá enseñarle a hacerlo.

Si la elección de Godwin de escoger a la calumniada autora de *Los derechos de la mujer* por esposa legítima es la señal de una nueva época, no lo es menos un artículo al que he aludido páginas atrás, publicado hace cinco o seis años en una revista inglesa, en el que el autor, al hacer plena justicia a Eloísa, muestra su amargura por que ella no estuviera viva ahora para amarlo, a él, que habría apreciado su amor más que el egoísta Abelardo.

Esos matrimonios, esos caracteres, con todas sus imperfecciones, expresan una tendencia hacia delante. Hablan de una aspiración del alma, de una energía mental en busca de claridad y libertad. Una promesa parecida muestran los rasgos publicados recientemente por Goodwyn Barmby (el paria europeo, como se llama a sí mismo) y su esposa Catharine.[35] Sea lo que fuere lo que pensemos de sus medidas, vemos en ellas el matrimonio; ambos están unidos por el único contrato perdurable, una fe común y un propósito común.

[34] Apéndice E. [Nota de Fuller.]

Podríamos mencionar ejemplos, más cercanos, de compañeros de fatigas en la vida que comparten, en igualdad de condiciones, intereses públicos y privados y que no revelan el aspecto de la ofensa visible en los últimos a los que hemos aludido: personas que se abren paso hacia delante y que, en nuestra vida relativamente libre, no se han visto obligadas a darse de cabeza contra la pared. Sin embargo, los principios que las guían, frente a instituciones petrificadas y opresivas, podrían haberlas vuelto belicosas, paradójicas y, en cierto sentido, parias. Los fenómenos son distintos, pero la ley es la misma en todos los casos. Hombres y mujeres han sido obligados a construir su casa de nuevo desde los cimientos. Si encuentran piedra en la cantera, la toman tranquilamente; de otro modo alarman al país al demoler viejas torres para reunir materiales.

Éstos son ejemplos de matrimonio como compañía intelectual. Las partes se reconocen mutuamente y brota la confianza, que las protege contra la multitud. Trabajan juntas con un propósito común y, en todos los ejemplos, con el mismo instrumento, la pluma. La pluma y el escritorio abastecen naturalmente el retiro de la mujer y del hombre.

Una agradable expresión, en este sentido, la proporciona la unión en los nombres de los Howitt.[36] Hemos oído nombrar a

[35] John Goodwyn Barmby (1820-1881), promovió con su esposa un socialismo de inspiración cristiana.

[36] William (1792-1879) y Mary Howitt (1799-1888) eran cuáqueros ingleses.

William y Mary Howitt juntos durante años, suponiendo que eran hermano y hermana; la igualdad del trabajo y la reputación, incluso así, era favorable y lo es más cuando descubrimos que son marido y mujer. En su última obra sobre Alemania, Howitt menciona a su mujer con orgullo por formar parte de la constelación de inglesas distinguidas, y de un modo sencillo y lleno de encanto.

El placer que nos causa esa descripción quedó, de hecho, empañado por la aparición vulgar que desplazó la imagen que teníamos de la escritura de una pura y gentil poetisa cuáquera. La sorpresa fue tan dolorosa como la de la pequeña sentimental en el cuento del *Amigo invisible*, cuando ella descubre que su corresponsal, la poetisa, la "adorada Araminta", regañaba a sus criados en galés y comía tostadas de queso y ajo. No podemos olvidar que pensábamos que la camaradería de literatura y afecto entre los Howitt, los propósitos y producciones afines, las caminatas donde la pareja mostraba su matrimonio con una amplia perspectiva, no destruían el "inagotable" entretenimiento que los amantes encontraban en la compañía del otro.

Al mencionar estos ejemplos, no querría concluir que la comunidad de trabajo sea esencial para la unión de marido y mujer más de lo que resulta para la unión de los amigos. La armonía se da en la diferencia, no menos que en el parecido, si la misma clave rige en ambas partes. ¡La mujer el poema y el hombre el poeta! ¡La mujer el corazón y el hombre la cabeza! Esas divisiones son importantes sólo cuando no trascienden. Si la naturaleza no se doblega ni se ahoga la voz de la inspiración, entonces bastan. Nos agrada que las mujeres escriban y hablen, si sienten la necesidad de hacerlo, de tener algo que decir; pero un largo silencio no sería funesto si el silencio obedece un mandato divino y no una tradición humana.

Mientras Goetz von Berlichingen cabalga hacia la batalla, su esposa se afana en la cocina, pero la diferencia de ocupación

no impide la comunidad de la vida interior, la perfecta estima con la que él dice:

> Dios le da una mujer así a aquél a quien ama.

Manzoni dedica de este modo su *Adelchi*:

> A su amada y venerada esposa, Enrichetta Luigia Blondel, que, con afecto conyugal y sabiduría maternal, ha conservado un espíritu virgen, el autor dedica este *Adelchi*, lamentando no poder, con un monumento más espléndido y perdurable, honrar el querido nombre y la memoria de tantas virtudes.

La relación no podría haber sido más hermosa, ni más igualitaria, si ella también hubiera escrito poemas. Sin embargo, la posición de ambas partes podría haber sido la inversa: la mujer podría haber cantado y dado voz a la vida del hombre y el resultado habría sido la belleza, como vemos en las imágenes de la Arcadia, en las que la ninfa canta a los pastores o el pastor, con su flauta, atrae a las ninfas; ambas imágenes proporcionan una buena ilustración. La resonante lira no requiere fuerza muscular, sino la energía del alma para animar la mano que la tañe. La naturaleza parece deleitarse en variar las disposiciones, como para mostrar que no está sujeta a regla alguna, y nosotros tenemos que admitir las mismas variedades que ella admite.

El cuarto y más elevado grado de unión matrimonial es la unión religiosa, que podría expresarse como una peregrinación hacia un altar común. Este matrimonio incluye a los otros; simpatías hogareñas y sabiduría doméstica, pues los peregrinos han de saber cómo ayudar al otro a lo largo del polvoriento camino; comunión intelectual, pues sería muy triste en un viaje así tener un compañero al que no pudieras comunicar pensamientos y aspiraciones conforme brotan a la vida, que no compartiera los sentimientos de las perspectivas que se abren, cada vez más gloriosas conforme se avanza, que no viera las flores que podría reunir el viajero más emprendedor. Ha de incluir todo

esto. El conde Zinzendorf parece haber encontrado un compañero de viaje semejante en la condesa, de la que escribe:

> "Veinticinco años" de experiencia me han mostrado que la compañía que tengo es la única que requería mi vocación. ¿Quién más habría sobrellevado los asuntos familiares? ¿Quién habría vivido tan inmaculadamente ante el mundo? ¿Quién me habría ayudado con tanta sabiduría en mi rechazo de una moralidad ajada? ¿Quién habría rechazado tan claramente el fariseísmo que, conforme pasaban los años, amenazaba con deslizarse entre nosotros? ¿Quién habría discernido tan penetrantemente las apariencias del engaño que nos confundían? ¿Quién habría manejado mi economía con tanta sabiduría, generosidad y hospitalidad, cuando las circunstancias lo exigían? ¿Quién habría adoptado indiferentemente la parte de la sirvienta o de la dueña sin, por un lado, afectar una espiritualidad especial o, por el otro, arrogarse un orgullo mundano? ¿Quién, en una comunidad donde todos los rangos están a punto de equipararse, habría sabido, por causas sensatas y reales, cómo mantener distinciones internas y externas? ¿Quién, sin murmurar, ha visto a su marido enfrentarse a tantos peligros en tierra y mar? ¿Quién habría emprendido con él, y le habría *apoyado* en peregrinaciones tan sorprendentes? ¿Quién, entre tantas dificultades, habría alzado la cabeza y me habría protegido? ¿Quién habría encontrado tantas sumas de dinero a costa de su propio crédito? Por fin, ¿quién, entre todos los seres humanos, habría podido entender y explicar a los demás tan bien mi forma de ser interna y externa como ella, con tanta nobleza en su forma de pensar, tanta capacidad intelectual, libre de todas las perplejidades teológicas que me rodean a mí?[37]

[37] Nicolaus Ludwig, conde de Zinzendorf (1700-1760), reformador moravo y viajero en América.

Leed detenidamente, con todo vuestro poder, las líneas de esta descripción y comprobaréis que el marido tenía razón, con ese aire de rapto solemne y convicción que desafía cualquier comparación. Nos recuerda la majestuosa cadencia del verso cuyo pie se ajusta a las verdaderas proporciones de la humanidad:

> Hija de Dios y del hombre, ¡perfecta Eva![38]

Un observador añade a este testimonio:

> Podríamos considerar, en muchos matrimonios, si la mejor disposición es que el hombre tenga una ventaja destacada sobre la mujer, de modo que ella, sin pensar por sí misma, sea llevada y dirigida por él como por un padre. Pero no era así con el conde y su consorte. Ella no había sido hecha como una copia. Era original y, mientras le amaba y honraba, pensaba por sí misma sobre todos los asuntos, con tanta inteligencia que él podía mirarla como hermana y como amiga.[39]

Comparad con este refinado espécimen de una vida religiosamente civilizada el siguiente esbozo imperfecto de una india norteamericana, y veréis que las mismas causas producen siempre los mismos resultados. Paloma Voladora (Ratchewain) era la esposa de un jefe bárbaro, que tenía otras seis, pero ella era la única esposa verdadera, porque sólo ella tenía un carácter fuerte y puro, con el que inspiraba una veneración tan parecida como lo permitía la naturaleza del hombre a la que inspiraba la condesa Zinzendorf. Murió cuando su hijo sólo tenía cuatro años, aunque habiéndole inculcado un sentimiento de amor reverente digno del pensamiento de la caballería cristiana. Llegado a la madurez, el niño derramó lágrimas al ver el retrato de la madre.

[38] John Milton, *Paraíso perdido*.

[39] August Gottlieb Spangerberg (1704-1792), sucesor de Zinzendorf como obispo moravo.

Paloma voladora

> Ratchewain era casta, mansa, de disposición gentil, amable, generosa y devota de su esposo. No se oyó nunca que una palabra grosera saliera de su boca ni se la vio apasionada. Mahaskah solía decir de ella, a su muerte, que su mano se cerraba cuando venían a casa los que no tenían necesidad; pero cuando entraba el que era de verdad pobre, era como un colador lleno de agujeros, que dejaba que todo lo que tenía pasara por ellos. Era constante en el ejercicio de este sentimiento de generosidad. No se debía al capricho, a un pronto ni a la parcialidad. No le importaba de qué nación fuera el suplicante de su abundancia ni si estaba en guerra o en paz con esa nación. Si tenía hambre, le daba de comer; si estaba desnudo, lo vestía; si carecía de casa, le daba cobijo. El ejercicio constante de este sentimiento de generosidad la mantuvo en la pobreza. Se sabe que dio su última manta, toda la miel que había en la despensa, la última medida de aceite de oso y la última pieza de comida.
>
> Era escrupulosamente exacta en la observación de los ritos religiosos que su fe le había impuesto. Su conciencia fue extremadamente tierna. A menudo temía que sus actos fueran desagradables al Gran Espíritu; entonces ocultaba su rostro y se retiraba a un lugar solitario, donde ayunaba y rezaba.

A estos rasgos añadiríamos, si tuviéramos espacio, anécdotas que mostrarían su capacidad de decisión y vivacidad mental. Su rostro estaba en armonía con esa combinación. Su frente era tan ideal y los ojos y los párpados tan devotos y modestos como los de las imágenes italianas de la *Madonna*, mientras que la parte inferior del rostro tenía la sencillez y la fortaleza infantiles de la raza india. Su retrato presenta el más hermoso ejemplo de la belleza india que hayamos visto nunca.

Una mujer como ésa es hermana y amiga de todos los seres, igual que el hombre digno es su hermano y ayudante.

Con el mismo placer observamos las parejas casadas en vísperas de un esfuerzo misionero. De hecho, son compañeros de viaje en un camino bien hecho, y lleven o no toda su esperanza al triste hindú o al salvaje más cercano, sentimos que, en la ardiente desolación, su amor es como un rocío saludable; en la olvidada jungla, una tienda de solaz mutuo. Se unen, como hijos de un mismo padre, para leer el mismo libro de instrucción.

Debemos incluir en esta relación la imagen más hermosa que ofrece la literatura antigua del amor matrimonial con esta noble forma.

Procede del romance donde Jenofonte, el caballero griego, presenta su ideal de lo que debería ser la naturaleza humana.[40]

Los generales de Ciro habían tomado cautiva a una princesa, una mujer de inigualable belleza, y se apresuraron a presentársela al príncipe como la parte del botín que sería más digna de su aceptación.

Ciro visita a la mujer y le embarga inmediatamente la admiración por la modestia y majestad con la que ella le recibe. Descubre que su nombre es Pantea y que es la mujer de Abradato, un joven rey al que ella ama con toda su alma. Ciro la protege como si fuera su hermana, en su campamento, hasta que pueda devolverla a su marido.

Tras los primeros transportes de alegría al reunirse con él, el corazón de Pantea se inclina a mostrar su amor y gratitud hacia el magnánimo y delicado protector. Como no tiene nada más precioso que dar que la ayuda de Abradato, eso es lo que ella quiere ofrecerle. Su marido es un solo ser con ella en este asunto, como en todas las cosas.

He visto citada la descripción de su pena y de su destrucción, tras la muerte que sigue a esta devoción, pero nunca

[40] Fuller se refiere a la *Ciropedia*.

la de su partida cuando lo envía a la batalla. Copiaré ambas. Si alguno de mis lectores ya las ha leído, podría leerlas de nuevo con provecho a este respecto, pues el heroísmo de una mujer sincera y la pureza del amor en un verdadero matrimonio no se ha descrito nunca con colores más delicados o más vivos.

> El carro de Abradato, que tenía cuatro pértigas y ocho caballos, estaba completamente adornado para él, y cuando estaba a punto de ceñirse su peto de lino, que era una especie de armadura usada en su país, Pantea le trajo un yelmo dorado y armas, brazaletes para sus muñecas, una túnica púrpura que le llegaba a los pies y le colgaba al final, y un penacho violeta. Todas estas cosas las había hecho sin que su marido lo supiera, con la medida de su armadura. Él se maravilló al verlas y le preguntó a Pantea: "¿Me has fabricado estas armas, mujer, destruyendo tus ornamentos?" "No, por Zeus —dijo Pantea—, no lo que es más valioso de todos, pues eres tú, si apareces ante los demás como yo pienso de ti, mi mayor ornamento." Diciendo esto, le ciñó la armadura y, aunque se esforzó por ocultarlas, las lágrimas surcaron sus mejillas. Cuando Abradato, que estaba junto a un hombre de hermosa apariencia, acabó de ponerse las armas, pareció el más hermoso y noble de todos, de manera especial, pues ya lo era por naturaleza. Tomando las riendas del auriga, estaba preparado para montar en el carro cuando Pantea, una vez hubo pedido a todos los que había allí que se retirasen, dijo: "Oh, Abradato, si alguna vez ha habido una mujer que haya tenido más consideración por su esposo que por su alma, creo que sabrás que yo soy una de ellas. ¿Qué necesidad hay de que diga ahora nada en particular? Sé que mis acciones te han convencido más que las palabras que pueda emplear. Sin embargo, aunque me muestre tan afectuosa por ti, como sabes que lo hago, juro por esta amistad tuya y mía que preferiría que me pusieran bajo tierra

> contigo, teniéndote por un valiente, que vivir contigo en desgracia y con vergüenza; hasta tal punto te considero a ti, y a mí misma, dignos de las cosas más nobles. Creo que tenemos grandes obligaciones con Ciro, pues, cuando yo estaba cautiva y había sido escogida para él, creyó más adecuado no tratarme como esclava ni tampoco como una mujer despreciable, sino que me tomó y me preservó para ti, como si yo fuera la mujer de su hermano. Además, cuando Araspes, que era mi guardián, se alejó de él, le prometí que, si me permitía volver contigo, tú irías hasta él y demostrarías ser un amigo mejor y más fiel que Araspes".
>
> Así habló, y Abradato, conmovido por la admiración hacia su discurso, llevó gentilmente su mano a su cabeza y, elevando los ojos al cielo, pronunció esta plegaria: "¡Oh gran Zeus, haz que sea un esposo digno de Pantea y un amigo digno de Ciro, que nos ha rendido tanto honor!".
>
> Habiendo dicho esto, montó en su carro por la puerta del auriga y, una vez hubo subido y el auriga cerrado la puerta, Pantea, que no tenía ahora otro modo de saludarlo, besó el asiento del carro. El carro se movió y ella, sin que Abradato lo supiera, lo siguió hasta que Abradato, volviéndose, la vio y le dijo: "¡Valor, Pantea! Sé feliz, adiós, vuelve tus pasos". Sus doncellas y sirvientes la llevaron a su carruaje y, al recostarla en él, la ocultaron con la lona de una tienda. El pueblo, aunque Abradato y su carro eran un noble espectáculo, no pudo admirarlo hasta que Pantea se fue.

Tras la batalla,

> Ciro llamó a algunos sirvientes: "Decidme —le dijo—, ¿ha visto alguien a Abradato? Me sorprende que no aparezca." Uno de ellos contestó: "Mi señor, es porque ya no vive, sino que ha muerto en la batalla al irrumpir con su carro contra los egipcios. Dicen que todos los

demás, salvo sus compañeros más cercanos, huyeron al ver el compacto cuerpo de los egipcios. Su mujer ha recogido su cuerpo, lo ha puesto en el carruaje que ella misma ha traído y se lo ha llevado a algún lugar más allá del río Pactolo, donde sus sirvientes están erigiendo un túmulo elevado. Dicen que su mujer, tras ponerle todos los ornamentos que tenía, se ha sentado en el suelo con la cabeza entre las rodillas". Al oír esto, Ciro se golpeó en el muslo, montó a caballo de un salto y llevando consigo a mil caballeros, cabalgó hasta llegar a la escena de la aflicción, habiendo ordenado a Gadatas y a Gobryas que trajeran todos los ornamentos propios del amigo y hombre excelente que había muerto y que le siguieran. A quienes tuvieran rebaños de animales les ordenó que llevaran bueyes y caballos y ovejas en abundancia hasta aquel lugar, para que él pudiera sacrificarlos a Abradato.

Cuando vio a la mujer sentada en el suelo, y el cuerpo yacente, derramó lágrimas por aquella vista lamentable y dijo: "Ay, alma valiente y fiel, ¿nos dejas y te vas?" Al mismo tiempo tomó la mano derecha de Abradato, que se desprendió, pues los egipcios la habían cortado con la espada. Al verlo, quedó aún más consternado que antes. La mujer rompió en horribles lamentos y, tomando la mano de Ciro, la besó, la dejó como pudo en su lugar, y dijo: "El resto, Ciro, se encuentra en las mismas condiciones, pero ¿qué necesidad hay de verlo? Sé que no me corresponden menos sus sufrimientos y, tal vez, tampoco a ti, pues, ¡torpe como era!, le exhorté con frecuencia a comportarse de manera que pareciera amigo tuyo, digno de nota, que hiciera cuanto pudiera por complacerte. Ha muerto, en consecuencia —dijo ella—, sin reproche, y yo, que le urgí a ello, estoy viva". Ciro, tras derramar sus lágrimas en silencio, habló: "Ha muerto, mujer, de la manera más noble, pues ha muerto victorioso. Adórnalo con todas estas cosas que te traigo." (Gobryas y Gadatas se acercaron y trajeron consigo gran abundancia de ornamentos.) "Luego —dijo Ciro—, asegúrate de que no le faltan respeto y honor en las demás cosas y, sobre todo, de que las multitudes erijan un monumento que sea digno de nosotros y se celebren todos los sacrificios propios para honrar a un valiente. No lo abandonas, pues, por tu modestia y por todas tus virtudes, te rendiré todos los honores y pondré a tu disposición a quienes te lleven donde quieras ir. Hazme saber tan sólo dónde deseas que te lleven". Pantea contestó: "Ten por seguro, Ciro —le dijo—, que no te ocultaré al lado de quién deseo ir".

Habiendo dicho esto, Ciro se marchó compadeciéndola por haber perdido tal esposo y lamentando que un hombre así no volviera a ver a una mujer como aquélla. Pantea ordenó a sus sirvientes que se retirasen, "hasta que —les dijo— haya llorado a mi marido como deseo". Le pidió a su nodriza que se quedara y le ordenó que, cuando muriera, la envolviera junto a su marido en un mismo manto. La nodriza, tras haberle pedido repetidamente que no hiciera eso, sin éxito, al ver que Pantea comenzaba a encolerizarse, se sentó y rompió a llorar. Pantea, que con antelación se había provisto de una espada, se la clavó y, apoyando su cabeza en el pecho de su esposo, murió. La nodriza gritó con horror y los cubrió a ambos como Pantea le había indicado.

Ciro, tan pronto como fue informado de lo que había hecho la mujer, conmovido por ello, acudió a ver si podía ayudarla. Los sirvientes, tres en número, viendo lo que había pasado, sacaron sus espadas y se dieron muerte en el lugar donde ella les había ordenado que se quedaran. Se dice que aún se eleva el monumento donde lo erigieron los sirvientes y sobre un pilar están inscritos los nombres del hombre y de la mujer en caracteres siríacos.

> Debajo hay tres pilares con la inscripción: "De los sirvientes". Ciro, cuando contempló esta melancólica escena, se llenó de admiración por la mujer y, lamentándolo mucho, se fue. Se preocupó, como era debido, por que todos los ritos funerales se cumplieran de la manera más noble y el monumento, según dicen, se elevó a una gran altura.

Así eran los antiguos de los que tantos han dicho que no albergaban idea alguna de la dignidad de la mujer ni del matrimonio. Jenofonte pudo pintar un amor semejante entre aquéllos que, tras la muerte, "no volverían a verse". Miles de años han pasado desde entonces y, con la recepción de la cruz, las naciones han asumido la creencia de que volveremos a encontrar a quienes se separan de nosotros, y para siempre, si espiritualmente somos adecuados unos para otros, como Abradato y Pantea. ¿Vemos, sin embargo, matrimonios como ése entre nosotros? Si los hay, ¿con qué frecuencia?

Tengo que volver a aducir dos breves pasajes de Jenofonte, pues es un escritor que me agrada mucho.

Ciro recibió a los armenios a los que había conquistado.

> "Tigranes —dijo—, ¿a qué precio comprarías el rescate de tu esposa?" Tigranes *acababa de casarse* y sentía un gran amor por su esposa.[41] "Ciro —le dijo—, la rescataría a costa de mi vida." "Entonces, tómala tú mismo", le dijo Ciro. Cuando volvieron a casa, alguien mencionó la sabiduría de Ciro, otro su paciencia y resolución, otro su lenidad. Alguien mencionó su belleza y la pequeñez de su persona y, entonces, Tigranes le preguntó a su esposa: "Y tú, mujer armenia, ¿crees que Ciro es encantador?" "En realidad —dijo ella—, ni siquiera lo miré." "¿A quién miraste entonces?", preguntó Tigranes. "A quien dijo que, para salvarme de la servidumbre, me rescataría a costa de su vida."

[41] Esta cláusula tal vez parezca *moderna*. [Nota de Fuller.]

Del *Banquete*: Sócrates, que la observaba con placer, dijo: "Esta joven me ha confirmado en la opinión que tenía desde hace tiempo de que el sexo femenino no es inferior al nuestro, salvo en la fortaleza corporal o, tal vez, en la firmeza de juicio".

En el *Económico*, el modo en que el marido da consejo a su joven esposa ofrece el modelo de cortesía y refinamiento. Jenofonte es siempre el caballero gentil en educación y alma. Los hombres que describe son como él, mientras se distingan los aspectos de los modales. Está la serena dignidad de Sócrates, con rayos de jovialidad que atraviesan sus fríos contornos religiosos, la principesca suavidad de Ciro y la elegancia más doméstica del marido en el *Económico*.

No hay otro modo en que los hombres pequen más contra el refinamiento, tanto como contra la discreción, que en su conducta respecto a sus mujeres. Comparémoslos con los hombres de Jenofonte. Ellos sabrían cómo aconsejar, pues sabían aceptar un consejo. Se daban cuenta de que las relaciones más íntimas requieren más cortesía refinada, y no menos. No habrían supuesto que la confianza justificara la negligencia ni que la realidad del afecto pudiera carecer de delicadeza al expresarse.

Hombres como ésos habrían sido demasiado sabios para ocultar sus asuntos a sus esposas y esperar luego que ellas se comportasen como si los conocieran. Sabían que si había que esperar de ellas que se enfrentaran a la calamidad con valor, debían ser instruidas y adquirir confianza en la prosperidad o que, si carecían de la sabia confianza que el marido muestra en el *Económico*, se habrían avergonzado de rabia y sorprendido de los resultados que naturalmente se habrían seguido.

Hombres como ésos no habrían estado expuestos a la mala influencia de malas esposas, pues todas las esposas, malas o

buenas, amadas o no, inevitablemente influyen en sus maridos, pues el poder de su posición no sólo permite, sino que necesita disfrazar la evidencia e infundir sentimientos en los momentos en que —¿cómo lo diría?— el paciente baja la guardia. Quienes comprenden a sus esposas y juzgan dignos de respeto los resortes de sus acciones, conocen mejor dónde están. Pero en el hombre malvado o imprudente que vive negligente e irreverentemente tan cerca de otro ser, el mal que hace diariamente reobra sobre él mismo. Ciro y Abradato saben dónde están.

Volvamos al hilo de mi argumento.

Otra señal de los tiempos la proporcionan los triunfos de la autoridad femenina. Estos triunfos han crecido considerable y constantemente. Las mujeres han tomado posesión de tantas provincias que los hombres habían juzgado inapropiadas para ellas, que, aunque aún pensaran que son inaccesibles para las mujeres, sería difícil decir *dónde* habrían de detenerse.

Los resplandecientes nombres de mujeres famosas han arrojado luz sobre el sendero del sexo y se han eliminado muchos obstáculos. Cuando una Montague[42] puede aprender más que su hermano y usar luego su amor con ese propósito, como observadora, parecería erróneo impedir a la mujer que se preparara para ver, o que viera todo lo que pudiera una vez preparada. Puesto que Somerville[43] ha conseguido tantas cosas, ¿impediremos a una joven que busque el conocimiento de las ciencias físicas si lo desea? El nombre de De Stael[44] no estaba limpio de ofensas; no podía olvidar a la mujer en el

[42] Lady Mary Wortley Montagu (1689-1762), escritora y viajera inglesa, hermana de Henry Fielding.

[43] Mary Fairfax Somerville (1780-182), matemática escocesa y traductora de Laplace.

[44] Anne Louise Germaine Necker, baronesa de Staël (1766-1817), escritora francesa.

pensamiento; mientras te instruía, deseaba ser admirada como mujer y lágrimas sentimentales turbaron a menudo la mirada de águila. También su inteligencia, con todo su esplendor, adiestrado en los salones, alimentado por la adulación, quedó manchada y deteriorada; sin embargo, sus rayos vuelven la más oscura de las escuelas de Nueva Inglaterra más cálida y luminosa para las díscolas muchachas, juntas en su pupitre de madera. Tal vez no oigan su nombre en toda su vida, pero no por ello es menos su benefactora.

La influencia ha sido tal que el propósito es, ahora, disponer la instrucción escolar de las muchachas para proporcionarles un campo tan abierto como el de los muchachos. Sin embargo, esas disposiciones se han tomado con poco juicio o reflexión; igual que los tutores de lady Jane Grey y otras distinguidas mujeres de su época les enseñaron latín y griego, porque ellos mismos no sabían nada más, la mejora actual de la educación femenina consiste en darles jóvenes por maestros, que sólo les enseñan lo que ellos han aprendido en la universidad, mientras que hace falta una revisión de los métodos y los tópicos de los nuevos problemas, que podrían llevar a cabo mucho mejor los que han experimentado esas necesidades. Las mujeres se encuentran, con frecuencia, a la cabeza de las instituciones, pero hasta ahora no han sido mujeres pensantes, capaces de organizar en su conjunto las necesidades de la época y escoger a las personas que dirijan los departamentos. Cuando una parte de la instrucción proviene en buena medida de la escuela, una proporción mucho mayor, imbuida por la atmósfera general de la sociedad, contradice su propósito. Sin embargo, libros y una instrucción elemental no son vanos. Las mujeres son más conscientes de que el universo es grandioso y rico y de que no es sencillo ocultarlo con perspectivas reducidas o parciales de un círculo doméstico. "Su madre lo hizo así antes que ella" ya no es una excusa suficiente. De hecho, no se ha admitido nunca como excusa para mitigar la severidad de la censura, sino que se aducía como razón, más bien, por la que no debería emprenderse esfuerzo alguno de reforma.

Carece de importancia que se haya hecho o se haga poco o mucho; que las mujeres agreguen al talento de la narración el poder de sistematizar; que esculpan en mármol, diseñen o pinten, pero es importante que se reconozca que tienen una inteligencia que necesita desarrollarse y que no deberían considerarse completas mientras sólo sean seres de afectos y hábitos.

Este reconocimiento, conquistado por la mujer antes que ofrecido por el hombre, ha quedado en entredicho por el egoísmo de siempre. Tanto se ha dicho que las mujeres están más educadas, que se han convertido en mejores compañeras y madres *de los hombres*. Habrían de ser idóneas para tal compañía, y ya hemos mencionado con satisfacción ejemplos que lo muestran. La tierra no conoce una relación más hermosa y sagrada que la de la madre. Es una relación que, bien entendida, tendría que promover y requerir las mayores conquistas. Pero un ser de alcance infinito no debe ser tratado con una perspectiva exclusiva. Dadle al alma libre curso, dejad que la organización del cuerpo y de la mente se desarrolle libremente, y el ser será adecuado para cualquier relación a la que sea llamado. La inteligencia, no más que el sentido del oído, ha de ser cultivado para convertirse en una compañía valiosa para el hombre, porque el Poder que otorga poder por su mera existencia significa que debe ser empujado hacia la perfección.

En esta consideración de la dependencia de sí mismo y una mayor sencillez y plenitud del ser saludamos un estadio previo del incremento de la clase despectivamente llamada de las solteronas.

No deja de extrañarnos la aversión con la que los solterones y las solteronas han sido tratados. El matrimonio es el medio natural de formar una esfera, de arraigar en la tierra. Hace falta más fuerza para hacerlo sin ese principio. Muchos han fracasado y sus imperfecciones se encuentran en cualquier parte. Solterones y solteronas son más parciales, groseros, oficiosos e impertinentes que aquéllos a quienes una fricción

más severa obliga a ser soportables. Quienes tienen una experiencia plena de los instintos desconfían de que solterones y solteronas puedan ser del todo humanos, como insinúa el dicho, "buey suelto bien se lame", lo que ridiculiza a la vez su ignorancia y presunción.

Sin embargo, los asuntos de la sociedad se han vuelto tan complejos que nadie podría encargarse de ellos sin la presencia de tan denostados auxiliares y se necesitan destacamentos del ejército de tías y tíos para cubrir los huecos. Rondan por los alrededores, como ismaelitas mentales y morales, y plantan sus tiendas entre las casas fijas y adornadas de los hombres.

En una sorprendente variedad de formas, los genios de la antigüedad, en casa y fuera de casa, han rendido tributo al carácter de la tía y el tío, reconociendo en estos personajes padres espirituales, que han suplido los defectos de los ocupados o descuidados padres verdaderos.

Solterones y solteronas ganan también una experiencia más amplia, si no más profunda. Quienes no están íntima y permanentemente vinculados a otros se vuelcan sobre sí mismos y, si no encuentran paz y una vida incesante, tampoco nadie los adula diciéndoles que no son tan pobres y mezquinos.

Una posición de constante admonición puede reportar un beneficio inestimable. La persona puede adquirir, sin la distracción de otras relaciones, una comunión más estrecha con cualquiera. Tal es el uso de los santos y las sibilas. ¡Tal vez sea una de las hermanas legas de la caridad, una canonesa ligada por un voto interior! ¡O la esclava útil de todos los hombres, Marta, tan deseada y poco apreciada! O la intérprete intelectual de la variedad de la vida que contempla, la Urania del crepúsculo de un mundo semiacabado.

La mujer podría combinar todos esos rasgos. Sin la "necesidad de preocuparse por agradar a un marido", un ser limitado y frágil, sus pensamientos pueden volverse al centro y, por una firme contemplación, penetrar en el secreto de la verdad y

del amor, usarlo para utilidad de todos los hombres, en lugar de unos escogidos, e interpretar así todas las formas de vida. Tal vez pueda ser a la vez una sirvienta sacerdotal y una musa amante.

Santos y genios han escogido con frecuencia una posición solitaria con la confianza de que, sin la presión de los vínculos más próximos, podrían entregarse al espíritu inspirador, que los capacitaría para entender y reproducir la vida mejor que con la experiencia actual.

No sabríamos decir cuántas solteronas han adoptado ese elevado punto de vista; es un hecho desgraciado que hayamos visto tantas que sólo eran chismosas, y no demasiado bien intencionadas. Sin embargo, aunque éste sea un abuso que no colme su vocación, no ha dejado de producir buenos resultados. Otros han podido ver, si ellas mismas no, que los seres, cuando están solos, necesitan fortificarse y abastecerse de sí mismos, y la educación y el pensamiento tienden cada vez más a considerar a esos seres en relación con un ser absoluto, además de con los demás hombres. Es obvio que, igual que romper un vínculo no destruye al hombre, perderlo no le impide crecer. Una circunstancia de su época, que surge más bien de su lujo que de su pureza, ha ayudado a situar a las mujeres en una verdadera plataforma.

Tal vez la próxima generación, al profundizar en este asunto, encuentre que se desprecia a las solteronas, o a las ancianas en general, por no haber usado el elixir que las habría mantenido jóvenes para siempre. Bajo su influencia una gema brilla anualmente, pero su ventaja se reduce a las fisuras que el tiempo produce en el soporte. Nadie piensa en la sibila persa de Miguel Ángel, en santa Teresa, en la Leonora de Tasso, en la griega Electra como en una solterona más de lo que piensa en Miguel Ángel o Canova como solterones, aunque todos ellos alcanzaran el periodo de la vida adecuado a ese grado.

Mirad a una mujer corriente a los cuarenta; apenas le quedan los restos de la belleza, de la suave gracia poética que

le prestaba el atractivo como mujer, que endulzaba los corazones que la miraban con animados pensamientos o difundían a su alrededor un aire rosado de suave amor. Ved a quien fue una muchacha adorable floreciendo como una dalia en lo que comúnmente se llama la belleza de una matrona, gruesa, hermosa, cuarentona, vistosamente vestida y de modales tan ampulosos como sus volantes o su vestido de satén. La gente dirá: "¡Qué bien se conserva!"; "aún es una mujer hermosa", dirá. Esa mujer, ya sea una enjoyada duquesa o una de nuestras elegantes señoras de la ciudad, ya no encantará el corazón del poeta y parecerá fuera de lugar arrodillada delante de la *Madonna*. "Honra su casa", "dirige la sociedad", se dice y se piensa siempre como si fuera un tapizado.

Ved esa cara ajada, de la que se ha borrado toda suave línea, esos ojos ofuscados a los que las solitarias lágrimas han despojado de los destellos de la fantasía, de la suave y pálida radiación de un tierno entusiasmo. Esa mujer ya no adorna cuando se toma el té; sería más agradable en un cuadro. Sin embargo, la mujer real y la pintada miran como un ser humano al borde de los cuarenta años. ¡Cuarenta años! ¿Ninguna guirnalda ciñe su frente? ¿No desprende la palmatoria una gota de ambrosía?

Ifigenia en Áulide no parecía eso. Sus cuarenta años vieron su angustia, su sacrificio, su profunda soledad. Pero soportaba esas penas por su padre y su país; su sacrificio la purificó a ella y a quienes la rodeaban. Mientras caminaba a solas por la noche, en la soledad vestal de su cerrada arboleda, elevó la vista, a través de sus "techos vivientes" a las estrellas, que arrojaron sobre ella su elevada melodía. A los cuarenta no habría sido indigna del mármol.

La sibila persa no parecía eso. Marchita, sombría, el drapeado que la rodea tiene también, en su dignidad, una angulosidad que habla de la edad, del pesar, de una firme compostura respecto al *deber*. Pero su mirada, esa antorcha del alma, es indómita, y en la intensidad de su lectura vemos un alma in-

venciblemente joven, llena de fe y esperanza. Su edad es su encanto, pues es la noche del pasado la que da a ese faro de fuego espacio para brillar. ¡Marchítate cada vez más, negra Crisálida! Le darás tiempo a la alada belleza para madurar su esplendor.

Vittoria Colonna no parecía eso tras una vida de grandes esperanzas y sincera felicidad conyugal. No había sido sólo una novia, sino una esposa, y en todo momento había ayudado a emplumar a la noble ave. Una corona de perlas no habría deslucido en su frente, blanca y ancha, un digno altar para el amor y el pensamiento.

Incluso entre los indios norteamericanos, una raza de hombres tan completamente entregados a una vida meramente instintiva como ninguna otra en el mundo y en la que cada jefe, al mantener a muchas mujeres como sirvientes útiles, no mira con buenos ojos el celibato de la mujer, había una excusa para practicarlo según el ejemplo mencionado por la señora Jameson.[45] Una mujer soñó en su juventud que había sido prometida al sol. Se construyó un *wigwam* aparte, lo llenó con los emblemas de su alianza y los medios para llevar una vida independiente. Allí pasó sus días, manteniéndose a sí misma y fiel a su supuesto compromiso.

En cualquier tribu, en nuestra opinión, se habría tolerado que una mujer viviera como si hubiera sido prometida al sol, y los rayos que habrían hecho florecer dulcemente su juventud la habrían coronado con un halo en su vejez.

Hay, sobre este asunto, una perspectiva más noble que la que había hasta ahora, si no la más noble, y la mejora ha de coincidir con la perspectiva adoptada respecto al matrimonio.

Hemos de tener unidades antes de tener una unión, dice uno de los pensadores maduros de la época.

[45] Anna Murphy Brownell Jameson (1794-1860), escritora escocesa.

Si se empieza a considerar necesario que la mujer disponga de mayores recursos intelectuales, aún más se ha de respetar su dignidad espiritual, incluso la mera asunción de esa dignidad. Joanna Southcott y la madre Anne Lee saben que cuentan con un grupo de discípulas —Extática, Dolorosa—, de creyentes entregadas que las visitan en sus humildes cabañas y esperan durante días a reverenciarlas en sus trances.[46] El noble extranjero atraviesa mar y tierra para oír unas palabras de los labios de la humilde campesina, a quien cree inspirada por lo Más Elevado. Muy hermosa, en este sentido, fue la influencia del inválido de San Petersburgo que describió De Maistre.

El misticismo, que podría definirse como el alma cavilosa del mundo, no puede faltar a su promesa oracular dada a la mujer. "Las madres", "la madre de todas las cosas", son expresiones del pensamiento que elevan la mente hacia este aspecto del desarrollo universal. Dondequiera que se oiga un susurro místico, desde Behmen a St. Simon, brota el pensamiento de que, si es cierto, como dice la leyenda, que la humanidad languidece por la falta cometida por una mujer y la condena que recayó sobre ella, de su hijo puro, o influencia, surgirá el nuevo Adán o redención. La inocencia será reemplazada por la virtud, la dependencia por una sumisión voluntaria, en el corazón de la Virgen Madre de la nueva raza.

La tendencia espiritual lleva a la elevación de la mujer, pero no ocurre lo mismo con la tendencia intelectual. Platón parece, en ocasiones, penetrado por la elevada idea del amor, que considera al hombre y a la mujer la doble expresión de un mismo pensamiento. El ángel de Swedenborg, el ángel de la época futura, no podría superar eso, sino explicarlo por completo. Pero Platón, el hombre de inteligencia, trata a la mujer en la *República* como propiedad y, en el *Timeo*, dice que el

[46] Joanna Southcout (1750-1814), metodista inglesa. Ann Lee (1736-1884), fundadora del movimiento de las "Inquietas".

hombre, si echa a perder los privilegios de una vida, será degradado a la forma de la mujer y después, si no se redime a sí mismo, a la del pájaro. Como he dicho antes, esto expresa con fortuna lo antipoético de ese estado de ánimo. Pues el poeta, al contemplar el mundo de los objetos, escoge los pájaros como símbolos de sus pensamientos más graciosos y etéreos, igual que apela a su genio como musa más que a Dios. Pero la inteligencia, fría, siempre es más masculina que femenina; templada por la emoción, se inclina hacia la madre tierra y adopta las formas de la belleza.

El elemento eléctrico, magnético de la mujer no se ha extraído nunca con facilidad. Podría esperarse todo de él; la mujer lo tiene en mayor grado que el hombre. Esto se expresa correntemente al decir que las intuiciones de la mujer son más rápidas y certeras. Con frecuencia veréis a hombres de elevada inteligencia absolutamente estúpidos respecto a los cambios atmosféricos, los finos elementos invisibles que conectan las formas de vida a su alrededor, mientras que las mujeres comunes, si son puras y modestas, de modo que una identidad vulgar no ofusque la mirada mental, captarán y delinearán tales elementos de una manera inequívocamente precisa.

Las mujeres que combinan esta organización con el genio creativo suelen ser bastante infelices en la actualidad. Ven demasiado para actuar en conformidad con quienes las rodean, y sus impulsos repentinos parecen torpes a quienes no discernen los motivos. Éste es un efecto habitual de la aparición del genio, ya sea en el hombre o en la mujer, pero es más frecuente en el caso de la mujer, porque de ella se espera cierta armonía, un orden obvio y un decoro que la obligue a refrenarse.

Es probable que una sensibilidad desapasionada esclavice a las mujeres de genio más que a los hombres. El mundo las repele con más rudeza y tienen una estructura corporal más débil.

Aquéllas que están cargadas de electricidad hacen que quienes las rodean se sobresalten. "Cuando ella entra en la sala,

quedo, como dicen los franceses, *hérissé*", dirá un hombre de sentimientos mezquinos y carácter mundano de una mujer, cuya profunda mirada y poderoso porte anuncia al conductor de un fluido misterioso.

Ay de aquella mujer que se encuentre atada a un hombre así con vínculos demasiado estrechos. Sería el más cruel de los errores. La detestará con toda la amargura del amor propio herido. Adoptará todos los prejuicios de la masculinidad y, hasta donde llegue su poder, la encerrará y la torturará con el rigor más extremado.

Sin embargo, dadle espacio suficiente y el fluido eléctrico dará vigor y belleza a la vida, en lugar de destruirla. Esas mujeres son las mejores actrices, las mejores cantantes. Rasgos como los suyos los hemos leído en el reciente y profundo análisis, si bien demasiado francés, del carácter de mademoiselle Rachel por un moderno La Rochefoucauld.[47] Los griegos representaban así a las musas; no tenían la serenidad dorada de Apolo, pero estaban *saturadas* de pensamiento; algo trágico había en su aspecto. Así son las sibilas de Guercino, la mirada colmada de expresión, dilatada y brillante, como si sacaran todo el ser en ella.

La enfermedad es el resultado frecuente de esta existencia sobrecargada. A esta región, malentendida o interpretada con una presuntuosa falta de cuidado, pertenece el fenómeno del magnetismo, o mesmerismo, como ahora se llama, donde el trance de la Extática se produce por la acción de un ser humano u otro, en lugar, como en su caso, de estar inspirado por el espíritu.

Las personas mundanas se mofan de esto como si estuviera al servicio de la religión. "Las iglesias siempre están llenas de mujeres." "Mostradme a un hombre en uno de vuestros accesos magnéticos y os creeré."

---

[47] Rachel, seudónimo de Élisa Félix (1821-1858), actriz francesa.

Las mujeres son, de hecho, las víctimas fáciles de los sacerdotes y del autoengaño, pero no ocurriría así si la inteligencia se desarrollara en proporción a los demás poderes. Tendrían, entonces, un modo de regularse y más aplomo, aunque conservarían la misma susceptibilidad nerviosa y su estructura física sería la que es.

Con esa esperanza recibimos cuanto tienda a fortalecer la fibra y desarrollar la naturaleza en diversas direcciones. Cuando la inteligencia y los afectos están en armonía; cuando la conciencia intelectual es tranquila y profunda, la inspiración no se confundirá con la fantasía.

> Entonces, "la que avanza
> Con mirada cautivadora y lírica,
> Cantando la canción de la tierra, cantando
> Su himno a los dioses",

no será compadecida como si estuviera loca ni aborrecida como si no fuera natural.

Los griegos, que veían en formas lo que nosotros tratamos de descubrir como ley, y clasificar como causa, personificaron todo esto en la forma de Casandra. Casandra fue desafortunada al recibir su don demasiado pronto. El dramaturgo griego expresa muy bien las señales que el mundo hace al respecto.

En la troyana Dames[48] hay finos toques de naturaleza respecto a Casandra. Hécabe muestra la mezcla de vergüenza y reverencia con la que una estirpe prosaica se dirige al hijo inspirado, al poeta, el sufridor elegido de la raza.

Cuando el heraldo anuncia que Casandra ha sido escogida como esposa de Agamenón, Hécabe contesta, con indignación, delatando el orgullo y la fe que involuntariamente siente por su hija.

[48] Eurípides. *Las troyanas*.

> *Hécabe*. ¿A la doncella que recibió del rubio
> Febo como don la vida virginal?
> *Taltibio*. Le hirió con flecha de Eros la muchacha
> [inspirada.
> *Hécabe*. ¡Hija, ya puedes las llaves
> Divinas tirar y quitarte
> Las ínfulas sacras del cuerpo!

Cuando, poco después, aparece Casandra cantando salvajemente su inspirado canto, Hécabe la llama "mi *frenética* hija".

Sin embargo, el coro muestra cuán llena de gracia está ella en su trágico *raptus*.

> ¡Con qué gusto del propio mal te burlas y cantas
> Lo que quizá más tarde mostrarás como falso!

Si Hécabe no se atreve a confiar sus mayores instintos a su hija, aún menos podrá el vulgar heraldo Taltibio, un hombre que no carece de sentimiento, pero sí de sangre noble o poética, tolerar el salvaje pronunciamiento profético que menoscaba todos sus prejuicios.

> En nada por lo visto los hombres importantes
> Y que pasan por sabios superan al que es simple
> Nulidad; pues el gran rey de todos los griegos,
> Querido hijo de Atreo, se reservó el amor
> De esta loca a quien yo, siendo como soy pobre,
> No admitiera en mi cama.

El regio Agamenón podía ver la belleza de Casandra. *Él* no temía sus dotes proféticas.

El tópico más apropiado para un capítulo sobre este asunto lo constituiría, en la actualidad, la historia del *Seeres* de Prevorst,[49] el sujeto de magnetismo más observado en nues-

[49] Friederike Hauffe, médico cuyo caso aparece en *Die Seherin von Prevorst* (1829) de Justinus Kerner.

tros días y que, como sus antepasadas de Delfos, llegó al éxtasis o al frenesí al toque del laurel.

Observo en su caso, y en otro que conozco aquí, que lo que podría haber sido un desvelamiento gradual y suave de admirables poderes se quebró y turbó por un matrimonio inadecuado. Ambas personas fueron desafortunadas al no comprender lo que suponía esa relación, pero actuaron con ignorancia, como deseaban sus amigos. Pensaban que era el destino inevitable de la mujer. Cuando se vieron en una falsa posición, les resultó imposible soportar sus disonancias, que personas con percepciones menos delicadas soportan, y el fino fluido de la vida fue retenido y contaminado. Enfermaron, pero incluso así, aprendieron y revelaron más de lo que las personas sanas suelen hacer.

El mundo se burla de casos como éstos, pero los hombres reverentes aprenden cosas maravillosas, ya sea de la persona observada o por los pensamientos que les suscita la observación. Ni siquiera imaginamos lo que Fenelon aprende de Guyon, Kerner de su *Seeres*. Para apreciar tales desvelamientos habríamos de ser niños, de donde la frase "mujeres y niños" tal vez pueda interpretarse adecuadamente en el sentido de que sólo los niños entrarán en el reino de los cielos.

Todos estos movimientos de la época, mareas que indican una luna creciente, se extienden por nuestra tierra. El mundo, en conjunto, está más dispuesto a permitir que la mujer aprenda y manifieste las capacidades de su naturaleza de lo que lo ha estado nunca, y hay un campo menos infranqueable y un aire más libre que en ningún otro lugar. Debía ser así: debíamos pagar las joyas de Isabel.[50]

Los nombres de las naciones son femeninos; la religión, la virtud y la victoria son femeninas. Para quienes sean supersticiosos respecto al reino exterior, no carece de significado que el nombre de la reina de nuestra madre patria sea, en esta crisis, Victoria, Victoria Primera. Tal vez nos corresponda a nosotras desvelar lo que hasta ahora era un presagio.

[50] Fuller se refiere a las joyas que Isabel de Castilla vendió para sufragar el viaje de Colón.

Otra Isabel ha ascendido al trono. ¡Tal vez franquee un nuevo mundo a su sexo! Pero, probablemente, estas pobres mujeres sean, si lo son, educadas para servir como ejemplo o de inspiración a las demás. La reina española es más joven; sabemos que el otro día se dislocó el pie bailando en sus aposentos privados. De Victoria sabemos que lee en voz alta, con una voz clara y de agradable manera, sus alocuciones al parlamento en ciertos días solemnes, y que anualmente presenta a la nación un nuevo apoyo de la realeza. Probablemente estas mujeres hayan sido adiestradas de una manera más completa que ninguna otra para llevar una vida doméstica. Las reinas que han sido reinas de verdad fueron adiestradas por circunstancias adversas a conocer el mundo que las rodeaba y sus poderes.

Es conmovedor, y divertido, leer que el campesino escocés mide la huella dejada por la pisada de la reina mientras camina y se enorgullece de su belleza. Es tan natural que desee encontrar lo que es hermoso y precioso en elevados lugares como sorprendente descubrir que un Borbón es un glotón o un güelfo un estúpido o un intrigante.

En nuestro país, las mujeres están, en muchos aspectos, mejor situadas que los hombres. Tienen acceso a buenos libros y más tiempo para leerlos. No están forzadas al trajín de la vida ni abrumadas por las exigencias del éxito exterior. Los cambios constantes, propios de nuestra sociedad, hacen que la sangre circule a través de todo el cuerpo político, y si por ahora no favorecen la gracia y el florecimiento de la vida, favorecen la actividad, los recursos, y favorecerían la reflexión si no fuera por una mezquina tendencia materialista, de la que las mujeres están por lo general exentas, aunque su existencia entre los hombres las obligue a reprimir sus impulsos y hacer-

las dudar de sus instintos, lo que, con frecuencia, paraliza su acción en los mejores años de su vida.

Pero tienen tiempo para pensar, ninguna tradición las encadena y, en comparación con lo que se encuentra en otras naciones, apenas hay convencionalismos. No hay razón para que no descubran que los secretos de la naturaleza están a su disposición, que las revelaciones del espíritu esperan a quien las busque. Cuando la conciencia se despierta, los hábitos del pasado no pueden refrenarla y vuela a buscar las semillas de un futuro celestial.

Los empleos de las mujeres son más favorables a la meditación que los de los hombres.

Nadie se dirige a la mujer más religiosamente aquí que en otras partes. Se le dice que debería ser digna de ser la madre de un Washington o la compañía de un buen hombre. Pero en muchos, muchos casos, ha aprendido que todos los sobornos tienen el mismo defecto; que la verdad y el bien han de buscarse por sí mismos. Una dulzura ideal flota ya en muchas formas y brilla en muchos ojos.

Las jóvenes plantean profundas preguntas sobre el gran tema: ¿qué puedo hacer para entrar en la vida eterna?

Los hombres son corteses con ellas. Las alaban con frecuencia y apenas las ponen a prueba. Hay caballerosidad en el sentimiento hacia las "señoras", lo que les otorga los mejores asientos en la diligencia y la frecuente admisión, no sólo en conferencias de todas clases, sino en los tribunales de justicia, cámaras legislativas y convenciones reformistas. Al editor de periódicos "le agradaría más que el Libro de las Señoras lo rellenaran exclusivamente las señoras. Sería, entonces, una verdadera joya, digna de que los jóvenes se lo ofrecieran a las damas de su afecto". ¿Podría ir más lejos la galantería?

En este país se venera el carácter del que Goethe habló como de un Ideal, que vimos actualizado en su amiga y patrona, la gran duquesa Amalia. "La mujer excelente es aquélla que, si

muriera el marido, podría ser un padre para sus hijos." Si se lee bien esto, dice muchas cosas.

Las mujeres que hablan en público, si tienen un poder moral, como el que se percibía en Angelica Grimke y Abby Kelley,[51] es decir, si hablan en aras de la conciencia para servir a una causa que consideran sagrada, someten invariablemente los prejuicios de sus oyentes y suscitan un interés proporcionado a la aversión con la que se las tenía en cuenta hasta entonces.

Un pasaje de una carta privada ilustra tan felizmente esto que ha de insertarse aquí.

> Abby Kelley en el ayuntamiento de *****
>
> La escena no era heroica: ver a aquella mujer, sincera con la humanidad y con su propia naturaleza, centro de miradas y lenguas rudas, incluso de caballeros que se consideraban con permiso para formar parte de una multitud que rodeaba a una mujer fuera de su esfera. Mientras ocupaba su posición en el estrado en medio de un gran tumulto y gentío, lleno, como un oleaje, de algo que iba a suceder, contemplé su humanidad gentil y sin pretensiones, tiernamente dispuesta a la esfera que la rodeaba, y si ella no hubiera estado apoyada por el poder de una voluntad genuina y con principios, habría fracasado. Eso la llevó a la plegaria, lo cual, especialmente en una mujer, es infantil; la sensibilidad y la voluntad del lado de Dios y con la mirada puesta en él, y la humanidad se derramó en aspiraciones.
>
> Actuó como un héroe gentil, con suave decisión y tranquilidad femenina. Todo heroísmo es suave y tranquilo y gentil, pues es vida y posesión, y la combatividad y

[51] Angelina Grimké (1805-1879) y Abby Kelley (1811-1867), abolicionistas americanas.

> la firmeza muestran una falta de realidad. Ella es seria, pujante y sencilla como cuando emprendió la cruzada. Pienso que hizo mucho bien, más del que los hombres habrían podido hacer en su lugar, pues la mujer siente más al ser y al reproducir y es capaz de darle a los asuntos una mayor intimidad. Los hombres hablan casi siempre por medio de la inteligencia, que se dirige a sí misma en los otros, crea y es combativa.

No encontraremos fácilmente en otra parte, o antes de ahora, observaciones escritas sobre este asunto tan delicadas y profundas.

El fallecido doctor Channing,[52] cuya amplia, tierna y religiosa naturaleza compartía cada impulso progresista de su época, si bien sus pensamientos obedecían a sus deseos con una cautela deliberada, propia de sus hábitos y temperamento, estaba muy interesado en estas esperanzas para la mujer. Su tratamiento era absoluta y completamente religioso. Las consideraba almas, cada una de ellas con un destino singular, incalculable para los demás, y cuya tendencia debía seguir, guiada por la luz de una conciencia privada. Tenía sentimiento, delicadeza, amabilidad, gusto, todo ello colmado y gobernado por un solo pensamiento, el de que todos los seres tenían alma y debían reivindicar su herencia. Trataba a todos los seres con una cortesía semejante, dulce aunque solemne. El joven desconocido, la mujer y el niño, se sentían estimados con una expectativa infinita, de la que no había reacción al prejuicio vulgar. Pedía a todos con quienes se encontraba, para usar su frase favorita, "grandes verdades".

Muchos guardan especialmente su memoria, ampliamente querida y reverenciada, por este intercambio de respeto ininterrumpido.

[52] William Ellery Channing (1780-1842), clérigo de Nueva Inglaterra y antiesclavista notorio.

En una ocasión, cuando el viaje de Harriet Martineau[53] por este país, la aparición en público de Angelica Grimkey y la visita de la señora Jameson habían vuelto sus pensamientos a este asunto, expresó todas sus esperanzas respecto a lo que el futuro depararía a la mujer. Le había complacido sobremanera el digno coraje de la señora Jameson en defensa de su sexo, de un modo que solía acobardar a las mujeres, porque si las mujeres se expresaban con fuerza suficiente y claridad para hacer un bien, se exponían a asaltos cuya vulgaridad las apesadumbraba. Al tratar a esa mujer, había compartido su indignación por la grosera injusticia perpetrada en muchos aspectos, y en muchos lugares, contra las mujeres, y se había inclinado a pensar en ello más que antes. Parecía pensar que podría escribir al respecto. Que su ayuda se haya perdido para la causa es motivo de pesar, pues, sobre esta cuestión, como sobre otras, habría sabido cómo aducir las pruebas y ocupar, con el espíritu más noble, un terreno intermedio. Siempre ofreció una plataforma en la que los partidos opuestos pudieran encontrarse y mirarse unos a otros bajo la influencia de su suavidad y candor ilustrado.

Dos jóvenes pensadores, hombres ambos, han pronunciado nobles profecías, favorables para la mujer. Kinmont,[54] cuyos pensamientos tendían hacia el establecimiento del reino del amor y la paz, pensaba que el medio inevitable para ello consiste en un predominio creciente de la idea de la mujer. Si hubiera vivido más para ver el crecimiento del partido de la paz, las reformas en la vida y la práctica médica que trata de sustituir el vino y drogas por el agua, la comida animal por el pulso, habría visto confirmada su visión del modo en que tendrían lugar los cambios.

[53] Harriet Martineau (1802-1876), escritora y viajera inglesa.

[54] Alexander Kinmont, emigrante escocés y abolicionista.

En este punto debo mencionar a Shelley, quien, como todos los hombres de genio, participaba del desarrollo femenino y, a diferencia de muchos, lo sabía. Su vida fue uno de los primeros latidos en el actual impulso reformista. Aborrecía la sangre y el ardor y, con su sistema y su canto, trataba de reinstaurar una gentileza arraigada en el desarrollo de la energía. En armonía con esto, sus ideas del matrimonio eran elevadas y, por supuesto, no lo eran menos las de la mujer, su naturaleza y su destino.

Pues la mujer, si por simpatía hacia su condición exterior se dirige a ayudar a la liberación del esclavo, no menos, por una tendencia interior, se dirige a favorecer medidas que prometan darle al mundo una armonía constante y profunda con la naturaleza femenina. Cuando el cordero ocupe el lugar del león como emblema de las naciones, mujeres y hombres serán hijos del mismo espíritu, estudiantes perpetuos de la palabra y hacedores, por tanto, no sólo oyentes.

Un escritor del *New York Pathfinder*, en dos artículos titulados 'Feminidad', ha pronunciado una palabra aún más poderosa que cualquiera que nosotros hayamos mencionado. Considera a la mujer a tenor del alma, y no de la sociedad, y la profundidad y la dirección de sus pensamientos son, en consonancia, admirables. Considera la naturaleza femenina armonizadora de elementos vehementes, como se ha señalado con frecuencia, pero lo que él expresa de una manera más insistente es la capacidad lírica, inspiradora e inspirada de su ser.

Siendo idéntica esta perspectiva con lo que he tratado de indicar respecto a la superior susceptibilidad de la mujer para influir magnética y eléctricamente, trataré de expresarme ahora con mayor detalle.

Hay dos aspectos de la naturaleza de la mujer representados por los antiguos como Musa y Minerva. El escritor del *Pathfinder* se refiere a la primera. Wordsworth tiene en mente la segunda cuando dice:

Con una plácida frente,
Que la mujer no debería fruncir, mantén tu voto.[55]

Creo que el genio especial de la mujer es de movimiento eléctrico, de función intuitiva, de tendencia espiritual. No destaca tan fácilmente en la clasificación, o recreación, como en una captación instintiva de las causas y en una sencilla respiración por la que recibe lo que hay de singular en la vida, antes que lo selectivo y enérgico del arte.

Le resulta más natural ser el modelo vivo del artista que separar de ella misma cualquier forma con realidad objetiva; inspirar y recibir el poema que crearlo. En la medida en que el alma está en ella por completo desarrollada, toda alma es la misma, pero en la medida en que se modifica en ella como mujer, fluye, respira, canta, antes que depositar suciedad o acabar el trabajo, y lo que es especialmente femenino exalta, en flor, la faz de la tierra y penetra, como el aire y el agua, todo este globo aparentemente sólido, renovando y purificando su vida a diario. Tal podría ser el elemento especialmente femenino, llamado feminidad. Pero no responde al orden de la naturaleza que se haya encarnado en forma alguna en mayor grado de lo que la energía masculina debe existir sin mezcla de ella en forma alguna.

Lo masculino y lo femenino representan las dos facetas del gran dualismo radical. Pero, de hecho, se están compenetrando perpetuamente. Lo líquido se vuelve sólido, lo sólido se licua. No hay un hombre completamente masculino, ni una mujer puramente femenina.

La historia se burla de los intentos de los psicólogos de elaborar grandes leyes originales por las formas que brotan de ellos. Enuncian una norma, dicen, por observación, lo que puede y no puede ser. ¡En vano! La naturaleza suministra excepciones

[55] William Wordsworth, 'Liberty'.

a cada regla. Envía a las mujeres a la guerra y pone a cardar a Hércules;[56] hace a las mujeres capaces de soportar inmensas cargas, el frío y la escarcha; al hombre que siente un amor maternal, le hace capaz de alimentar a su niño como una madre. Por último, comete travesuras aún más alegres. No sólo priva a las organizaciones, sino también a los órganos, de un fin necesario. Hace a las personas capaces de leer con lo alto de la cabeza, y de ver con el pozo del estómago. Pronto hará un Newton femenino y una sirena masculina.

El hombre participa de lo femenino en Apolo, la mujer de lo masculino en Minerva.

Lo que entiendo por musa es la claridad sin impedimento de los poderes intuitivos que una adhesión perfectamente sincera a toda advertencia de los instintos superiores reportaría a un ser humano delicadamente organizado. Puede aparecer como profecía o como poesía. Hizo a Casandra capaz de prever los resultados de las acciones que tenían lugar en torno a ella; a la vidente, de contemplar el verdadero carácter de la persona a través de la máscara de la vida habitual. (A veces veía la forma femenina tras el hombre, a veces lo contrario.) Hizo a la hija de Linneo capaz de ver cómo la flor exhalaba el alma de la flor.[57] Dio al hombre, al poeta, el poder del que habla así: "A menudo, en mi contemplación de la naturaleza, radiantes intimaciones, como si se tratara de haces de luz, aparecen ante mí como hechos de una cosmogonía en que mi espíritu, tal vez,

[56] Tras la muerte de Ífito, Hércules fue condenado a un año de esclavitud. Ónfale lo compró y lo puso a cardar lana, mientras que ella se vistió con la piel de león y empuñó sus armas.

[57] La hija de Linneo afirma que, mientras miraba fijamente un lirio rojo, vio cómo su espíritu remontaba como una llama roja. Es cierto que ésta, como otras bellas historias de espíritus, podrían explicarse como una ilusión óptica, pero, aun así, su belleza y sentido poético la harían valiosa como ilustración de un hecho espiritual. [Nota de Fuller.] Carl von Linneo (1707-1778), naturalista sueco.

hubiera tomado parte". Con buen juicio añade: "Pero es necesario verificar con seriedad el conocimiento que obtenemos de estos resplandores de luz". Y nadie debería olvidar esto. La visión debe ser verificada por la vida antes de merecer los honores de la piedad y el genio. Sin embargo, la visión llega en primer lugar, y afirmo que las mujeres tienen una especial capacidad para percibir esta visión del mundo de las causas, esta aproximación a la región de los movimientos primitivos. Aun sin igual libertad que el otro sexo, ya lo han demostrado, y si estas facultades jugaran libremente, creo que abrirían nuevas fuentes de gozosa inspiración, más profundas y puras que las que hasta ahora han renovado la tierra.

Seamos sabios y no estorbemos al alma. Que trabaje como quiera. Tengamos una energía creativa, una revelación incesante. Que adopte la forma que quiera, y no la aferremos por el pasado al hombre o la mujer, al negro o al blanco. Jove surgió de Rea, Palas de Jove. Que así sea.

Si la tendencia de estas consideraciones ha sido la de llevar a la mujer más bien al lado de Minerva, si, a diferencia del escritor más generoso, he hablado según la sociedad, no menos que según el alma, ¡que se me perdone! Ha sido el amor lo que lo ha provocado, amor por muchas almas encarceladas, que podrían ser liberadas si se asentara en ellas la idea de la autonomía religiosa, si se rompiera el delimitado hábito de depender de otros.

Proclo[58] enseña que cada vida tiene, en su esfera, una totalidad o compleción de los poderes animadores de las demás esferas, aunque sólo predomine, como su propia característica, alguno de tales poderes. Así, Júpiter comprende, dentro de sí mismo, los otros doce poderes, que resultan: la primera tríada es *demiúrgica* o *fabricante*, es decir, Júpiter, Neptuno, Vulcano; la segunda, *defensiva*, Vesta, Minerva, Marte; la ter-

[58] Proclo (410-485 a. C.), filósofo neoplatónico.

cera, *vivificante*, Ceres, Juno, Diana; y la cuarta, Mercurio, Venus, Apolo, *elevadora y armónica*. En la esfera de Júpiter, la energía es predominante, con Venus, la belleza; pero cada una comprende y aprehende las demás.

Cuando empiece a haber entre los hombres la misma comunidad de vida y conciencia de espíritu, la humanidad habrá subyugado, final y positivamente, sus elementos brutos y su infancia titánica; la crítica habrá perecido; los límites arbitrarios y la censura ignorante serán imposibles; todo habrá entrado en la libertad de la ley y en la armonía del crecimiento común.

Entonces Apolo cantará con la lira lo que Vulcano forja en la fragua, y la musa tejerá de nuevo los tapices de Minerva.

Sólo en la presente crisis, por tanto, se le ha dado a Minerva la preferencia. El poder de la continencia debe establecer la legitimidad de la libertad, el poder del aplomo, la perfección del movimiento.

Toda relación, toda gradación de la naturaleza es incalculablemente preciosa, pero sólo para el alma que se equilibra en sí misma y para quien ningún cambio, ninguna pérdida pueden comportar una torpe discordia, ya que se halla en armonía con el alma central.

Si un individuo tiene demasiadas relaciones, de modo que llega a desconocer los recursos de su propia alma, cae, tras un intervalo, en la distracción o la imbecilidad, de la que sólo podrá curarse con un periodo de aislamiento, que dé tiempo a que broten las fuentes renovadas. Con la sociedad pasa lo mismo. Muchos espíritus, privados de los medios tradicionales o instintivos para llevar una existencia feliz, deben encontrar ayuda en el propio impulso, o perecer. Ocurre, por tanto, que mientras toda elevación con vistas a la unión haya de ser saludada con alegría, no declinaremos el celibato como el gran acontecimiento del momento. Es algo que ningún voto, ningún arreglo pueden ahorrar hoy a un espíritu pensante.

Pues ahora los remeros descansan sobre sus remos; esperan un cambio antes de esforzarse juntos. Todo tiende a ilustrar el pensamiento de un sabio contemporáneo. La unión sólo es posible para aquéllos que son unidades. Para estar dispuestas a establecer una relación en su momento, las almas, de hombre o de mujer, deben ser capaces de prescindir de ellas en espíritu.

En consecuencia, apartaría de la mujer todo pensamiento, como el que suele abrigar, de ser enseñada y conducida por los hombres. Preferiría que, como la joven india, se dedicara al sol, al sol de la verdad, y no fuera a sitio alguno si sus rayos no iluminan el camino. Preferiría que estuviera libre de compromiso, de la complacencia, del desamparo, porque preferiría que fuera lo bastante buena y lo bastante fuerte para amar a uno y a todos los seres por la plenitud, no por el vacío del ser.

Los hombres, tal como hoy están instruidos, no serán una ayuda en esta tarea, porque también se hallan bajo la esclavitud del hábito. He admirado con agrado sus impulsos poéticos. Una hermana es el más bello ideal, y con cuánta nobleza han escrito sobre ella Wordsworth e incluso Byron.

No hay visión más dulce que ver a un padre con su hija pequeña. Hombres muy vulgares se refinan a la vista cuando conducen de la mano a una niña pequeña. En ese momento la relación justa entre los sexos parece establecida, y os parece que el hombre colaboraría en el más noble propósito si se lo pidierais en nombre de su pequeña hija. Una vez permanecían así, frente a mí, dos hermosas figuras. El padre, con aspecto muy intelectual, con la mirada de halcón suavizada por el afecto mientras miraba a su hermosa niña, que era su viva imagen, sólo que con una expresión más graciosa y brillante. Me acordé de la Kehama de Southey,[59] cuando he aquí que el

[59] Robert Southey (1774-1843), poeta inglés, autor de *The Curse of Kehama* (La maldición de Kehama).

sueño se rompió bruscamente. Hablaban de educación, y él decía:

"No haría avanzar demasiado a Maria. Si sabe demasiado, nunca encontrará un marido, como les ocurre a las mujeres superiores."

"Seguramente", dijo su esposa, ruborizándose, "deseas que Maria sea tan buena e inteligente como pueda, le ayude o no a casarse".

"No", insistió él, "quiero que tenga una esfera y un hogar, y alguien que la proteja cuando yo no esté".

Fue un incidente nimio, pero me causó una gran impresión. Sentí que las relaciones más sagradas no pueden instruir el espíritu inexperto y pervertido. En efecto, si este hombre pudiera haberlo visto desde el otro lado, habría sido el último que hubiera deseado ser conducido al hogar y la protección que podía proporcionar, sino que, probablemente, habría repetido el cuento de Alcibíades con sus fuentes.[60]

Pero los hombres *no* lo miran desde ambos lados, y las mujeres deben dejar de preguntarles y dejarse influir por ellos, sino que deben retirarse en sí mismas y explorar el fundamento de su vida hasta que encuentren su peculiar secreto. Entonces, cuando aparezcan de nuevo, renovadas y bautizadas, sabrán cómo convertir toda escoria en oro y serán ricas y libres aunque vivan en una cabaña, tranquilas, en medio de la multitud. Entonces su dulce canto ya no será un impulso apasionado, sino la lírica sobreabundancia de un rapto divino, y una nueva música se desprenderá de este mundo de múltiple acorde.

[60] Plutarco cuenta que Anito invitó a Alcibíades, al que amaba, a cenar con otros huéspedes. Alcibíades rehusó, pero, borracho, se presentó en casa de Anito y, al ver las mesas llenas de fuentes de oro y plata, hizo que los criados se llevaran la mitad. Cuando los invitados se quejaron por la injuriosa conducta de Alcibíades, Anito lo exculpó diciendo que podría habérselas llevado todas.

Entregadle, entonces, la armadura y la jabalina. Que se desprenda de la presión de otros espíritus y medite en virgen soledad. La misma idea reaparecerá a su debido tiempo como musa o Ceres, el afable y paciente espíritu de la tierra.

Entre los múltiples síntomas que denotan la actual tendencia a una crisis en la vida de la mujer, que se parece al cambio desde la adolescente con sus bellos instintos, pero con sus pensamientos inarmónicos, su ciego pupilaje e infatigable búsqueda, hasta la mujer serena, sabia, graciosa, he intentado seleccionar algunos.

Uno de interés prominente se halla en la unisonancia de tres espíritus masculinos sobre un asunto que, por amplitud de cultura, poder de concentración y dignidad de propósito, está a la altura de los profetas de la época futura, mientras que sus historias y tareas se hunden en el pasado.

Swedenborg vino, nos dice, a interpretar la revelación pasada y desplegar una nueva. Anuncia la Nueva Iglesia que ha de preparar el camino para la Nueva Jerusalén, una ciudad construida con piedras preciosas, endurecida y purificada por secretos procesos en las venas de la tierra a través de las épocas.

Swedenborg se aproximó a esa armonía entre la vida científica y poética del espíritu, que esperamos del hombre perfecto. Los vínculos que mantienen unidos los reinos de la naturaleza, los misterios que acompañan a sus nacimientos y crecimientos le resultaban insólitamente claros. Parece un hombre a quien la visión interior le fuera concedida en un periodo en que el armazón mental estaba lo bastante maduro para retener y expresar sus dones.

Sus ideas de las mujeres son, en lo principal, satisfactorias. En ciertos detalles, podríamos objetar a ellas que, en todo su sistema, aún quedan vestigios de lo arbitrario y aparentemen-

te infundado; fantasías que muestras las marcas de viejos hábitos y una naturaleza aún no fermentada por completo con la levadura espiritual. Al menos así me lo parece ahora. Hablo reverentemente, ya que descubro tal razón para venerar a Swedenborg, por un conocimiento imperfecto de su espíritu, que siento que otro más perfecto podría explicarme lo que ahora no cuenta con mi simpatía.

Su idea de la mujer resulta lo bastante amplia y noble como para no interponer obstáculo alguno a su progreso. Su idea del matrimonio es, en consecuencia, suficiente. El hombre y la mujer comparten un ministerio angélico, la unión es de uno y uno, permanente y pura.

A medida que la Nueva Iglesia se extienda, las necesidades de la mujer deben ser consideradas en mayor grado.

El cuaquerismo afirma también suficientemente la igualdad de la mujer respecto al hombre.[61] Pero aunque el pensamiento original del cuaquerismo es puro, su alcance es demasiado estricto y su influencia, tras haber establecido cierta medida de bien y aclarado ciertas verdades, debe, gradualmente, mezclarse con otro de mayor alcance.[62] El espíritu de Swedenborg apela a la variada naturaleza del hombre y acoge a la cultura estética y la libre expresión de la energía.

Como apóstol del nuevo orden, de la fábrica social que ha de surgir del amor y superar el antiguo, que se basaba en el conflicto, viene a continuación Charles Fourier,[63] que expresa,

[61] George Fox, fundador de la Sociedad Religiosa de los Amigos (Cuáqueros), publicó en 1656 una defensa de la igualdad espiritual de las mujeres.

[62] En el culto en determinados periodos, en la expresión diaria, de palabra u obra, los cuáqueros han situado a la mujer en la misma plataforma que el hombre. ¿Puede alguien afirmar que han tenido motivo para arrepentirse de ello? [Nota de Fuller.]

[63] Charles Fourier (1774-1843), socialista utópico francés, cuyos escritos

en un orden exterior, múltiples hechos de los que Swedenborg veía las fuentes secretas. El espíritu de Fourier, aunque grande y claro, era superficial en ciertos aspectos. Era ajeno a las experiencias superiores. Su mirada se fijaba en las necesidades exteriores, antes que interiores, del hombre. Sin embargo, también él fue un visionario del orden divino, en su expresión musical, si no en su alma poética. Ha colmado un departamento de instrucción para la nueva época, y espera que exista la armonía en la acción y la libertad para el crecimiento individual, y aunque los métodos que propone no resulten verdaderos, sin embargo, sus justas proposiciones brindarán muchas sugerencias y darán lugar a la inspiración precisa.

También él sitúa a la mujer en un plano de igualdad con el hombre y desea dar tanto a la una como al otro la independencia que debe resultar del desarrollo intelectual y práctico.

Los que no le consulten por otro motivo, pueden hacerlo para ver que las energías de la mujer están disponibles de manera pecuniaria. El objetivo de Fourier era proporcionarle los medios necesarios de ayuda, de modo que pudiera dignificar y desplegar su vida por su propia felicidad y la de la sociedad. Cuantos consideran ahora a sus hijas expuestas a la indigencia, o al vicio para escapar a ella, podrían estar interesados en examinar los medios, si carecen del alma suficiente para apreciar los fines que propone.

Por el frente opuesto del ejército progresivo avanza el gran apóstol de la cultura individual, Goethe. Swedenborg convierte la organización y la unión en los resultados necesarios del pensamiento solitario. Fourier, cuya naturaleza era, sobre todo, constructiva, las consideraba de manera demasiado exclusiva. Mejores instituciones, pensaba, lograrán mejores hombres. Goethe expresaba, de cualquier manera, el extre-

inspiraron la fundación de Brook Farm, la comunidad experimental retratada por Hawthorne en *The Blithdale Romance* (1852).

mo opuesto. Si un hombre pudiera presentar mejores formas, los demás no podrían usarlas hasta que hubieran llegado a la madurez.

Fourier dice, ¡como las instituciones, los hombres! Todas las locuras son excusables y naturales bajo malas instituciones.

Goethe dice, ¡como el hombre, las instituciones! No hay excusa para la ignorancia y la locura. Un hombre puede, si quiere, crecer en cualquier parte.

Pero, ¡ay, Goethe!, malas instituciones son los muros de una prisión y el aire impuro que le idiotiza, aunque no quiera.

Y tú, Fourier, no esperes cambiar de pronto a la humanidad, ni siquiera "en tres generaciones" por arreglo de grupos y series, o toques de trompeta por la industria atractiva. Si estos intentos son llevados a cabo por hombres inexpertos, fracasarán.

Sin embargo, apreciamos la teoría de Fourier no menos que la profunda sugerencia de Goethe. Ambos están educando a la época en una conciencia más clara de lo que necesita el hombre, lo que el hombre puede ser, y debe resultar una vida mejor.

Goethe, siguiendo su propio camino, elevando al ser humano desde los más imperfectos estados de la sociedad, por continuos esfuerzos de aprendizaje, toma en consideración tanto a las mujeres como a los hombres. Su madre, la alegre Frau Aja, con la libertad juguetona de la naturaleza; la sabia y gentil doncella, conocida en su juventud, sobre cuya enferma soledad "se cernía el Espíritu Santo como una paloma"; su hermana, la mujer intelectual *par excellence*: la duquesa Amelia; Lili, que combinaba el carácter de la mujer de mundo con la dulzura lírica de la pastora, en cuyo casto y noble pecho las flores y las joyas hallaban igual acogida; todas ellas suministraron abundantes sugerencias a su espíritu en relación con las necesidades y posibles excelencias de la mujer. Y de su alma poética surgieron formas nuevas y más admirables que

las producidas por la vida hasta entonces, para la que su mirada clara señalaba sendas en el futuro.

En *Fausto* vemos el poder redentor que, en la actualidad, sostiene a la mujer, mientras espera un día mejor, en Margarita. La jovencita encantadora, de instinto puro, de espíritu ignorante, es corrompida y profanada por el hombre que abusa de su confianza.[64] Pide ayuda a su Mater *Dolorosa*. Aunque no la consuele, la recibe en su alma, y la doncella, iluminada por sus sufrimientos, rehusando la salvación temporal que brinda un poder malvado, obtiene la eterna en su lugar.

En la segunda parte, el hombre intelectual, tras sus múltiples esfuerzos, debe *su* salvación a la interposición de aquélla a la que había traicionado. Ella intercede, ahora convertida en espíritu glorificado, ante la Mater *Gloriosa*.

También Leonora es una mujer, tal como la vemos ahora, pura, pensativa, refinada por tanto dolor.[65]

De Ifigenia habla en sus diarios como de su "hija", y ella es la hija[66] que un hombre puede desear, aunque haya elegido a su esposa por motivos muy mezquinos. Ella es el alma virgen, constante, que teme más a la falsedad que a la muerte.

---

[64] Como dice Fausto, su único error fue un "amable engaño". [Nota de Fuller.]

[65] Personaje de *Torcuato Tasso*, de Goethe.

[66] Goethe traicionó sus ideas en la práctica como lord Herbert. Y su castigo fue el propio y usual de las relaciones formadas al amparo de lo justo, por los impulsos de una identidad más mezquina. Ifigenia fue la digna hija de su espíritu, pero el hijo, el retoño de su degradante relación en la vida real, se correspondía con esa relación. Este hijo, al que Goethe prodigó en vano tanto pensamiento y cuidado, era como su madre, y como el afecto de Goethe por su madre. "A este joven", dice un reciente escritor bien informado (M. Henri Blaze), Wieland, se le llamó con razón el hijo de la criada, *der Sohn der Magd*. Heredó de su padre sólo su nombre y su *physique*". [Nota de Fuller.] Henri Blaze (1813-1888), crítico literario francés. Para la Ifigenia de Goethe, véase *Ifigenia, en Táuride*.

Pero es a *Años de aprendizaje y andanzas de Wilhelm Meister* al que quisiera referirme en especial, ya que estos volúmenes contienen la suma de las observaciones del sabio durante una larga vida, respecto a lo que el hombre debería hacer, en las actuales circunstancias, para alcanzar la maestría sobre la vida exterior, mediante una iniciación a la interior, y una severa disciplina de sus facultades.

A medida que Wilhelm avanza en su camino ascendente entra en contacto con formas mejores de la mujer y sabe cómo buscarlas y cómo apreciarlas cuando las halla. El hombre débil e inmaduro admira a menudo a una mujer superior, pero no será capaz de soportar un sentimiento que resulta una carga demasiado grande en su existencia habitual. Sin embargo, en Wilhelm la gradación es natural y expresa una ascensión en la escala del ser. Al principio descubre el encanto en Mariana y Filina, formas muy comunes del carácter femenino, no exentas de rasgos redentores, nada menos que encantos, pero sin sabiduría o pureza. Pronto le acompaña Mignon, la más hermosa expresión creada de lo que he llamado el elemento lírico en la mujer. Es una niña, pero demasiado precoz para este hombre; la quiere, pero no puede seguirla; sin embargo, la asociación ejerce una influencia duradera. La poesía ha sido domesticada en su vida y, aunque se esfuerza en sujetar su impulso celestial, mediante el arte o el apotegma, éstos son sólo las tiendas bajo las que podría residir temporalmente, pero que puede desmontar con facilidad y transportar en andanzas ilimitadas.

Al penetrar en la región del pensamiento, descubre una sabia filantropía en Natalia (instruida, fijémonos, por un *tío*), el sentido práctico y la economía exterior en Teresa, la devoción pura en la Bella Santa.

Más lejos, por fin, llega a casa de Macaria, el alma de una estrella, es decir, una inteligencia pura y perfecta encarnada en una forma femenina, y el centro de un mundo cuyos miembros giran armoniosamente en torno a ella. Le enseña

los archivos de una rica historia humana y lo introduce en la contemplación de los cielos.

Hay una amplia distancia a pie entre las horas pasadas junto a Mariana y junto a Macaria. Wilhelm no ha viajado, visto ni sufrido tanto en vano. Ahora empieza a estudiar cómo podría ayudar a la próxima generación; contempla objetos en disposición armónica, y de estas observaciones deduce preceptos por los que guiar su trayectoria como profesor y maestro, "ayudante, consolador".

Me resulta satisfactorio el propósito de Goethe en todas estas expresiones de la mujer. Apunta a una completa independencia y un libre desarrollo de cualesquiera poderes de los que podrían estar dotadas por naturaleza, así como los hombres. Son unidades, las considera almas. En consecuencia, el encuentro entre el hombre y la mujer, tal como lo representa, es igual y noble y, aunque no retrate el matrimonio, lo hace posible.

En Macaria, vinculada con los cuerpos celestes en revoluciones fijas, el centro de todas las relaciones, por más que ella no se relacione, expresa el lado de Minerva de la naturaleza femenina. Goethe no le puso este nombre por azar. Macaria, la hija de Hércules, que se ofreció como víctima por el bien de su país, fue canonizada por los griegos y adorada como diosa de la verdadera felicidad. Goethe ha encarnado esta felicidad en la serenidad que surge de la sabiduría, una sabiduría, tal como la veneraba el sabio judío, instruida por igual en los designios del cielo y en los métodos necesarios para llevarlos a cabo en la tierra.

Mignon es la naturaleza eléctrica, inspirada, lírica. Cuando aparece, hallamos el eco de la infancia en nuestras aspiraciones:

> Déjame parecer hasta que sea:
> ¡No me despojes de este *blanco traje*!
>
> * * *

Verdad que vivo sin inquietud ni esfuerzo;
Pero he sentido muy profundos dolores.
¡Haced que vuelva a ser por siempre joven![67]

Aunque vemos a todas estas mujeres en compañía, podemos imaginarlas solas. Son muy individuales, aunque en ninguna parte resulten reservadas. Les basta con el presente, pero despiertan una infinita expectativa.

La económica Teresa, la benevolente Natalia, la Bella Santa, han elegido una senda, pero sus pensamientos son más amplios. Para ellas, las funciones de la vida no son fines, sino sugerencias.

Así, todas las cosas les parecen importantes, porque ninguna es necesaria. Los diferentes caracteres han jugado limpio, y cada uno es hermoso en su menor indicación, ya que nada resulta forzado o convencional, sino que todas las cosas, por leves que sean, crecen según la vida esencial del ser.

Mignon y Teresa visten como hombres cuando quieren, y les agrada hacerlo, mientras que Macaria está confinada a su butaca tras la cortina verde, y la Bella Santa no podría tolerar una mota de polvo en su vestido.

Todas las cosas están en su lugar en este pequeño mundo, porque todo resulta natural y libre, pues "hay espacio suficiente para todo en el exterior". Sin embargo, todo está rodeado por una armonía natural, que siempre surgirá cuando se busquen la verdad y el amor a la luz de la libertad.

El libro de Goethe presagia una era de libertad, como la suya propia, de una "extraordinaria y generosa búsqueda" y nuevas revelaciones. Se desarrollarán nuevas individualidades en el mundo actual, que avanzarán en él con tanta gentileza como las figuras que salen de un cuadro.

[67] De *Años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, libro VIII, capítulo 2.

He indicado al respecto la coincidencia entre sus esperanzas y las de Fourier, aunque las suyas se dirijan a un conocimiento infinitamente superior y más profundo de la naturaleza humana. Sin embargo, para nuestro propósito actual, es suficiente mostrar que estas dos diferentes sendas han conducido al mismo fin a dos serios pensadores. En otro lugar quisiera señalar similares coincidencias entre la escuela modélica de Goethe y los planes de Fourier, lo que podría arrojar luz sobre la página de la profecía.

Muchas mujeres han observado que se aproximaba el momento de un mejor trato de su sexo y han hecho sugerencias que podrían ser útiles. Mencionemos algunas.

La señorita Edgeworth,[68] aunque limitada por los hábitos de su época y país, aun perteneciente más al siglo dieciocho que al diecinueve, ha obrado de manera excelente. Sentía horror por el sentimentalismo y el afán de notoriedad y entendía que era probable que las mujeres, en las primeras etapas de la cultura, los pretendieran. Por tanto, centró sus esfuerzos en recomendar la vida doméstica. Los métodos que recomienda, no obstante, serán idóneos para cualquier carácter en cualquier posición a la que se vea llamado. Enseñaba a despreciar la falsedad, no menos en sus apariciones graciosas que en las mezquinas; a cultivar un juicio claro, independiente, y a adherirse a sus dictados; hábitos de estudio y empleo variado y liberal, y capacidad para la amistad. Su modelo de carácter es el mismo para ambos sexos. La verdad, el honor, la benevolencia ilustrada y la aspiración al conocimiento. Nada sabe de poesía, y su religión consiste en el honor y la lealtad a las obligaciones una vez asumidas, en breve, en "la gran idea del deber que nos mantiene firmes". Toda su tendencia es práctica.

[68] Maria Edgeworth (1767-1849), novelista angloirlandesa, autora de *Castle Rackrent* (1800).

La señora Jameson[69] es una sentimental y, por tanto, no resulta muy apropiada en ciertos aspectos, pero está llena de talento, tiene una percepción justa y refinada de lo bello y un coraje genuino cuando lo considera necesario. No parece haberse planteado por completo el asunto en el que nos ocupamos, y sus opiniones, expresadas como tales, son a veces incoherentes entre sí, pero, respecto a la refinada percepción del carácter, nos proporciona admirables sugerencias en *Women of Shakspeare* (Las mujeres de Shakespeare) y *Loves of the Poets* (Los amores de los poetas).

Por lo que más la respeto es por la decisión con la que habla de un asunto del que las mujeres cultas prefieren apartarse, por temor al insulto y a la mofa injuriosa, pero en el que no puede ni quiere moderar la indignación de un corazón sano. Me refiero a la degradación de una gran cantidad de mujeres vendidas y mancilladas como esclavas de los hombres, y la osadía con la que el legislador y el hombre de mundo elevan la cabeza hasta el cielo y dicen: "Así debe ser, no puede evitarse, es un ingrediente necesario de la *civilización*".

Así habla el *ciudadano*. El hombre nacido de mujer, el padre de sus hijas, declara que quiere y debe comprar las comodidades y ventajas comerciales de su Londres, Viena, París, Nueva York, en connivencia con la muerte moral, la condena, mientras lo garantice la acción de la sociedad, de miles de mujeres en cada espléndida metrópoli.

¡Ah, hombres! No me dirijo a vosotros. Es cierto que vuestra maldad (ya que no debéis negar que, al menos, nueve de cada diez mil caen por la vanidad que habéis favorecido sistemáticamente o las promesas que habéis roto traicioneramente), sí, es cierto que vuestra maldad es su propio castigo. Vuestras formas degradadas y vuestros ojos nublados por el pecado secreto; la armonía natural rota y la delicadeza de la percepción

[69] Véase la nota 45.

destruida en vuestra organización mental y corporal; Dios y el amor desahuciados de vuestros corazones por los sucios visitantes a los que habéis admitido, incapaces para un matrimonio puro, incapaces para una paternidad pura, incapaces para el culto; ah, hombres depravados, vuestro pecado es su propio castigo. Habéis perdido el mundo al perderos a vosotros mismos. Quien arruina a otro ha admitido al gusano en la raíz de su propio árbol, y cuanto más llena esté la copa del mal, más tendréis que apurar el trago amargo. Pero no me dirijo a vosotros; necesitáis enseñaros y avisaros mutuamente. Se levanta más de una voz con seriedad. Todo cuanto las *mujeres* digan al corazón que ya ha elegido el mal camino se considera mojigatería, o ignorancia, o tal vez una debilidad de la naturaleza que dispensa de tentaciones similares.

Sin embargo, a vosotras, mujeres, mujeres americanas, no han de dirigirse en vano algunas palabras. Aquí y allá podría escuchar alguna.

Sabéis lo que ocurría en el mundo oriental. Un hombre, si la riqueza se lo permitía, tenía varias mujeres y muchas criadas. La castidad y la igualdad del matrimonio genuino, con "las mil decencias que fluyen" de su comunión, las preciosas virtudes que pueden madurar gradualmente en su recinto, eran desconocidas.

A su parecer, este hombre no cometía maldad alguna. Lo que hacía, podían saberlo Dios y el hombre; no era un secreto oprobioso que ocultara en escondites y guaridas, como el banquete de una fiera. Aquellas mujeres no eran perdidas, ni estaban mancilladas a sus ojos o a los de otros. Si no se hallaban en un estado de conocimiento y virtud, al menos estaban en uno de relativa inocencia.

Ya sabéis lo que les pasaba a las nativas de este continente. Un jefe tenía muchas esposas a las que mantenía y que cuidaban de su casa; esas mujeres no eran sino sirvientas, aunque disfrutaban del respeto de otros y de sí mismas. Vivían juntas en paz. Sabían que un pecado contra la virtud apreciada en su

nación sería tan estrictamente castigado en el hombre como en la mujer.

Pasemos ahora a los países en que el matrimonio es el de la pareja. No hablaré de las naciones paganas, sino de las que reconocen la regla cristiana. Ya sabemos lo que ordena; hay una norma a la que apelar.

No nos fijemos ahora en la masa de la gente, ya que todos sabemos que es un proverbio y una broma amarga hablar del "millón pisoteado". Sabemos que, hasta nuestra época, ningún principio tuvo nunca la oportunidad justa de penetrar en la masa de la gente, sino que debíamos solicitar su ilustración con ejemplos escogidos.

Coged al paladín, coged al poeta. ¿Creyeron *ellos* más imposible la pureza para el hombre que para la mujer? ¿Quisieron que la mujer creyera que el hombre era menos sensible a motivos superiores, que las aspiraciones puras no le protegerían contra las malas pasiones, que los trabajos honrados y los hábitos templados no le mantendrían libre de la esclavitud del cuerpo? No, el amor era para ellos una parte del cielo, y ni siquiera osarían recibir su felicidad a menos que estuvieran seguros de ser dignos de ella. Su felicidad superior era que los hiciera dignos de ella. Querían ponerse a prueba. No deseaban el título de caballeros hasta que la bandera se alzara en el fragor de la batalla, en la desbandada de los cobardes.

Os pregunto a vosotras, jóvenes muchachas, no a *vosotras*, cuyo corazón es el de una vieja fatua, aunque vuestros rizos no hayan perdido aún su matiz dorado. No a aquéllas cuyo carácter está corrompido por la vanidad, heredada o enseñada, que han aprendido pronto el amor de la excitación coqueta, y cuya mirada vaga incansable en busca de una "conquista" o de un "galán"; a vosotras, a quienes *no* os avergüenza que otros vean la marca del más despreciable halago o injurioso deseo. No les hablo a éstas, sino a ti, doncella, que, si no tan hermosa, tienes, sin embargo, esa naturaleza impoluta que contempló Milton cuando soñó con Comus y el Paraíso. Tú,

hija de un matrimonio no profanado, criada entre las lecciones de los bosques y los campos, liberada por el empleo útil y el vuelo libre en el cielo del pensamiento, que deseas agradar sólo a aquéllos a quienes no te avergonzaría amar; te pregunto a ti, cuya mejilla no ha olvidado el rubor, cuyo corazón aún conoce las aladas esperanzas, si aquél a quien podrías esperar que el padre te enviara, como compañero de los trabajos y gozos de la vida, no es, a tu juicio, puro. ¿No es la virilidad, a tu juicio, pureza, *no* anarquía? ¿Pueden mentir sus labios? ¿Puede hacer en secreto lo que no podría confesar a la madre que lo engendró? Di, ¿no buscas un corazón libre, abierto como el tuyo, cuyos pensamientos puedan confesarse, incapaces de perjudicar al inocente o, más aún, de degradar al caído? Un hombre, en suma, en quien la naturaleza bruta esté sometida por completo a los impulsos de su mejor ser.

¡Sí! En esto confiabas, porque muchas, muchas veces he visto la imagen de una vida futura, de un esposo escogido, en las tablillas de un corazón virginal.

Podría ser que no fuera sincera con estas esperanzas. Se la llevaba a lo que se llama "el mundo", que es, en su mayor parte, la espuma y escoria del caldero social. Allí, veía a la hermosa mujer llevada en el vals junto al corazón de un ser que le parecía un sátiro. Tras ser avisada por un amigo masculino de que era, de hecho, de esa clase, y no apropiado para tal familiaridad con un ser casto, la avisada replicaba que "las mujeres no deberían saber nada de tales cosas". Veía a otra más hermosa entregada en matrimonio a un hombre de la misma clase. "Papá y mamá decían que 'todos los hombres cometen errores en algún momento de su vida, que conocían muchas tentaciones. Frederick sería tan feliz en casa; no querría hacer ningún daño'". Se volvía después a las mujeres casadas y ellas, ¡horror multiplicado!, reían cuando suponía que "los hombres eran como las mujeres". A veces, añado, no era sincera y se acomodaba tristemente a la "suerte de la mujer" o adquiría el gusto por la sociedad de los sátiros, como ocurría con ciertas ninfas y en todas las antiguas bacanales. Sin embargo, a las

que no puedan ni quieran vender su primogenitura por el plato de lentejas o la copa de Circe, y a las que hayan hecho ya su elección, les digo, ¡coraje! Tengo ciertas palabras alegres para vosotras. Un hombre de pureza íntegra me citó las palabras de un artista extranjero, sobre que "el mundo nunca sería un lugar mejor hasta que los hombres se sometieran a las mismas leyes que habían impuesto a las mujeres"; ese artista, añadía, decía la verdad. Lo mismo era cierto de Canova, de Beethoven. "Como un semidiós, se abstuvieron de toda mancha", y Miguel Ángel, mirando desde la soledad de su siglo, podría encontrar unos ojos que no rehuyeran los suyos.

Otros hombres, que no se apoyan y ocupan en el culto de la belleza pura, me aseguran que en la vida privada es posible, y se practica, una consagración similar. Muchos hombres sienten que no hay tentación demasiado fuerte para la voluntad del hombre si invoca la ayuda del espíritu en lugar de buscar la extenuación de las brutales alianzas de su naturaleza. En suma, lo que el niño imagina es realmente cierto, aunque casi todo el mundo lo considera una mentira. El hombre es el hijo de Dios y si busca su guía para cuidar su corazón con diligencia se le concederá de tal modo que todos los litigios de la vida podrían ser puros. Entonces la vida será un templo.

Alrededor del templo
Se extiende verde la grata campiña;
La hermosa columnata
Está hecha de pilares de mármol puro,
Fuertes para sostener el tejado
El tiempo y la prueba de la tempestad,
Aunque la brisa más leve
Puede atravesarla;
La entrada
Es libre para todos
Los que reverencian
El poder aquí adorado,
Sola guía de la joven
Verdad inquebrantable:

En el santuario recóndito
Aguarda la imagen divina,
Vista sólo
Por aquéllos cuyos actos son dignos,
Sacerdotales, limpios.
Los iniciados
Declaran
A medida que las horas
Anuncian esperanzas y poderes variables;
Cambia su rostro,
Cambia su edad,
Ya una joven gracia resplandeciente,
Ya un sabio nestoriano.
Para el de corazón puro,
Esta forma de arte primitivo
Es hermosa en edad,
En su juventud parece sabia
Sin comparación,
Por encima de todo asombro;
Parece nativo cuanto enseña,
Su nuevo saber, nuestros viejos sueños;
El incienso brota del suelo,
La música nos rodea;
Los pies descansan firmes, la clara mirada
Se eleva,
Si la verdad, para señalar el camino por la vida,
Asume la vara del amor,
Pero si se quita su vestido verde,
El brillo plateado del invierno,
Blanco, puro como la luz,
Volverá el gentil sudario tan digno luto
[como un traje nupcial.[70]

[70] (*Así lo describió el historiador.*)
El templo de Juno es tal como debiera ser el carácter de la mujer. ¡Columnas! Gracioso decoro, atractivo, pero acogedor.

Estamos ahora en un estado de transición y se han dado pocos pasos. Europa pasó de la poligamia al matrimonio *de convenance*. Esto apenas fue una mejora. Se intentó entonces sustituir por el matrimonio genuino (la mutua elección de almas que induce a la unión permanente), frustrado hasta el momento en todas partes por la precipitación, la ignorancia o la impureza del hombre.

Cuando el hombre asuma un principio elevado respecto al que aún no ha madurado, ocurrirá, por bastante tiempo, que unos pocos serán más nobles que antes; la mayoría, peor. Así pasa ahora. En el país de Sidney y Milton, la metrópoli es una guarida de maldad y marca el estilo de la sensualidad; en el país de lady Russell,[71] la costumbre de los pares ingleses, de vender a sus hijas al mejor postor, se convierte en el tema y la broma de las novelas de moda para jóvenes irreflexivos, que se quedarían pasmados ante la idea de que se los vendiera a un tratante de esclavos turco, aunque las circunstancias de la compra fueran menos degradantes, ya que los pensamientos y la voluntad de la persona vendida no se ven degradados por ella y no se desafía una reconocida norma de derecho de la tierra y la época.

Debo añadir aquí que no creo que jamás se haya registrado mayor depravación del hombre y mayor despreciable frivolidad de pensamiento e intención en la mujer, que en las novelas que pretenden ofrecer un retrato de la vida inglesa actual, que se leen con tanto favor en nuestros salones y proporcionan el tono de los modales en ciertos círculos. Comparado

¡Pórtico! Noble aspecto invitador de la vida.
¡Naos! Recibe a los adoradores. Ved aquí la estatua de la divinidad.
¡Opistódomo! Santuario donde las más preciosas posesiones se mantenían a salvo de la mano del ladrón y de la mirada del mundo.

[Nota de Fuller.] Los versos son de Fuller.

[71] Probablemente Rachel (1636-1723), esposa del estadista lord William Russell, ejecutado por traición en 1683. Sus cartas se consideraban un modelo de claridad.

con la locura fría y empedernida allí descrita, el crimen es esperanzador, ya que muestra al menos cierto poder restante de la constitución mental.

Volvamos al asunto: las manchas del celibato y las profanaciones del matrimonio han llamado la atención de los hombres. Empiezan a escribir y a pronunciar conferencias sobre ello. La tendencia actual consiste en esforzarse por ayudar a los equivocados mostrándoles la ley física. Resulta sabio y excelente, pero no olvidemos la mitad mejor. Los baños fríos y el ejercicio no bastarán para mantener una vida pura sin un bautismo interior y un empleo noble y estimulante de los pensamientos y las pasiones. Los matrimonios tempranos son deseables, pero si (y el mundo está ahora tan fuera de quicio que hay cien mil oportunidades contra una) un hombre no encuentra pronto, o nunca, la persona a la que pueda unirse en el matrimonio de las almas, ¿le entregaréis al matrimonio *de convenance* o, si no se casa, no hallaréis un camino para que lleve una vida virtuosa y feliz? Pensadlo bien, vosotros, que os creéis mejores que los paganos, ya que muchos de *ellos* conocieron ese camino seguro.[72]

A vosotras, mujeres de América, he de dirigirme en especial, y mi consejo puede dividirse en tres enunciados:

Limpiad vuestra alma de la mácula de la vanidad.

No os regocijéis en las conquistas, sea por ostentar la capacidad de seducir ante otras mujeres o por el placer de despertar sentimientos que gratifiquen vuestro deseo de excitación.

[72] Los libros sagrados persas, los Desatir, describen al sagrado y gran príncipe Ky Khosrou, como "un ángel e hijo de un ángel", a quien el supremo dice: "No me abandonas ni al parpadear. Nunca estoy fuera de tu corazón, y no estoy contenido sino en tu corazón, en un corazón como el tuyo, y estoy más cerca de ti que tú de ti mismo". Este príncipe tenía en su dorado serrallo tres damas de insuperable belleza, y los cuatro pasaron su vida en este monasterio real y dejaron el mundo como vírgenes. El pueblo persa no era escéptico cuando se narró la historia de ese espíritu. [Nota de Fuller.]

Debe ocurrir, sin duda, que mujeres francas y generosas despierten un amor no recíproco, pero, en nueve de cada diez casos, la mujer ha contribuido, de manera semiconsciente, a despertarlo. En este caso no será considerada inocente de la infelicidad o injuria del amante. El amor puro, inspirado por un objeto digno, ha de ser ennoblecedor y bendito, sea o no mutuo, pero lo que surja de la coqueta atracción del refinamiento provocará amargura y duda respecto a la realidad de la bondad humana tan pronto como desaparezca el rubor de la pasión. Para evitar estos falsos placeres,

Impregnad el alma
En un puro amor, y durará.

El amor a la verdad, el amor a la excelencia, se vistan o no en la persona de una predilección especial, serán capaces de salvaros de la próxima Duessa y os llevarán por los verdes claros donde ha hollado el pie de Una.[73]

Respecto a este tema, un venerable campeón del bien, el último representante del espíritu que santificó la revolución y dio a nuestro país un rayo de esperanza a los ojos de las naciones, el mismo que, al final, ofrecía de nuevo en Boston a los jóvenes la promesa hecha por los jóvenes de su época, ofrecía también su consejo, cuando se lo solicitaba la directora de un colegio femenino, en estos términos.

Réplica del señor Adams[74]

El señor Adams se sintió tan impresionado por la solicitud de la señorita Foster que por algún tiempo guardó silencio. Luego, se expresó del siguiente modo:

[73] Figuras alegóricas de *Faerie Queene*, de Spenser.

[74] Se trata de John Quincy Adams (1767-1848), estadista y sexto presidente de los Estados Unidos, hijo de John Adams (1735-1826), segundo presidente de los Estados Unidos, y Abigail Smith Adams (1744-1818), conocida por las cartas que escribió durante el periodo revolucionario.

Es la primera ocasión en que una dama se dirige a mí personalmente, y confío en que todas las damas presentes serán capaces de penetrar en mis sentimientos para saber que este honor me afecta más que ningún otro que pudiera haber recibido.

Habéis tenido el gusto, señora, de aludir al carácter de mi padre, a la historia de mi familia y a sus servicios al país. En efecto, es cierto que, desde la existencia de la república como nación independiente, tanto mi padre como yo hemos estado al servicio público del país casi sin interrupción. Vine al mundo como una persona con responsabilidades personales, con la Declaración de Independencia, que nos constituía como nación. Por aquel entonces era un niño, y gocé tal vez de la mayor bendición que se puede conceder a un hombre: una madre que deseaba y era capaz de formar a sus hijos como debían ser. De mi madre obtuve toda la instrucción —en espacial religiosa y moral— que ha impregnado una larga vida, no diré perfectamente, ni como debiera ser, ya que, por justicia a la memoria de aquélla a la que reverencio, si en el curso de mi vida ha habido alguna imperfección o desvío de lo que me enseñó, la culpa es mía y no suya.

Por mi madre y otras relaciones con el sexo femenino, las de hermana, esposa e hija, amar y reverenciar al sexo femenino ha sido la perpetua instrucción de mi vida, y con el fin de llevar ese sentimiento de amor y reverencia a su mayor grado de perfección, no conozco nada mejor adaptado en la sociedad humana para producir tal resultado que las instituciones del tipo a la que ahora me dirijo.

Como he dicho, me han enseñado, a lo largo de mi vida, a amar y reverenciar al sexo femenino, pero también me han enseñado —y esa lección tal vez se ha impreso en mi espíritu incluso con mayor fuerza que la otra— a

no halagarlo. No es inusual en el trato del hombre con el otro sexo —y en especial con las jóvenes— pensar que el halago es la manera de ganar el corazón de las damas. Creo que el deber del hombre es amar y reverenciar al otro sexo, *pero no halagarlo*, y esto es lo que diría aquí a las jóvenes damas, si ellas y otras presentes me lo permiten, con toda la autoridad que casi ochenta años pueden tener para las que aún no han llegado a los veinte; les diría lo que sin duda se dicen a sí mismas y se les enseña aquí: no entender el halago de los hombres como prueba de perfección.

Sin embargo, me temo que ahora asumo un carácter que en gran medida no me corresponde exactamente. Concluyo, por tanto, señora, asegurándole que la recepción que me ha tributado me ha afectado, como es evidente, más allá de lo que puedo expresar con palabras y que ofreceré mis mejores oraciones, hasta mi última hora, al Creador de todos nosotros, para que esta institución, en especial, y otras similares, concebidas para formar el espíritu femenino en la sabiduría y la virtud, prosperen hasta el final del tiempo.

Será interesante añadir aquí el retrato de la madre del señor Adams, trazado por su esposo, el primer John Adams, en una carta familiar[75] escrita antes de su muerte:

He reservado para el final la vida de lady Russell. No la he leído porque la leí hace más de cuarenta años. A esto se refiere una historia que deberías conocer y comunicar a tus hijos. Compré el volumen de la vida y cartas de lady Russell en 1775 y se lo envié a tu abuela, con la expresa intención y deseo de que lo considerase un espejo en que mirarse, ya que, en aquel momento, consideré muy probable, por la atrevida y peligrosa carrera que estaba decidido a seguir, que algún día se encontraría ella misma en la situación de lady Russell, con un marido sin cabeza. Esta dama era más hermosa que lady Russell, tenía un genio más brillante, mejor información, un gusto más refinado y era, al menos, su igual en las virtudes del corazón; igual fortaleza y firmeza de carácter, igual resignación ante la voluntad del cielo, era igual en todas las virtudes y gracias de la vida cristiana. Como lady Russell, nunca, de palabra o gesto, me disuadió de correr todos los riesgos por la salvación de las libertades de mi país; deseaba compartirlos conmigo y que sus hijos los compartieran con ambos, con todas las peligrosas consecuencias que habría que afrontar.

[75] *Diario y correspondencia de la señorita Adams*, vol 1, p. 246. [Nota de Fuller.]

¿Podría una mujer que busque el halago o una excitación gratuita, que derroche la flor de su espíritu en sentimientos pasajeros, ser amada con un amor similar, cuando una prueba de cincuenta años le ha conferido los privilegios de las "bodas de oro"?

Tal era el amor del guerrero de la mano de hierro por ella, que no fue su criada, sino su compañera:

"Aquél a quien Dios ama, le concede tal esposa".

Cuanto quiero en esta relación lo encuentro en los dos epítetos con los que Milton hace que Adán se dirija a *su* esposa.

En el trato de cada día empieza:

Hija de Dios y del hombre, *consumada* Eva.[76]

En un momento de sentimiento más intenso:

Hija de Dios y del hombre, INMORTAL Eva.

[76] Véase el Apéndice H. [Nota de Fuller.]

¡Qué majestad en la cadencia del verso, qué dignidad, qué reverencia en la actitud, tanto de quien da como de quien recibe!

Nadie se dirigirá así a una mujer que permita en su vida la aleación de la vanidad, una mujer que viva en el halago, grosero o refinado. No *será* inmortal en lo que concierne a su voluntad y, en tal caso, creará un miasma de extensión indefinida. La mano que arroja a las aguas de la vida una piedra de ofensa no sabe lo lejos que pueden extender su agitación los círculos causados.

No hace mucho me hallaba en uno de los lugares públicos más de moda. Vi allí a mujeres vestidas sin consideración a la estación o las exigencias del lugar, por mímica o, según parecía, por mofa de la moda europea. Veía cómo sus ojos cortejaban incansables la atención. Veía la manera en que se las pagaba, el estilo de la devoción, casi una burla descarada, que a esas damas les agradaba recibir de parte de los hombres cuya expresión indicaba una posición inferior en el mundo moral e intelectual. Esas mujeres se iban a dormir con la cabeza llena de locura, con sus corazones llenos de celos o de vanidad gratificada; los hombres, con la opinión inferior confirmada que albergaban sobre las mujeres. Esas eran *damas* americanas, es decir, de las que tienen riqueza y ocio a su disposición durante el día y conceden favores a los demás. Eran de ésas cuya posesión de ventajas exteriores supone un pernicioso ejemplo para la mayoría, si tales ventajas son desperdiciadas.

Poco después me encontré en un círculo de mujeres consideradas por la sociedad entre las más degradadas de su sexo. "¿Cómo llegasteis aquí?", les pregunté, ya que la sociedad que había visto antes las había encerrado en prisión. No era difícil señalar las causas: amor al vestido, amor al halago, amor a la excitación. No tenían vestidos como las otras mujeres, así que los robaban; no podían pagar el halago con distinciones y con la dote de un matrimonio mundano, así que lo pagaban con la profanación de sus personas. En la excitación, buscada con mayor locura cada día, ahogaban la voz de la conciencia.

Ahora os pregunto, hermanas mías, si las mujeres de la casa de moda no eran responsables de esas mujeres que estaban en prisión.

En cuanto a la posición en el mundo del alma, podríamos suponer que era más favorable la de las mujeres en prisión, tanto porque desperdiciaban menos luz como porque la soledad y la pena habían llevado a algunas de ellas a sentir la necesidad de una vida mejor, más próxima a la verdad y el bien. Como efecto de las circunstancias, no era un mérito suyo, pero resultaba esperanzador. Vosotras, amigas mías (a algunas de las cuales ya os conozco), consagraos, sin esperar al reproche, con amor libre y energía íntegra, a ganar y difundir una vida mejor. Ofreced en el altar belleza, talento, riquezas; así mantendréis inmaculados vuestros corazones y seréis ángeles para los demás, de manera visible o invisible.

A las mujeres que aún no se han planteado esto, les pediría que lo hicieran. No os olvidéis de las desgraciadas que no se atreven a cruzar vuestro camino protegido. Si no os resulta adecuado actuar con las que han organizado medidas de reforma, no os consideréis excusadas de actuar en privado. Buscad a esas mujeres degradadas, dadles tierna simpatía, consejo, trabajo. Ocupad el lugar de las madres que podrían haberlas salvado en principio.

Aunque sea poco lo que hagáis por las desterradas del mundo y los esfuerzos mejores hayan fracasado a menudo, por falta de fuerza en las infelices para soportar el aguijón de la vergüenza y los prejuicios del mundo, que las llevan de nuevo a buscar el olvido en su vieja excitación, al menos dejaréis el sentido del amor y la justicia en sus corazones que impedirá que las embargue por completo la amargura y la corrupción, y aprenderéis los medios para prevenir a las que aún no han sido injuriadas. Los hallaréis en la difusión de una cultura espiritual, gustos sencillos, aprendidos con vuestro ejemplo, un

genuino respeto por sí mismas y, sobre todo, la influencia que el hombre tiende a ocultar a la mujer, el amor y temor de un tribunal divino, antes que humano.

Suponed que salváis a muchas que han perdido su inocencia corporal (pues la pérdida de la espiritual resulta incalculablemente más general) por mera vanidad y locura; aún quedarán muchas, la presa y despojo de las brutales pasiones del hombre. Las frecuentes historias en nuestros periódicos avergüenzan más que las de la antigüedad y compiten con los horrores de la guerra.

En cuanto a esto, debe considerarse que, si la vanidad y propensión a la seducción de las mujeres encerradas representaba una degradación general en su sexo, tales actos indican otra aún mayor en el sexo masculino. Si es natural que, porque muchas son débiles, otras tantas se pierdan, donde los legisladores admiten que diez mil prostitutas por ciudad es una proporción justa y los maridos dicen a sus mujeres que es una locura esperar la castidad de los hombres, es inevitable que haya muchos monstruos del vicio.

Debo mencionar en este lugar con respeto y gratitud la conducta de la señorita Child en el caso de Amelia Norman.[77] La acción y las palabras de esta dama fueron realmente nobles; ni la costumbre ni los reparos la apartaron de su deber hacia una hermana ofendida. Mostró el caso y los argumentos que el abogado iba a aducir contra la prisionera a su verdadera luz. Situó el caso sólo en el terreno de la religión y la equidad. Tuvo éxito en llamar la atención de aquéllos que antes se encogían de hombros y dejaban pasar el pecado como compañía necesaria de los hombres. Empezaron a preguntarse si la virtud no era posible, tal vez necesaria, tanto para el hombre como para la mujer. Empezaron a temer que la perdición de

[77] Lydia Maria (Francis) Child (1802-1880), novelista y abolicionista americana.

una mujer implicaba la de un hombre. Esto es una crisis. Los resultados de este caso serán importantes.

Al respecto debo mencionar a Eugène Sue, el novelista francés, varias de cuyas obras han aparecido entre nosotros recientemente, dotadas con el verdadero espíritu de reforma en cuanto a las mujeres. Como cualquier otro escritor francés, aún está corrompido por la transmisión del antiguo régimen. La falsedad podría permitirse para promover la verdad, el mal como camino hacia el bien. Ni siquiera George Sand, que pisotearía todo gracioso decoro y toda ley humana por una vida sincera, admite que la viola al hacer capaces a sus heroínas de mentir por una buena causa. Estos escritores franceses han de enfrentarse con la clara percepción del espíritu inglés y alemán, de que el único hombre bueno y, en consecuencia, el único buen reformador es:

> Quien basa el bien sólo en el bien y atribuye
> A la virtud todo triunfo logrado.

Sin embargo, Sue tiene el corazón de un reformador y, en especial con las mujeres, entiende lo que necesitan y las causas de su ofensa. Por las historias de Fleur de Marie y La Louve, por el carácter encantador e independiente de Rigolette, por la distorsión del espíritu de Matilda, por las ideas corrientes sobre el matrimonio y por el carácter verdaderamente noble e inmortal del "jorobado Semptress" en *El judío errante*, pueden colegirse muchas cosas que elucidarán la duda y guiarán la investigación en este tema. En la reforma, así como en la filosofía, los franceses son los intérpretes del mundo civilizado. Sus propias conquistas no son grandes, pero aclaran el pasado y derriban obstáculos para el futuro.

Observad que el buen hombre de Sue es tan puro como sir Charles Grandison.[78]

[78] Héroe de la novela *The History of Sir Charles Grandison* (1754), de Samuel Richardson (1689-1761).

A propósito de sir Charles, las mujeres están acostumbradas a que los hombres les digan que la reforma ha de provenir *de ellas*. "Vosotras", dicen los hombres, "debéis desaprobar el vicio, debéis rechazar las atenciones de los corruptos, no debéis someteros a la voluntad de vuestro esposo cuando os parezca indigna, sino dictar las leyes del matrimonio y redimirlo de sus actuales poluciones sensuales y mentales".

Esto nos resulta difícil de asumir. En efecto, los hombres han estado, durante más de cien años, tasando a las mujeres por sancionar el vicio, pero, al mismo tiempo, les han ocultado cuidadosamente su naturaleza, de manera que la preferencia mostrada a menudo hacia las mujeres por los hombres malos surge antes de la idea confusa de que son osados y aventureros, de que conocen regiones que a las mujeres les está prohibido explorar, y de la curiosidad que genera, que de un corazón corrompido en la mujer. En cuanto al matrimonio, se les ha inculcado a las mujeres durante siglos que los hombres tienen no sólo pasiones más fuertes que ellas, sino de tal especie que sería vergonzoso compartirlas o aun entenderlas; por tanto, que deben "confiar en sus maridos", es decir, someterse implícitamente a su voluntad, que la menor apariencia de frialdad o rechazo en la esposa, por cualquier causa, resulta malvada, porque es responsable de que los pensamientos de su marido incurran en una indulgencia ilícita, ¡ya que un hombre está constituido de tal modo que debe satisfacer sus pasiones o morir!

Según esto, gran parte de las mujeres considera a los hombres como una especie de bestias salvajes y "supone que todos son iguales"; las casadas aseguran a las solteras que "si conocieran a los hombres como ellas", es decir, por estar casadas con ellos, "no esperarían por su parte continencia o dominio de sí mismos".

Podría acumular ejemplos sobre este tema, extraídos de historias de las mujeres, que pasmarían y afligirían a todos los hombres pensativos, pero me abstengo de ello. Dejemos que

sir Charles Grandison predique a su propio sexo o, de lo contrario, quien se sienta capaz de hablar con autoridad por una vida incólume en voluntad o conducta, dejemos que quienes estén convencidos de la conveniencia y necesidad de una vida pura, tal como lo estaba el artista extranjero, aconseje a los demás y les avise con su propio ejemplo, si fuera necesario.

El siguiente pasaje de una escritora femenina sobre asuntos femeninos expresa una manera provechosa de pensar sobre esta cuestión:

> Puede ocurrir que una mujer joven, exenta de vanidad, decida tomar por esposo a un hombre que no despierta en ella una fuerte inclinación. Circunstancias imperiosas, el evidente interés de la familia o el peligro de padecer el celibato podrían explicar tal resolución. Sin embargo, si tuviera que esforzarse por superar una repugnancia personal, lo consideraríamos *poco juicioso*. Tal rebelión de la naturaleza marca el límite que la influencia de los padres o el autosacrificio de la joven nunca deberían sobrepasar. *Se nos dirá que esta repugnancia es cosa de la imaginación*; tal vez lo sea, pero resulta temerario desafiar al poder de la imaginación, y es más difícil conquistar su antipatía que su preferencia.[79]

Entre nosotros, la exhibición de tal repugnancia en una mujer que se había casado "por consejo de los amigos" fue considerada prueba suficiente de locura por un médico eminente. Habría estado más acertado si hubiera hablado de causa suficiente.

Los hombres que se han sentido dolidos al ver que otros malvados eran admitidos libremente en la compañía de mujeres modestas, y alentados al vicio por impunidad, con un efecto

[79] Madame Necker de Saussure. [Nota de Fuller.]

corruptor en la atmósfera de los hogares, han sugerido que debería haber un senado de matronas en cada ciudad y pueblo que decidiera qué candidatos habrían de ser admitidos en sus casa y en la sociedad de sus hijas.[80]

Este plan podría tener excelentes resultados, pero argumenta una dignidad y decisión moral que ya no existe, y debe inducirse a él por el conocimiento y la reflexión. Lo usual ha sido mantener a las mujeres ignorantes al respecto o, si no lo eran, ordenarles que debían parecerlo. "Es poco delicado", dice el padre o el esposo, "investigar el carácter privado de nadie. Basta que no le crea indigno de visitarte". Así, este hombre, que no toleraría estas páginas en su casa, "indignas de una lectura familiar", porque hablan claro, introduce en ella a un hombre que lleva la vergüenza grabada en su frente, así como el secreto a voces de toda la ciudad, y, en breve, si aún es *respetable* y lo bastante rico, le entrega a su hija por esposa. La madre finge ignorancia, pues "supone que no es peor que la mayoría de los hombres". La hija *es* ignorante; le extraña algo en el espíritu del nuevo esposo, pero supone que es la "suerte de la mujer" no ser por completo feliz en sus afectos; siempre oyó que "los hombres no podrían entender a las mujeres", así que llora a solas o se dedica al vestido y los deberes de la casa. El esposo, desde luego, no hace confesión alguna y no sueña con redimirse.

"En el corazón de toda mujer joven", dice la escritora antes citada a su esposo, "dependiendo de él, hay un fondo de ideas exaltadas; las oculta, las reprime, pero no logra sofocarlas. *En la medida en que estas ideas de tu esposa se dirigen a TI, son, sin duda, inocentes*, pero ten cuidado de que no las acompañe *demasiado* dolor. Por lo demás, respeta su delicadeza. Que todos los antecedentes de tu vida, si los hay, que puedan lastimarla, le sean ocultados; *su felicidad y su respeto por ti sufrirían por esta confianza extraviada.* Permítele retener esa

[80] Véase *Tasso*, de Goethe: "Un sínodo de buenas mujeres debería decidir" (si volviéramos a la edad de oro). [Nota de Fuller.]

flor pura *que la distinguirá a tus ojos de cualquier otra mujer*". Así deberíamos creerlo, en verdad, según este canon. Ese hombre debía considerar la pureza algo exótico que sólo podría preservarse con el mayor cuidado. ¡Que cada uno juzgue por sí mismo el grado de intimidad espiritual posible en tal matrimonio!

Al respecto, que cada mujer que haya empezado a pensarlo se examine a sí misma, que vea si no supone la virtud posible y necesaria en el hombre y si no desearía para su hijo una virtud que resultara idónea para una vida divina e implicara, si no el ascetismo, ese grado de poder sobre la condición inferior que "no extermina las pasiones, pero las pone a los pies de la razón". Las pasiones, como el fuego, son un mal maestro, pero si las confináis al hogar y al altar dan vida a la economía social y vuelven celestial todo sacrificio.

Cuando muchas mujeres hayan pensado en esto, algunas serán idóneas para el senado, y el ejercicio de tal senado influiría en la moral del mundo civilizado.

Ahora me dirijo a las jóvenes. Como preparatoria para el senado, me gustaría ver una sociedad de novicias tal como el mundo aún no ha conocido, no sujetas a juramento alguno, sin insignias. En lugar de un juramento deberían tener una fe religiosa en la capacidad del hombre para la virtud; en lugar de una insignia, deberían llevar en el corazón la firme resolución de no defraudar el destino que se le promete como hijo de Dios. Su servicio debería residir en la acción y en una actitud conservadora, no de los viejos hábitos, sino de una naturaleza mejor, iluminada por las esperanzas que brillan cada día más.

Si el pecado ha de permanecer en el mundo, no habrá de ser por su connivencia o por la concesión momentánea a sus exigencias.

Deberán socorrer a los oprimidos y pagar al justo la debida reverencia en el culto a los héroes por la emulación. No denunciarán a los deliberadamente malos, pero no podrán estar

con ellos, pues las dos clases no pueden respirar en la misma atmósfera.

No consentirán en que las detengan el contemporizador, el mundano y el tímido.

No podrán amar placeres que no sean inocentes y produzcan un buen fruto.

En un periódico extranjero vi el nombre dado ahora a un partido, "Los Exaltados".[81] Éste sería el nombre que el mundo darían ahora a estos jóvenes: Los Exaltados, Las Exaltadas; el mundo no siempre los despreciaría, ya que de ellos resultaría una virtud por la que él, por fin, también sería exaltado.

Tengo a la vista a un par de jóvenes a las que considero el núcleo de esa clase. Ambas son muy jóvenes, aún no están contaminadas, tienen aspiraciones pausadas, son reflexivas, capaces de profundo afecto, de fuerte naturaleza y dulces sentimientos; ambas son capaces de un amplio desarrollo espiritual. Residen en diferentes regiones de la tierra, pero su lugar en el alma es el mismo. Las miro, tal vez, como heraldos y líderes de una nueva época, porque nunca he conocido espíritus tan verdaderamente virginales, sin estrechez o ignorancia.

Cuando los hombres quieren mujeres que los rediman, se refieren a tales doncellas, pero éstas no se forman fácilmente bajo las actuales influencias de la sociedad. Cuantos más hombres jóvenes contribuyan a dar un nuevo tono, más doncellas de esta clase habrá.

El novelista inglés, D'Israeli,[82] presenta en su novela *El joven duque* a un hombre de la peor calaña redimido por una mujer que le desprecia cuando sólo tiene la brillante máscara de la fortuna y la belleza para cubrir la pobreza de su corazón y su

[81] Partido político de los liberales españoles. En castellano en el original.

[82] Benjamin Disraeli (1804-1881), estadista inglés y autor de la novela autobiográfica *The Young Duke* (1831).

cerebro, pero que sabe cómo animarle cuando se enmienda. Sin embargo, esta mujer había sido educada por un padre que valoraba el carácter en las mujeres.

De vez en cuando aparecerá una que, tal como espero de mi joven Exaltada, sirva de ejemplo e instrucción para las demás. No fue la opinión común de la mujer entre los judíos que formaron el carácter de la madre de Jesús.

Puesto que los corredizos y reincidentes hombres de mundo, no menos que los místicos, declaran que, tal como el hombre se perdió por la mujer, por la mujer debe redimirse, la hora debe estar muy cerca. Así ha de ser, cuando se la conoce, en efecto, como "consumada" y, más aún, como "inmortal Eva".

Como inmortal, también debe conocer e inspirar amor inmortal, una felicidad con la que no ha de soñarse bajo las circunstancias mencionadas en la última cita. ¡Si el amor se basa en el ocultamiento, entonces desaparecerá cuando el alma entre en la escena de la visión clara!

Y, sin esta esperanza, ¡qué inútil todo plan, todo vínculo, todo poder!

"Los gigantes", dice la saga escandinava, "han inducido a Loke (el espíritu que se cierne sobre el bien y el mal) a robar para ellos a Iduna (diosa de la inmortalidad) y sus manzanas de oro puro. Él la sedujo prometiendo que le enseñaría, en un maravilloso árbol que había descubierto, manzanas tan hermosas como las suyas, con tal de que le acompañara. Así, tras conducirla más allá del dominio celestial, la atrapó y la llevó cautiva a los poderes del desorden".

Como los dioses no podían encontrar ahora a Iduna, se afligieron y, en efecto, comenzaron a envejecer y agrisarse. Surgieron disputas y el amor se enfrió. Odur, esposo de la diosa del amor y la belleza, se marchó y no regresó. Por fin, sin embargo, los dioses, descubierta la traición de Loke, le obligaron a sacar a Iduna de la prisión en la que gemía. Se convirtió en halcón

y la trajo como una golondrina, perseguida con fiereza por el rey gigante, con forma de águila. Así pues, ella se esfuerza por volver entre nosotros, ligera y pequeña como una golondrina. Debemos dar la bienvenida a su forma como la mota en el cielo que garantiza el alegre azul del verano. Sin embargo, una golondrina no hace verano. ¡Pidámoslas a bandadas!

Volviendo del futuro al presente, veamos qué formas adopta Iduna cuando se mueve por la pendiente de los siglos hasta el valle donde la flor puede concentrar toda su fragancia.

Parecería que este momento no se hallara cerca de quien está recién salida de los libros, como yo, que he estado no *leyendo*, no, sino suspirando. Mis amigos me han enviado un montón de libros desde que supieron que estaba ocupada en esto, sobre la "esfera" de la mujer, la "misión" de la mujer y el "destino" de la mujer, y creo que tengo a la vista casi todo aquello a lo que alcanza el precepto formal. Entre aquéllos he leído con alivio uno breve titulado *Todo el deber de la mujer*, "compuesto por una dama noble a petición de un señor noble",[83] con tanta nobleza que adopta un punto de vista religioso. Pretende que la mujer sea apropiada para el cielo, cuando el sesgo principal de la mayoría de los otros libros consiste en que agrade o, al menos, no moleste al esposo.

Selecciono como ejemplo favorable el libro que ya he citado, *El estudio de la vida de una mujer*, de madame Necker de Saussure, de Ginebra, traducido del francés".[84] Este libro se publicó en Filadelfia y ha tenido una gran acogida aquí. Madame Necker es la prima de madame de Stäel y ha tomado de sus obras el lema con que ésta empieza:

[83] La obra, de William Kenrick (1725-1779), se publicó en América en 1783.

[84] Parece que el título está incorrectamente traducido del francés. No he visto el original. [Nota de Fuller.] Se trata de *L'Éducation progressive; ou, Étude du tours de la vie, par Mme. Necker de Saussure* (1828-1832).

"Cette vie n'a quelque prix que si elle sert à l'éducation morale de notre cœur".

Mme. Necker es, por naturaleza, capaz de mantener la coherencia por completo en la aplicación de este lema y, por tanto, las calificaciones que elabora en las instrucciones dadas a su propio sexo muestran forzosamente el peso que aún paraliza y distorsiona sus energías.

El libro abunda en pasajes marcados por el sentimiento y las buenas sugerencias, pero, tomado en conjunto, la impresión que deja es ésta:

La mujer es, y *seguirá siendo* inferior al hombre y estará sometida a su voluntad; al tratar de ayudarla, hemos de evitar afanosamente lo que pueda malinterpretarse como expresión de la opinión contraria, para que los hombres no se alarmen y se unan con el fin de derrotar nuestros esfuerzos.

El presente es un buen momento para tales esfuerzos, ya que los hombres se ocupan menos de las mujeres que antes. Aprovechemos, pues, la oportunidad, y hagamos lo que podamos para que nuestra suerte sea tolerable. Sin embargo, debemos evitar diligentemente adentrarnos en el territorio del hombre. Si estudiamos historia natural, nuestras observaciones pueden resultar útiles para algunos naturalistas masculinos; si dibujamos bien, podemos prestar un servicio aceptable a los artistas, pero nuestros nombres no deben conocerse y, para llevar estos trabajos a algún fin, debemos asumir que un hombre sea nuestra cabeza, y ser sus manos.

La suerte de la mujer es triste. Está constituida para esperar y necesitar una felicidad que no puede existir en la tierra. Debe sofocar tales aspiraciones en su corazón secreto y conformarse, tanto como pueda, con una vida de resignaciones y consuelos.

Se sentirá muy sola mientras viva con su esposo. No debe esperar abrirle su corazón por completo o que, tras el matrimonio, sea capaz del refinado servicio del amor. El hombre no

ha nacido para la mujer, sino la mujer para el hombre. "Los hombres no pueden comprender el corazón de las mujeres." La vida de la mujer debe ser exteriormente bien intencionada, alegre disimulo de su vida verdadera.

Naturalmente, el sentimiento de la madre, cuando nace una niña, se parece al de la mujer paraguaya, tal como Southey la describe, lamentando en tono desgarrador no haberla matado en el momento en que nació: "Su madre, que sabía lo debía ser que la vida de una mujer"; o al de esas mujeres vistas por sir A. Mackenzie,[85] que llevaban a cabo este piadoso deber con las niñas a la menor oportunidad.

> Tras el placer inicial, la joven madre experimenta sentimientos diferentes, según se le anuncie el nacimiento de un hijo o de una hija.
>
> ¿Es un hijo? Con este pensamiento, una especie de gloria inunda el corazón de la madre; parece sentir que tiene que estar agradecida. Se le ha dado un ciudadano, un defensor de su país; un heredero del nombre de su esposo, un protector de ella misma. Sin embargo, el contraste de todos estos hermosos títulos con este ser, tan humilde, la impresiona. Al contemplar el aspecto de este frágil tesoro, sentimientos opuestos agitan su corazón; parece reconocer en él *una naturaleza superior a la suya propia*, pero sometida a una condición inferior, y honra a la futura grandeza en el objeto de su extrema compasión. Algo de ese respeto y adoración por el débil niño, que se expresa en los rasgos de la feliz María de algunos hermosos cuadros, parece reproducida en la joven madre que ha dado a luz a un hijo.
>
> ¿Es una hija? Por lo general, hay un ligero lamento, tan profundamente arraigada está la idea de la superioridad del hombre en felicidad y dignidad, y, sin embargo, cuando contempla a su hija, se *enternece* cada vez más por ella; una profunda simpatía, un sentimiento de identidad con este delicado ser se apodera de ella; una extrema piedad por tanta debilidad, una más apremiante necesidad de rezar punza su corazón. Sean cuales sean las penas que sienta, teme por su hija, pero la guiará para que sea más sabia, mejor que ella misma. Y entonces llega el turno de la jovialidad, la frivolidad de la mujer joven. Esta criaturita es una flor para cultivar, una muñeca decorativa.

[85] Alexander Mackenzie (1755-1820), explorador escocés.

Con no poca frecuencia he oído a las madres expresar una tristeza similar por el nacimiento de una hija.

Respecto a este vivir por completo para los hombres, debo pensar que, cuando les fue propuesto a las mujeres, sintieron, al menos, cierto destello del viejo espíritu de razas aliadas a la nuestra. Si ha de ser mi prometido *y señor*, clama Brunhilda,[86] en primer lugar debe ser capaz de atravesar el fuego y el agua. Sólo serviré en el banquete, dice la Valquiria, a aquél que, en el combate mortal, se haya portado como un héroe.

¡Si las mujeres han de ser esclavas, que lo sean de hombres superiores a las mujeres en fortaleza, en aspiraciones, en poder moral, en el sentido refinado de la belleza! Vosotras, las que os entregáis para "que os mantengan" o porque "se debe amar algo", sois las que marcáis la suerte de vuestro sexo, de modo que las madres se entristecen cuando tienen hijas.

Marca el estado de sentimiento sobre esta cuestión la amarga censura que recaía sobre la mujer que tenía influencia sobre otras más jóvenes que ella: "¡Consigue que aquellas muchachas quieran ver héroes!".

[86] Véase el *Cantar de los Nibelungos*. [Nota de Fuller.]

"¿Y les hará algún mal?"

"Por supuesto. ¿Cómo *puedes* preguntarlo? Nunca encontrarán uno, y nunca contraerán matrimonio."

"Casarse" es la frase usual, la que indica correctamente el pensamiento, pero los interlocutores, en esta ocasión, eran personas de aspecto demasiado refinado para usarla. Se avergonzaban de la palabra, no de la cosa. Madame Necker, sin embargo, ve que hay un bien posible en el celibato.

En efecto, no conozco otra manera mejor de ilustrar el tema que separar el grano de la paja en el libro de madame Necker; haced dos montones y luego dejad que el lector elija; dadle en primer lugar una lente de aumento para que examine los dos; podría ser una lente cristiana, astronómica o artística, una buena lente que mitigue los defectos adquiridos por la vista. Apostaría cualquier cosa por el resultado.

Sin embargo, el tiempo no permite aquí un análisis prolongado. He dado las pistas para descubrir los errores.

Como ejemplo de lo bueno tomad el pasaje siguiente sobre los fenómenos de los que ya he hablado, como el elemento lírico o eléctrico en la mujer:

> Se ha visto que las mujeres actuaban como poetas en las escenas de pantomima, cuando las pasiones estaban bellamente pintadas, y estos poetas usaban un lenguaje desconocido para ellos mismos y, una vez acababa la representación, su inspiración era un sueño olvidado. Sin duda, hay un desarrollo interior en seres así dotados, pero su único modo de comunicación con nosotros es su talento. Son, en todos los aspectos, habitantes de otro planeta.

Similares observaciones han sido hechas por quienes han presenciado velatorios irlandeses o las ceremonias funerales de la Grecia o Bretaña moderna, en momentos en que la excitación impulsaba el genio, pero, en apariencia, sin pensar en que estos raros poderes pertenecieran a otro planeta, sino como un

elevado desarrollo del crecimiento de éste, que, con un sabio y reverente trato, podrían informar y embellecer las escenas de cada día. Sin embargo, así ocurrirá cuando la mujer tenga su oportunidad, y el poema de la hora rivalizará con el de las épocas. Llego ahora con satisfacción a mi propio país, y a una escritora a la que he elegido por ser la más clara, sabia y grata al usar la pluma, hasta el momento, en estos asuntos. Se trata de la señorita Sedgwick.[87]

La señorita Sedgwick, aunque se inclina por la senda privada y desea que, mediante el cultivo del carácter, el poder vindique el derecho, no ve límites en parte alguna y sus objetivos y estímulos son puros. Son el libre y cuidadoso cultivo de los poderes que se le han confiado con el propósito de la perfección moral e intelectual. Su discurso es moderado y firme, pero nunca se paraliza por el temor o la cautela escéptica.

Siendo ella misma un hermoso ejemplo de la existencia independiente y beneficiosa que la inteligencia y el carácter pueden proporcionar a la mujer, no menos que al hombre, con tal de saber cómo buscarlo y apreciarlo, y también de que la inteligencia no absorba o debilite, sino que refine y vigorice los afectos, las enseñanzas de su buen sentido práctico llegan con gran fuerza y no pueden dejar de ser muy beneficiosas. Sus escritos me agradan, en cualquier caso, tanto por los medios como por los fines. Me agrada la insistencia que pone en la observancia de las leyes físicas porque se da la verdadera razón. Sólo en un cuerpo fuerte y limpio puede el alma elaborar su menaje de manera adecuada.

Muestra el sentido del respeto que merece la pulcritud personal en la forma indispensable de la limpieza y de ese amor al orden y la composición que deben surgir de una auténtica armonía de sentimiento.

---

[87] Catherine Maria Sedgwick (1789-1867), escritora americana, autora de la popular novela *Hope Leslie*.

Las alabanzas del agua fría me parecen una señal excelente de la época. Denotan una tendencia a la vida verdadera. Ahora vamos a tener, como remedio de las enfermedades, no opio o cualquier falsa medicina, sino mucho aire y agua, con la debida atención al calor y la libertad en el vestir y a la sencillez de la dieta.

Cada día observamos señales de que los sentimientos naturales sobre estos temas están a punto de restaurarse y de que se exige que el cuerpo sea la morada y el órgano del alma, no la herramienta de un trabajo servil o el objeto de la satisfacción voluptuosa.

Una mujer pobre que había pasado por los grados inferiores de la ignominia, parecía creer que no se había perdido por completo "porque", decía, "siempre llevaba buena ropa interior". En efecto, ¿quién podría dudar de que eso denotaba los vestigios de un respeto por sí misma en el espíritu?

Una mujer de gran inteligencia dijo "que podría resultar infantil, pero que, para ella, una de las señales más favorables de la época era que las mujeres se habían decidido a renunciar al corsé".

¡Sí! Renunciemos a todos los medios artificiales de distorsión. Que la vida sea saludable, pura, toda de una pieza. La señorita Sedgwick, al enseñar que las criadas debían tener los mismos medios para bañarse que sus señoras, y también tiempo para bañarse, ha simbolizado uno de los derechos humanos más importantes.

Otra señal interesante de la época es la influencia ejercida por dos mujeres, la señorita Martineau y la señorita Barrett, desde sus dormitorios. La lámpara de la vida que, si hubiera sido alimentada sólo por los afectos, dependientes de precarias relaciones humanas, apenas habría sido capaz de mantener un débil resplandor en la prisión solitaria, ahora brilla sobre las naciones, alegrando a los compañeros sufrientes y santificando el goce de los sanos.

Estas personas no necesitan salud o juventud, o los encantos de la presencia personal, para que sus pensamientos sean beneficiosos. Con algunas más, una vieja ya no será sinónimo de imbecilidad,[88] una solterona no será un término despreciativo y no se hablará de la mujer como de una caña agitada por el viento.

Es el momento, en efecto, de que los hombres y las mujeres dejen de crecer de cualquier modo que no sea aquél en que lo hace el árbol, lleno de gracia y honor. El cabello del artista encanece, pero sus ojos se vuelven más brillantes que nunca y sentimos que la edad le lleva a la madurez, no a la decadencia. Así ocurriría con todos los brotes de renovación inmortal, no sellados dentro del alma, los cuales, a semejanza de estas mujeres, verían, desde la ventana de la habitación solitaria, las glorias del universo, o, encerrados en la oscuridad, recibirían la visita de los ángeles.

Vuelvo ahora a mi propio lugar y época y, mientras escribo, ocurren acontecimientos que amenazan la hermosa fábrica a la que nos acercamos por tan larga avenida. Hace dos semanas se pedía al gentil que ayudara al judío a volver a Palestina, porque el milenio, el reino del Hijo de María, se aproximaba. Precisamente ahora, en misa elevada y solemne, se dio las gracias a la Virgen por la liberación de O'Connell[89] de su injusta prisión en represalia por haber consagrado a ella la liga formada en nombre de la libertad en Tara's Hill. Sin embargo, la semana pasada llegaron noticias que amenazan con que una causa idéntica a la liberación de los judíos, de los irlandeses, de las mujeres y, ay, de los americanos en general, se halla también en peligro, porque la elección del pueblo amenaza con remachar las cadenas de la esclavitud y la letra del pecado permanentemente en esta nación por medio de la anexión de Texas.

---

[88] Se cita un pasaje apropiado en el Apéndice F. [Nota de Fuller.]

[89] Daniel O'Connell (1775-1847), líder nacionalista irlandés.

Ah, si esto tuviera lugar, ¿quién se atrevería a sentir de nuevo el latido de la esperanza celestial en cuanto al destino de este país? El noble pensamiento que dio unidad a todo nuestro conocimiento, armonía a nuestros propósitos —el pensamiento que trajo el progreso de la historia a nuestra época, el tejido de las profecías que señalaban el lugar donde la humanidad al fin iba a tener la oportunidad justa de conocerse, y en que todos los hombres serían libres e iguales ante el vuelo del águila— revolotea como si fuera a abandonar el pecho que, privado de él, ya no tendrá nación ni casa en la tierra.

Mujeres de mi país, Exaltadas, si es que las hay, mujeres de la nobleza, vieja nobleza inglesa, que comprenden el coraje de Boadicea, el sacrificio de Godiva, el poder de la reina Emma para pisar indemne el hierro al rojo vivo. Mujeres que comparten la naturaleza del señor Hutchinson, de lady Russell y de las madres de nuestra Revolución: ¿no tenéis nada que ver con esto? Veis que los hombres están deseosos de vender sin escrúpulos la felicidad de incontables generaciones de compañeras, el honor de su país y sus almas inmortales por el mercado monetario y el poder político. ¿No sentís dentro de vosotras lo que puede condenarlos, lo que puede frenarlos, lo que puede convencerlos? No hablaríais en vano, ya fuera cada una en su casa o agrupadas al unísono.

Decid a estos hombres que no aceptaréis las burbujas resplandecientes, las moradas espaciosas y el servicio abundante que tratan de ofreceros a través de estos medios. Decidles que el corazón de las mujeres exige nobleza y honor en el hombre y que, si no tienen pureza, si no tienen misericordia, ya no son vuestros padres, amantes, maridos, esposos, hijos.

Ésta causa es la vuestra porque, como he dicho antes, hay un motivo por el que los enemigos de la esclavitud africana desean mayor libertad para las mujeres, pero no lo pongáis en este terreno, sino en el del derecho.

Si tenéis un poder, es un poder moral. Las capas del interés no os aprietan tanto a vosotras como a los hombres. Con tal

de pensar desearéis salvar el país de esta desgracia. No dejéis pasar la ocasión, haced algo para levantar la maldición que pesa sobre Eva.

Habéis oído a las mujeres comprometidas en el movimiento abolicionista acusadas de osadía porque elevaban la voz en público y levantaban el pestillo al extraño, pero, ¿eran estos actos, llevados a cabo, o no, juiciosamente, *tan* osados como para atreverse ante Dios y el hombre a participar de los frutos de una ofensa como ésa? Oís hablar de la modestia de vuestro sexo. Preservadla llenando el espíritu de nobles deseos que os protegerán de las corrupciones de la vanidad y el ocio. Una mujer libertina que abandonó los lugares acostumbrados y se puso a servir en una pensión de Nueva York, dijo "que nunca había oído una charla tan vil en Five Points como la de las damas de la pensión". ¿Y por qué? Porque estaban ociosas, porque, sin tener nada digno en que ocuparse, se regodeaban con curiosidad morbosa en el mal que no se atrevían a ver. No ofenderá tanto a vuestra modestia que los irreflexivos asocien vuestro nombre a la culpa ociosa como el peso sobre vuestra alma de no haber intentado salvar a toda la raza de las mujeres del desprecio del que es objeto *su* modestia.

¡Pensadlo bien! Os lo ruego, os conjuro, antes de que sea demasiado tarde. Creo que las mujeres podrían hacer algo eficaz con tal de considerar el asunto y abordarlo con un espíritu sincero, un espíritu gentil, pero firme, que no temiera la ofensa de nadie salvo de Aquél que tiene los ojos demasiado puros para contemplar la iniquidad.

Y ahora he diseñado esquemáticamente, si no por completo, la corriente que siempre fluye de lo alto de mi pensamiento.

Me dijeron que en mi primer tratado no había aclarado suficientemente lo que quería decir. En éste, en consecuencia, he tratado de ilustrarlo de varios modos y puedo haber pecado de redundante. Sin embargo, como no quiero dejar lugar a dudas, intentaré trazar, una vez más, el alcance de mi propósito por puntos, como se hacía en los antiguos sermones.

El hombre es un ser de relaciones dobles, con la naturaleza por debajo y con las inteligencias por encima de él. La tierra es su escuela, si no su lugar de nacimiento; Dios es su objeto; la vida y el pensamiento, sus medios para interpretar la naturaleza y aspirar a Dios.

Sólo una fracción de este propósito se cumple en la vida de un hombre. Su entero cumplimiento ha de esperarse de la suma de las vidas de los hombres o del hombre considerado como un todo.

Como este todo tiene un alma y un cuerpo, cualquier ofensa u obstrucción a una parte o al miembro más pobre, afecta a todo. El hombre no puede ser perfectamente feliz o virtuoso hasta que todos los hombres lo sean.

Para dirigiros al hombre sabiamente, no debéis olvidar que su vida es en parte animal, sometida a las mismas leyes de la naturaleza.

Pero no podréis dirigiros sabiamente a él a menos que le consideréis aún más como un alma y apreciéis las condiciones y el destino del alma.

El crecimiento del hombre es doble. Masculino y femenino.

En la medida en que estos dos métodos pueden distinguirse son:

Energía y armonía.
Poder y belleza.
Inteligencia y amor.

Podría darse otra ruda clasificación, ya que no tenemos un lenguaje lo bastante primitivo y puro para expresar estas ideas con precisión.

Se supone que estos dos aspectos han de expresarse en el hombre y en la mujer, es decir, más o menos, ya que las facultades no les han sido otorgadas en estado puro, sino sólo de manera preponderante. También hay numerosas excepciones, como hombres con más belleza que poder, y al contrario, pero, por

regla general, parece que la intención ha sido conferir preponderancia a un lado, que se llama masculino, y al otro, que se llama femenino.

No puede haber duda de que, si estos dos desarrollos estuvieran en perfecta armonía, se corresponderían y satisfarían entre sí, como hemisferios, o como el tenor y el bajo en la música.

Pero no hay armonía perfecta en la naturaleza humana, y las dos partes se responden una a otra sólo de vez en cuando o, si hay una consonancia persistente, sólo puede establecerse a largos intervalos, en lugar de mantener una obvia melodía.

¿Cuál es la causa de esto?

El hombre, en el orden del tiempo, se desarrolló en primer lugar, así como la energía viene antes que la armonía, el poder antes que la belleza.

La mujer estaba, por tanto, como bajo el cuidado de un mayor. Él podría haber sido su guardián y profesor.

Pero como la naturaleza humana no sigue un camino recto, sino un curso ondulado por acción excesiva y luego reacción, el hombre malentendió y abusó de sus ventajas y se convirtió en su maestro temporal antes que en su señor espiritual.

En él recayó el castigo. Educó a la mujer más como una sierva que como una hija y se encontró como un rey sin reina.

Los hijos de esta unión desigual mostraron desiguales naturalezas y los hombres parecieron cada vez más hijos de criada que de princesa.

Por fin hubo tantos ismaelitas que los otros se hallaban asustados e indignados. Culparon a Agar y la expulsaron al desierto.

Pero no hubo por ello menos ismaelitas.

Por fin, los hombres se hicieron algo más sabios y vieron que el niño, Moisés, se salvó en todo caso por los instintos puros de un pecho de mujer. Porque, como demasiada adversidad es

mejor para la naturaleza moral que demasiada prosperidad, la mujer, al respecto, se retrajo menos que el hombre, aunque en otros aspectos fuera aún como una niña.

Así, el hombre fue cada vez más justo con ella, cada vez más amable.

Sin embargo, como sus hábitos y su voluntad estaban corrompidos por el pasado, no veía con claridad que la mujer era su propia mitad, que sus intereses eran idénticos a los suyos y que, por la ley de su ser común, nunca podría alcanzar sus verdaderas proporciones mientras ella siguiera privada de las suyas.

Y así ha seguido todo hasta hoy, con el desarrollo de ambas ideas, aunque más lento de lo que lo hubiera sido bajo un reconocimiento más claro de la verdad y la justicia, que habría permitido a los sexos su debida influencia entre sí y su mutua mejora por relaciones más dignificadas.

Donde había puro amor, las influencias naturales se restauraban por el momento.

Donde el poeta o artista daba libre curso a su genio, veía la verdad y la expresaba en formas dignas, porque estos hombres compartían y necesitaban en especial el principio femenino. Los pájaros divinos se introducen en la vida y el canto por sus madres.

Donde la religión (me refiero a la sed de verdad y bien, no al amor de la secta y el dogma) seguía su curso, el propósito inicial se aprehendía en su sencillez y la paloma presagiaba dulcemente el roble de Dodona.

He intentado demostrar que ninguna época ha quedado sin testigo de la igualdad de los sexos en función, deber y esperanza.

También que, cuando había mala voluntad o ignorancia, que impedían que se actuara así, las mujeres no tenían menos poder por su falta de luz y noble libertad, pero era el poder el

que las hería a ellas y, por igual, a aquéllos contra quienes dirigían las armas de lo servil: la astucia, el halago y la emoción irracional.

Que ahora ha llegado el momento en que son posibles una visión más clara y una acción mejor; cuando el hombre y la mujer pueden considerarse hermano y hermana, los pilares de un pórtico, los sacerdotes de un culto.

He creído y sugerido que esta esperanza tendría una fructificación mayor que nunca en nuestra tierra.

Y así será si esta tierra desarrolla los principios de los que ha surgido nuestra vida nacional.

Creo que, en la actualidad, las mujeres son sus mejores auxiliares entre sí.

Dejémoslas pensar; dejémoslas actuar, hasta que sepan lo que necesitan.

Sólo pedimos a los hombres que aparten las barreras arbitrarias. Algunos querrían hacer más, pero yo creo que la mujer necesita mostrarse en su dignidad original para enseñarles cómo ayudarla; su espíritu está obstaculizado por la tradición.

Cuando lord Edward Fitzgerald[90] viajaba con los indios, su corazón varonil le obligó de repente a coger los bultos de las indias y transportarlos. Pero no leemos que los pieles rojas siguieran su ejemplo, aunque están bastante dispuestos a trasportar el bulto de la mujer blanca porque les parece un ser superior.

Que la mujer aparezca con la dócil majestad de Ceres y los patanes más groseros desearán aprender de ella.

---

[90] Lord Edward Fitzgerald (1763-1798), político irlandés que viajó por el Mississippi.

Preguntáis: ¿cómo usará la libertad, cuando se la ha mantenido y limitado durante tanto tiempo?

Respondo: en primer lugar, esto no ocurrirá de repente. Ayer leí un debate de este año sobre el tema del aumento de los derechos de propiedad de las mujeres. Era una hoja del libro de texto que se preparaba para la instrucción necesaria. Los hombres aprendían visiblemente mientras hablaban. Los campeones de las mujeres veían la falacia de los argumentos, en el lado contrario, y se sorprendían de sus propias convicciones. Con sus mujeres en casa y con los lectores del periódico ocurría lo mismo. Y así sigue la corriente: el pensamiento urge a la acción y la acción dirige la evolución de un pensamiento aún mejor.

Sin embargo, si esta libertad fuera a llegar de repente, no temería las consecuencias. Los individuos podrían cometer excesos, pero no sólo hay en el sexo una reverencia por el decoro y los límites heredada y aumentada de generación en generación, que muchos años de otro tipo de vida no podrían borrar, sino un amor original en la mujer como mujer de la proporción, del "sencillo arte del no demasiado", una moderación griega, que crearía inmediatamente un partido restrictivo, los instructores y legisladores naturales de los demás, que establecería gradualmente las reglas necesarias para proteger, sin impedir, la vida.

Las gracias dirigirían la danza coral y enseñarían a las demás a regular sus pasos con la mesura de la belleza.

Pero si me preguntáis qué oficios pueden desempeñar, replico: cualquiera. No me importa el ejemplo que pongáis; como si decís que sean capitanes de barco. No dudo que hay mujeres apropiadas para tal oficio y, si así fuera, me alegraría verlas en él, así como daría la bienvenida a la doncella de Zaragoza o a la doncella de Missolonghi o a la heroína suliota[91] o a Emily Plater.

[91] Se trata de referencias byronianas.

Creo que las mujeres necesitan, especialmente en esta situación, un margen de ocupación mayor que el que tienen para despertar sus poderes latentes. Un grupo de viajeros acababan de visitar una cabaña solitaria en una montaña. Encontraron allí a una mujer mayor que les dijo que ella y su marido habían vivido allí cuarenta años. "¿Por qué elegisteis un lugar tan yermo?", dijeron. Ella respondió "que no lo sabía, *que era idea del hombre*".

Durante cuarenta años se había contentado con actuar, sin saber por qué, según "la idea del hombre". Yo no lo habría hecho.

En algunas familias que conozco, a algunas jovencitas les gusta serrar madera, a otras manejar las herramientas de carpintería. Donde se consienten estos gustos, se promueven la alegría y el buen humor. Donde se prohíben, porque "esas no son cosas de chicas", resulta hosco y perjudicial.

Fourier observaba esta falta de mujeres como nadie puede evitar hacerlo al contemplar los deseos de las jovencitas o al conocer el aburrimiento que embarga a las mujeres mayores, excepto cuando fabrican para sí mismas un pequeño mundo de arte de algún tipo. Él, por tanto, al proponer gran variedad de oficios, en las manufacturas o el cuidado de las plantas y animales, cumple con un tercio de las mujeres, pues es probable que tengan un gusto por las búsquedas masculinas, como un tercio de los hombres por las femeninas.

Quién no ha observado el inmediato resplandor y serenidad que se difunde en la vida de las mujeres, antes inquieta o irritable, al dedicarse a la jardinería, la construcción o los departamentos inferiores del arte. Aquí hay algo que no es rutina, algo que prolonga la vida hacia el infinito.

No tengo duda, sin embargo, de que un gran número de mujeres se dedicarían a los mismos oficios que ahora tienen, porque hay circunstancias que deben guiarlas. Las madres se deleitarán haciendo el nido blando y cálido. La naturaleza cuidaría de ello; no es necesario sujetar las alas de ningún pájaro

que quiera volar y cantar o que encuentre en sí la fuerza de las plumas para un vuelo migratorio insólito en su especie. La diferencia sería que no *todas* han de ser confinadas en oficios para los que *algunas* son inadecuadas.

He insistido en la autosuficiencia del sexo en sus dos formas, de confianza en sí mismo y de autoimpulso, porque creo que son los medios necesarios en la actual situación.

He insistido en la independencia de la mujer respecto al hombre, no porque no crea que los sexos se necesitaban mutuamente, sino porque en la mujer este hecho ha conducido a una excesiva devoción que ha enfriado el amor, degradado el matrimonio e impedido a cada sexo ser lo que debería ser para sí mismo o para el otro. Quisiera que la mujer viviera, *en primer lugar*, para Dios. Entonces no hará de un hombre imperfecto su Dios ni caerá así en la idolatría. Entonces no tomará lo que no es adecuado para ella por debilidad y pobreza. Entonces, si descubre lo que necesita encarnado en el hombre, sabrá cómo amar y ser digna de ser amada.

Al ser más un alma, no será menos mujer, porque la naturaleza se perfecciona a través del espíritu.

Ahora no es una mujer, sino una niña crecida.

Para que su mano pueda ser dada con dignidad, debe ser capaz de permanecer sola. Quisiera que los hombres y las mujeres fueran capaces de mantener las relaciones descritas por Landor en su *Pericles* y *Aspasia*, en que la gracia es el vestido natural de la fuerza y los afectos son serenos porque son profundos. La suavidad es la de un tejido firme, como cuando:

> Los dioses aprueban
> La profundidad, pero no el tumulto del alma,
> Un amor ferviente, no ingobernable.[92]

[92] William Wordsworth, 'Laodamia'.

Un profundo pensador ha dicho que "ninguna mujer casada puede representar el mundo femenino, ya que pertenece a su esposo. La idea de la mujer debe ser representada por una virgen".

Sin embargo, ésa es la falta del matrimonio y de la actual relación entre los sexos, que la mujer pertenece al hombre en lugar de formar un todo con él. Si fuera de otro modo, no habría tal limitación al pensamiento.

La mujer, centrada en sí misma, nunca sería absorbida por una relación; sería tan sólo una experiencia tanto para ella como para el hombre. Es un error vulgar que el amor, *un* amor, sea para la mujer su entera existencia; también ella ha nacido para la verdad y el amor en su energía universal. Si asumiera su herencia, María no sería la única madre virgen, ni sólo Manzoni celebraría en su esposa el espíritu virginal con la sabiduría materna y los afectos conyugales. El alma siempre es joven, siempre virgen.

¿Y no aparecerá ella pronto? La mujer que reivindicará el derecho de nacimiento de todas las mujeres, que les enseñará qué exigir y cómo usar lo que obtengan: ¿no será su nombre, para su época, Victoria, para su país y vida, Virginia? Sin embargo, las predicciones son precipitadas; ella misma debe enseñarnos a darle el nombre apropiado.

Una idea no ignorada en la antigüedad ha revivido últimamente: que, en las metamorfosis de la vida, el alma asume la forma, en primer lugar, de un hombre, y luego, de una mujer, y aprovecha las oportunidades y acumula los beneficios de cada parte. ¿Por qué, dicen algunos, poner énfasis en los derechos o necesidades de la mujer? Lo que no gane como mujer llegará a ella como hombre.

Esto no supone diferencia alguna. No es la mujer, sino la ley del derecho, la ley del crecimiento, las que hablan en nosotros y exigen la perfección de cada ser en su género, la manzana como manzana, la mujer como mujer. Sin adoptar vuestra teo-

ría sé que yo, una hija, vivo por la vida de un hombre; pero lo que ahora me preocupa es que mi vida sea una vida hermosa, poderosa, en una palabra, completa en su especie. Si tuviera un momento más por vivir, debería desear lo mismo. Suponed que, al final de vuestro ciclo, de vuestro gran año mundial, todo resulte completo, me haya, o no, ejercitado a mí misma (y la suposición es *falsa*), pero suponed que es cierto: ¿me va a resultar indiferente? ¡No! Debo hacer latir mi propio pulso verdadero en el corazón del mundo, porque *eso* es la virtud, la excelencia, la salud.

Tú, ¡Señor del Día!, nos dejaste esta noche tan serenamente gloriosa, sin desmayo por la proximidad del frío invierno, sin posponer tu beneficencia para el fructífero verano. Sonreíste en el trabajo de tu día una vez hecho y adornaste tu ascenso y tu caída, porque eres leal y está en tu naturaleza dar vida, si puedes, y brillar sobre todos los acontecimientos.

Permanezco en el mediodía soleado de la vida. Los objetos ya no brillan en el rocío de la mañana, ni se suavizan aún con las sombras del atardecer. Se ve todo lugar, se revela todo abismo. Al subir a la polvorienta colina, ciertas hermosas efigies que una vez fueron símbolo del destino humano se han quebrado; aquéllas que aún me acompañan muestran defectos a plena luz. Sin embargo, aún queda bastante, incluso por la experiencia, para señalar distintamente las glorias de ese destino. Son borrosas, pero no equívocas señales de un día futuro. Puedo decir con el bardo:

> Aunque muchos han naufragado, aún laten nobles corazones.

Siempre nos dice el alma a todos: cuidad vuestras mejores esperanzas como una fe y cumplidlas en la acción. Ésos serán los eficaces y fervientes medios para su cumplimiento:

> Porque el poder ante el que nos inclinamos
> Ha prometido que, si no ahora,
> Los de espíritu puro y firme,

> Exaltados por la fe, refinados por la verdad,
> Oirán la música alta y clara,
> Cuyas primeras notas persiguieron aquí.
> No temas entonces soplar el cuerno, aunque
> El elfo y el nomo desprecien tu valor;
> Pregunta por el rey y la reina del castillo;
> Aunque la multitud te atropelle,
> Quedes sin sentido en el suelo
> Asediado por la oscuridad,
> Sigue preguntando y todo llegará,
> No busques descanso en un hogar más humilde;
> Así verás lo que pocos han visto,
> El palacio hogareño del rey y la reina.[93]

15 de noviembre de 1844

[93] Poema de Fuller.